

LA INCIDENCIA DE LA CULTURA VISUAL EN LA CONSTRUCCIÓN DEL SER
SOCIAL DE LA MUJER

ANGIE NIKOLE GONZÁLEZ SIERRA

Cod. 2016172017

Cultura Visual

DTG: Diego Romero Bonilla

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE LICENCIADA EN ARTES
VISUALES

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
FACULTAD DE BELLAS ARTES
LIC. EN ARTES VISUALES
BOGOTÁ

2022

ÍNDICE

-Resumen.....	3
-Palabras clave.....	4
-Problematización	4
-Pregunta	6
-Objetivo General	6
• Objetivos Específicos	6
-Justificación.....	7
-Antecedentes	9
-Marco Teórico	17
• Género	18
• Representación y autorrepresentación de la mujer	22
• Cultura Visual	28
-Metodología	38
-Lectura y hallazgos de una realidad compartida	55
• Experiencia pedagógica: Un escenario propicio para la construcción y deconstrucción	56
• Representación de la mujer: reconocer y desnaturalizar.....	58
• Autorrepresentación: voces que ameritan ser escuchadas.....	87
-Conclusiones	108
-Bibliografía	116
-Anexos	118

Resumen

Este trabajo se desarrolló con el propósito de identificar la manera en que la cultura visual incide en los procesos de representación y autorrepresentación del ser mujer, en un grupo de mujeres pertenecientes a la localidad de Bosa; ha sido una experiencia focalizada a un círculo de mujeres en donde se ha establecido una ruta metodológica en el marco de la etnografía feminista, que además de acercarnos a su realidad particular nos ha permitido consolidar un espacio de encuentro, identificación y construcción de nuevas versiones de mundo con relaciones más equitativas y de reconocimiento y valoración de las diferentes formas de habitar este cuerpo mujer.

La posibilidad de asumir una posición de conocimiento situado, como investigadora, ha contribuido en la posibilidad de tener una descripción mucho más íntima de los procesos de representación y autorrepresentación que estas 5 participantes del círculo nos han compartido en el encuentro con la imagen y la palabra. Sus memorias y procesos reflexivos y creativos no sólo han hecho evidente la incidencia de un sistema patriarcal que determina una única forma de ser socialmente aceptada como mujer, sino que han permitido develar muchos procesos internos que por el temor a la censura fueron por muchos años silenciados.

De esta forma hemos logrado determinar el lugar de la imagen como elemento fundamental de la cultura visual en estos procesos, siendo este el medio para evocar memorias, desnaturalizar formas de sujeción y violencia y una nueva apuesta a la posibilidad de resignificar realidades presentadas como incuestionables e inmodificables.

En conclusión, este estudio que es un proceso reflexivo y sensible antes que teórico, nos ha llevado a reconocer una ruta metodológica que nos acerca a la realidad de otras mujeres y nos permite hacer una apuesta desde la pedagogía y las artes visuales a aportar en procesos de transformación social que nos acerquen al establecimiento de relaciones más libres y autónomas, basadas en la equidad, el respeto y la desnaturalización y deslegitimación de las violencias de género.

Palabras Clave

Cultura visual, género, representación, autorrepresentación, círculo de mujeres

- **Problematización:**

A lo largo de la historia de la humanidad, el dominio de lo simbólico ha estado a cargo de figuras masculinas, es decir, eran los hombres quienes poseían el poder de crear y autorizar la imagen. En ese sentido, cabe comprender que, quien crea la imagen, fija una serie de ideas sobre la cultura y la forma en que se desarrolla; por su parte, quien entiende la imagen y el poder que tiene ésta de transmitir mensajes tanto explícitos como implícitos, puede hacer uso de ella para incidir en la realidad, apelando al deseo del espectador de una vida “feliz”. Quien entiende el poder de la imagen utiliza elementos que, a simple vista, parecen sólo dar un ambiente, un lugar, pero que en su trasfondo contienen una connotación que va más allá de la misma denotación.

En el texto *Modos de ver*, John Berger (2014) da un ejemplo de lo anteriormente mencionado al decir:

Tú pintas una mujer desnuda porque disfrutas mirándola. Si luego le pones un espejo en la mano y titulas el cuadro *Vanidad*, condenas moralmente a la mujer cuya desnudez has representado para tu propio placer. Pero la función real del espejo era muy otra. Estaba destinado a que la mujer accediera a tratarse a sí misma principalmente como un espectáculo. (p.59)

Actualmente, la cultura visual es sumamente masiva gracias a los diferentes dispositivos electrónicos y medios de comunicación visual como lo son la televisión, periódicos, revistas, vallas publicitarias, el internet, entre otros, a los que hoy, en la ciudad, todos tenemos acceso de una u otra forma y nos brindan referentes para la creación de nuevas imágenes, y a la vez nos llevan a perpetuar prácticas o ideas que ya están establecidas por la cultura en la que vivimos, una cultura patriarcal que invisibiliza el acto violento de imponer un único modo de ser mujer en la sociedad.

Aunque hace 15 años ya existían muchas de estas herramientas de difusión, a mí, como a muchas de mis amigas se nos presentó y reforzó lo que debía y no debía hacer una mujer a través del juego, de nuestra vestimenta y de una serie de acciones cotidianas. En ese momento aún no cuestionaba esa situación, por el contrario, lo naturalicé tanto que al llegar a mi adolescencia empecé a responder a

unas nuevas demandas, principalmente en la búsqueda de gustar a un ojo masculino y ser la envidia del femenino. Situación que aún hoy es visible en muchas mujeres.

A pesar que han surgido movimientos feministas que se han pensado el tema de roles de género y del ser social de la mujer, y aunque espacios como estos han permitido que en la cotidianidad se evidencie una leve ruptura a estos roles establecidos, es escasa la difusión tanto de invitaciones a participar de estos espacios como de los temas allí problematizados y reflexionados, llevando a que los planteamientos que se nos han presentado sean en ocasiones de una manera muy superficial. Estos colectivos están conformados principalmente por hombres y mujeres que han tenido un acercamiento previo a la teoría y normalmente se suelen dar en espacios cerrados, quizá académicos o de no tan fácil acceso para todos.

La invitación que nace de esta investigación y que es lo que quisiera lograr con el tiempo, es a que convoquemos pequeños grupos, construyamos conocimiento y que posterior a esto llevemos esas ideas a nuevos grupos, ampliando cada vez a más personas los espacios de socialización, discusión, reflexión y experimentación en torno a temas de género. Así mismo, dar pie a procesos de reflexión que nos permitan consolidar nuestra identidad no desde un molde y un deber ser, sino de un *quiero y me gusta ser*.

En este orden de ideas, considero además que sería un gran aporte a los procesos de transformación social y cultural, seguirnos pensando esta realidad a partir de la realización de una lectura crítica y confrontativa de esas representaciones inmersas en nuestro cotidiano. Quizá de esta manera podremos desnaturalizar esas verdades concebidas por tanto tiempo como irrefutables y nos demos la posibilidad de considerar otras formas de relación y de resignificación de los mandatos, los espacios, nuestra historia de vida y los referentes que guían nuestra conducta.

De la misma forma, poner altavoz a todos esos diálogos y construcciones internas que nos han acompañado al transcurso de nuestra vida y que han consolidado estos procesos de autorrepresentación nos ampliará el marco de comprensión frente a muchas lógicas en las que sin siquiera darnos cuenta nos hemos visto envueltas.

- **Pregunta**

¿De qué manera la cultura visual incide en los procesos de representación y autorrepresentación del ser mujer en las participantes de un círculo de mujeres en la localidad de Bosa?

- **Objetivo general**

Identificar la manera en que la cultura visual incide en los procesos de representación y autorrepresentación del ser mujer en las participantes de un círculo de mujeres en la localidad de Bosa.

- **Objetivos específicos**

1.1 Propiciar en un círculo de mujeres, desde la imagen y la palabra, diálogos y experiencias de auto reconocimiento y comprensión de la realidad estudiada, y posteriormente dar cuenta de los hallazgos allí encontrados.

1.2 Realizar reflexiones sobre los modos en que opera la cultura visual en la vida y construcción del ser mujer en cada una de las participantes, identificando aspectos como códigos, estereotipos y otros elementos relevantes para este estudio.

1.3 Dar a la luz de las categorías una mirada organizada y reflexiva a la información recolectada en el círculo de mujeres, con el fin de ampliar las posibilidades de análisis y comprensión de la realidad estudiada.

1.4 Reflexionar en torno al lugar de la cultura visual en los procesos de representación y autorrepresentación del ser mujer, identificando las fuentes, mecanismos de preservación y modos de manifestación que determinan la manera en que cada participante se relaciona con este concepto.

1.5 Identificar los aportes que desde el ámbito pedagógico, nos brinda esta experiencia investigativa, articulándolos con los hallazgos encontrados en las acciones y procesos vivenciados al transcurso del periodo de formación en la licenciatura.

- **Justificación:**

El interés por analizar la incidencia de la cultura visual en los procesos de representación y autorrepresentación de mujeres nace a partir de la reflexión del texto *Modos de ver*, de John Berger (2014), en el cual expone y hace un análisis semiótico de algunas pinturas del Renacimiento y, a su vez, de algunas imágenes publicitarias donde la mujer que responde al estereotipo de “mujer ideal” es la protagonista. El autor expone ideas puntuales que me generan cuestionamientos en relación a lo que considero el deber ser mujer, y nace la sospecha de que las imágenes que consumí a lo largo de mi vida han tenido mucha influencia en quien soy yo, y en la forma que entiendo y asumo el concepto “mujer”, y con el que me relaciono conmigo y con mi entorno.

Crecí en Bosa, localidad séptima, ubicada al sur occidente de Bogotá. Este sector principalmente es habitado por personas de estratos 1, 2 y 3, allí formé y consolidé una primera versión de mi ser mujer guiada por lo que percibía en mi entorno. Teníamos una casa, vivía con mi abuelita (quien era ama de casa), mi abuelito (trabajador de una empresa de inyección y soplado), mi madre (estudiante y luego psicopedagoga que ejercía en una fundación) y mi primo 4 años mayor. Es decir, tuve 2 fuertes referentes femeninos en mi vida, las dos tan diferentes, con ideas que las llevaban a posicionarse en una sociedad desde puntos un poco distantes, pero al final (de una manera más general) muy similares.

La mayor parte de mi infancia estuve con mi abuela, mi madre trabajaba todo el día y hoy, que me siento a recordar, se vienen a mi cabeza varias imágenes de situaciones en las que mi abuela me enseñaba a lavar los platos, a tender la cama adecuadamente. Me compró una escoba y un recogedor pequeño, se podría pensar que era perfecto para las niñas que estábamos aprendiendo a ser mujeres, y eso, en aquel momento, me causó alegría. La aprobación de mi abuelita cuando yo realizaba ciertas acciones del hogar eran una fuerte referencia para pensar que eso era lo que debía hacer. Mientras tanto, mi primo buscaba la aprobación de mi abuelo, jugando fútbol y construyendo carros con motores que llevaban a la casa.

En los niños y las niñas de mi barrio, me encontraba con dinámicas muy similares a las de mi hogar que se hacían evidentes en el juego, donde la mayoría de las niñas teníamos una cocina y un bebé de juguete y los niños carritos, canicas y pistolas. Y aunque yo era feliz jugando con todo, incluso los juguetes que se le han asignado al

género masculino, termine respondiendo a las dinámicas que la presión social de mi familia y de las familias de mis amigas me exigían, quedándome en el grupo de niñas que se sentaban en círculo a jugar cosas que no nos implicarán ensuciarnos o “ser bruscas” o cualquier otro tipo de acción “impropio de una mujer”.

Desde esta experiencia, percibo que esa situación no es algo que solo me sucede a mí, sino que es un factor común en las niñas con las que me relaciono de la localidad, y que solo hasta cuando nos encontramos con un espacio, donde se problematiza, es que se da la ruptura de la naturalización. Lamentablemente en esta localidad, aunque si se dan esos espacios, son pocos y no se hace la difusión necesaria de las invitaciones o planteamientos allí discutidos.

Me parece importante reconocer los elementos que hemos apropiado de este estereotipo tradicional, para que a partir de un ejercicio consciente y crítico podamos hacerle preguntas a la sociedad y a nosotras mismas acerca de la forma en que queremos ser identificadas como mujeres. Para ello propuse generar un círculo de mujeres virtual (debido a la contingencia sanitaria causada por el Covid19) con 5 participantes que habitamos esta localidad, incluyéndome; para conversar, reflexionar, generar conocimiento a partir de la experiencia (conocimiento situado), y procesos de enseñanza /aprendizaje desde el diálogo y producción visual.

Como licenciada en formación soy consciente de mi responsabilidad social, por ello, siento que mi labor va mucho más allá de enseñar la teoría del color o quizá una técnica para lograr hacer hiperrealismo. Desde mi experiencia en el aula, en prácticas y en otros espacios de educación no formal en los cuales me he desempeñado, he conocido procesos en los que las artes visuales y la pedagogía van de la mano, donde lo más importante no es el resultado, sino todo aquello que nos llevó a él. Es en esos procesos en donde hallo el valor de la experiencia, lo bonito que es encontrarnos con el material, explorar sus posibilidades, encontrarnos con el otro que enriquece nuestra mirada, las preguntas que surgen a partir de todo ello, los recuerdos y anhelos que suscitan esas experiencias, y cómo ello tiene incidencia en nuestra vida, es ahí en donde encuentro el valor de mi labor como futura docente de artes visuales.

- **Antecedentes**

A continuación, haré una breve revisión de trabajos de investigación que tienen un interés fuerte por el género, la semiótica y análisis de la imagen, los cuales responden a los intereses del presente trabajo de grado, con el objetivo de dar una idea de cuáles son los avances investigativos en el tema. Para ello, tendré en cuenta la pregunta, identificando el problema a desarrollar durante la investigación, referentes conceptuales y metodológicos, para reconocer cómo el autor entiende y desarrolla la investigación (mirada, métodos, estrategias), las conclusiones y, posterior a esto, expondré la pertinencia de mi investigación y cómo ésta aporta al área de la educación artística visual.

Revisión No.1

Título.	<i>Cartografías del cuerpo de la mujer/es en el Humor Gráfico: una mirada feminista</i>
Autor, fecha y lugar.	Carolina Rodríguez, 2017, Bogotá, Colombia
Pregunta o interés de la investigación	Identificar a través de pequeños discursos en las y los jóvenes las representaciones que se tienen de los cuerpos de las mujeres, los patrones y marcaciones de género que exterioriza el humor a través de la exhibición de esos cuerpos y proponer un análisis de imágenes de humor gráfico desde la mirada a través de los estudios visuales con perspectiva feminista
Referentes conceptuales	Ardévol et al., Bourdieu, P, Butler, J. , De Lauretis, T, Guasch, A. , Haraway, D., Jodelet, D.
Metodología	Análisis de imágenes a través de los estudios visuales con perspectiva feminista
Resumen por el autor	Una de las reflexiones desde la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia motivaba mi comprensión sobre las múltiples voces que nombraban los

	<p>cuerpos de mujeres y con ellas las significaciones alrededor de poseer un cuerpo de mujer/es y las representaciones posibles desde un orden heteronormativo marcado históricamente por la mirada masculina. Un ejercicio de lectura de imagen desde las redes sociales propone al Humor Gráfico como un fuerte dispositivo de enunciación, marcaciones de género y nombramientos identitarios alrededor del cuerpo de la mujer. La tesis titulada: <i>Cartografías del cuerpo de la mujer/es en el Humor Gráfico: una mirada feminista</i>, explora, a través de las miradas de jóvenes, las representaciones y las posibles interpretaciones que desde el feminismo circulan en relación con la enunciación de los cuerpos, los imaginarios y las formas identitarias para construirse un cuerpo de mujer/es. Por tanto, como objetivo fundamental, se busca identificar a través de pequeños discursos en las y los jóvenes las representaciones que se tienen de los cuerpos de las mujeres, los patrones y marcaciones de género que exterioriza el humor a través de la exhibición de esos cuerpos y propone un análisis de imágenes de humor gráfico desde la “mirada” a través de los estudios visuales con perspectiva feminista y valiéndome de herramientas de análisis ligadas a la lectura de imagen. Finalmente, se pretende determinar si el humor prevalece como espacio de resistencia o dominación, si replica formas de violencia simbólica contra la mujer, si es regulador de relaciones hegemónicas, si las produce, las rechaza o las fortalece y si se puede hablar de un humor sexista o feminista, marcado por un punto de enunciación o legitimado como humor “pensado” y sobre todo reflexionar sobre las responsabilidades políticas del humor gráfico en el campo de la enunciación y nombramientos de las mujeres.</p>
--	---

Este fue un trabajo del que había escuchado previamente y que busqué con determinación para que hiciera parte de mis antecedentes, pues siento que se comparte el interés por problematizar la imagen en que se representa a la mujer con

un grupo de jóvenes y de paso analizar la incidencia que esta ha tenido en la aceptación y naturalización de su idea del ser mujer.

Encuentro muy enriquecedor para mi investigación, metodologías como las aquí presentadas que permiten el intercambio de ideas, percepciones, y que logra construir conocimientos a partir de los relatos y/o experiencias de los participantes, y así, los datos e interpretaciones se amplían.

Revisión No.2

Título.	<i>La imagen que representó al género, una retrospectiva a las representaciones de la mujer en Colombia</i>
Autor, lugar, fecha.	Ramirez Parra, Natalia del Pilar (2015). Bogotá, Colombia.
Pregunta o interés de la investigación	¿Cuáles fueron las representaciones visuales de mujer que proyectó CROMOS en 1932?
Referentes conceptuales	*Butler, Judith *Acaso, Maria. *Teresa de Lauretis *Santiago Castro Gómez
Metodología	*Investigación documental de la revista CROMOS durante los años 1916-1945. *Análisis visual de la imagen basado en la teoría de Maria Acaso *Semiótica de Barthes
Resumen por el autor	La imagen, un concepto que a lo largo de mi carrera profesional, mis diferentes procesos y el resultado de mis productos artísticos, ha sido el punctum de mi educación; siendo esta el medio por el cual en este proyecto de grado responder a las preguntas por reconocer mi pasado como mujer colombiana, por el pasado del género femenino, por quienes fueron y cómo cambiaron la estructura del pensamiento androcéntrico colombiano, para que en el presente las mujeres podamos pensarnos de una manera

diferente. Esta investigación que está enfocada en producir un conocimiento para la pedagogía en artes visuales, evidencia que la imagen es una herramienta que enseña, que configura y es elaborada de antemano con un fin; un dispositivo pedagógico que en el pasado, en el presente y, muy seguramente en el futuro tiene la finalidad específica de mostrar diferentes realidades que, tal vez, no son tan reales. Este escrito se constituye de tres grandes momentos que van formando la respuesta a mis cuestionamientos. Un primer capítulo está enfocado en el despliegue histórico del contexto de las fotografías analizar: la década de los treinta, un momento en la historia del país gobernado por el partido liberal, una ideología política que quiso desplegar una modernización, tanto en la estructura de la nación como en el pensamiento de los ciudadanos, desde la implementación económica y social del sistema capitalista. Gracias a este nuevo modelo económico se implementaron dispositivos sociales como la imagen, que fomenta perfiles específicos desde la desterritorialización de los conceptos e ideologías tradicionalistas. Codificando nuevamente en ellos estereotipos industrializados y consumistas que proveo nuevas maneras de entender la realidad social y económica del país. En el segundo capítulo usted encontrará la descripción del contenido y la historia de la revista CROMOS, un medio de comunicación público que se auto nombró moderno y europeizado, que tuvo como finalidad el mejoramiento progresivo de la clase media y alta del país; develando como las imágenes de este magazín, tanto de la publicidad, como de la elite nacional, proyectaron una doble perspectiva para el género femenino, las mujeres tradicionales vistas desde lo local, en contraposición a las mujeres modernas de los países europeos. Una contradicción que a nivel local se cimentó en una herencia religiosa fuertemente arraigada desde la colonia, la cual reguló los comportamientos y los pensamientos normalizados de las mujeres colombianas en proceso de modernización. Ya para finalizar, en un tercer capítulo, usted encontrará el análisis visual de las representaciones del

	<p>género femenino en la década de los treinta, este capítulo se divide en tres apartados que representan cada uno, las tres categorías con las cuales escogí las fotografías de CROMOS, es decir los momentos cumbre en la formación social y religiosa del género femenino; iniciando el primer subcapítulo con el análisis visual de la primera comunión de una niña colombiana en 1933, este, uno de los primeros rituales de paso para la mujer que implementó códigos comunes entre el emisor, quien envía el mensaje, como para el receptor, es decir, quien observó la imagen. Configurando que los signos que representan al género femenino eran diferentes al género masculino, alimentando desde la significación de estos códigos el papel social de la mujer aprobado por la religión católica marianista.</p>
--	--

Esta investigación resulta ser muy pertinente pues se tiene un interés por analizar la forma en que se presenta a la mujer a través de la imagen, más específicamente en Colombia a través de un medio tan grande e importante como lo es la revista *Cromos*, la cual, a partir de su contenido nos lleva a estar o pensarnos más cerca esa vida ideal moderna concebida desde Europa, que por alguna razón relacionamos con lo anhelado y crea en nosotros y nosotras unas demandas de un deber ser para alcanzarla. Esto me resulta bastante interesante pues nuevamente es la imagen quien posee el poder de instaurar una idea que posteriormente se asumirá y naturalizará en la cotidianidad del espectador o la espectadora.

Por otro lado, aunque se difiere en la época a investigar, (1932/ 2022) esta diferencia aporta un banco de imágenes al que me puedo remitir para evidenciar un cambio, un proceso y realizar un análisis que nutra los objetivos propuestos. Además, cuenta con un marco teórico que ayuda a fortalecer conceptos fundamentales para mi investigación.

Revisión No. 3

Título.	<i>IGUALDAD DE REPRESENTACIÓN: El rol de la publicidad en</i>
---------	---

	<i>la construcción de la feminidad.</i>
Autor, fecha y lugar.	Danniella Alarcón Chávez, 2019, Bogotá, Colombia.
Pregunta o interés de la investigación	Un cambio de representación de la mujer en y por medio de la publicidad
Referentes conceptuales	J. Walter Thompson, Lina Forsgren & Ellen Subraian, Madonna Badger, Butler, Judith, Windsor.
Metodología	Intervención de anuncios publicitarios con una perspectiva crítica de género, que deriva en un libro interactivo. Tree Abraham, Marion Bataille, Wildvertising e Ink Studio,
Resumen por el autor	<p>La publicidad hoy en día hace parte de nuestro vivir cotidiano. Inclusive sin darnos cuenta o ser conscientes de ella, está presente a lo largo de nuestros días. Esta herramienta no solo refleja situaciones que ocurren en la sociedad, sino también es un amplificador de la cultura misma. En otras palabras, las personas están constantemente bajo la influencia de la publicidad, sin embargo, como dicha influencia normalmente se da de manera inconsciente, muchas personas se niegan a aceptar el efecto que realmente causa en ellas. Desde mediados del siglo XX hasta la actualidad, la publicidad ha tenido un gran impacto en la personalidad de las mujeres, su rol a nivel social y su autoestima, debido a que hay quienes utilizan esta herramienta para recalcar estereotipos que llamen la atención, como lo son los anuncios machistas y sexistas que muestran a la mujer como un objeto sexual o como un ser pasivo sobre el cual se ejerce dominancia, dictando así la "feminidad" de las mujeres con un ideal de belleza y una manera de actuar determinada. Este tipo de anuncios tomaron fuerza principalmente en la década de los 50's, cuando se consideraba que la mujer solamente debía ser ama de casa y su labor eran únicamente realizar las tareas del hogar. Aunque la forma de presentar este tipo de anuncios ha cambiado en</p>

	<p>comparación con casi 70 años atrás, los anuncios que denigran a las mujeres siguen existiendo hoy en día. La gran diferencia es que ahora las mujeres han empezado a demostrar su inconformidad ante esta desigualdad de representación dentro de la publicidad. De esta manera, este proyecto establece que es necesario un cambio, empezando por el campo de la publicidad en un futuro, de manera que esta sea utilizada éticamente, teniendo en cuenta la igualdad de representación de ambos géneros y de las personas reales. De modo que la publicidad se convierta en una herramienta que fomente la inclusión en vez de recalcar estereotipos e ideales de belleza inalcanzables y limitadores</p>
--	--

Por otro lado, aunque esta tercera investigación hace un énfasis en la publicidad, dentro de ella se comprende la imagen y la autoridad que esta posee, razón por la cual inicialmente lo considero dentro de mis antecedentes. Luego, al hacer una lectura más juiciosa, encuentro un barrido histórico desde 1930 donde se narra la relación que ha tenido la imagen principalmente publicitaria y la mujer, datos que encuentro interesantes y pertinentes para entender, de la mano con el segundo antecedente el contexto y el proceso que se ha dado desde entonces para que la mujer también pueda enunciarse desde la imagen, tomar ese poder en sus manos y ya sea problematizar o preservar esos ideales.

Revisión No. 4

Título.	Imágenes de lo femenino en el arte: atisbos y atavismos
Autor, fecha y lugar.	Amparo Serrano de Haro , 2007, España.
Pregunta o interés de la investigación	Imágenes de lo femenino en el arte: atisbos y atavismos

Referentes conceptuales	Chadwick, Whitney. Deepwell, Katy. Nead, Linda. Wriugh, Elizabeth, otros...
Metodología	Recolección de diferentes momentos, obras y situaciones en que la mujer ha sido representada y en las que ha buscado plasmar su autorepresentación, dando una idea del papel de la mujer en el arte.
Resumen por el autor	Este artículo trata sobre cómo la imagen de la mujer en la pintura tradicional presenta un código de conducta y una realidad histórica. La mujer desnuda, en cuyo retrato tiene más importancia el cuerpo que la cabeza, la mujer pintada ofrecida como un paisaje, una comida o una presa, dificultará una relación de comunicación entre los sexos y encerrará a la mujer en un arquetipo denigrante. Por eso la primera respuesta de las mujeres pintoras ha sido siempre la búsqueda de su propia imagen en el autorretrato. Actualmente las mujeres artistas buscan nuevos símbolos con qué definir su identidad en oposición a los símbolos clásicos de la tradición pictórica.

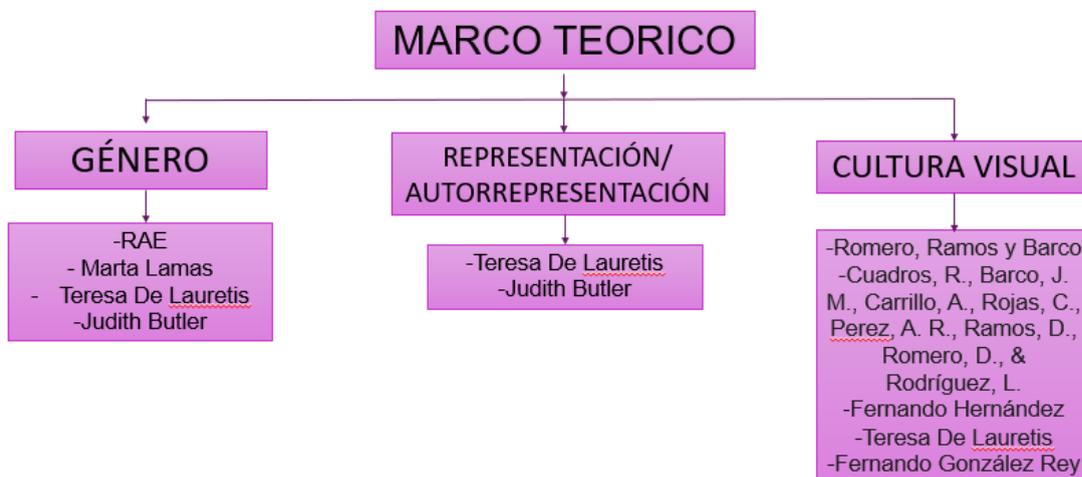
Para finalizar, este artículo lo encuentro relevante, pues refuerza ideas y autores para la categoría de representación de la mujer, y me brinda nuevos para la categoría de autorrepresentación. Dándonos un contexto de lo que ha venido sucediendo en las artes visuales, permitiendo así, entender un poco más el papel de la mujer en el campo artístico a lo largo del tiempo.

Luego de hacer este acercamiento a los 4 trabajos que presento en las tablas anteriores, encuentro algunos puntos en común entre ellos y mi investigación, por ejemplo, autoras citadas y en las que apoyan sus argumentos y, por lo tanto, posturas similares, un interés por reconocer la representación de la mujer y a partir de ello, un interés por reconstruir esa imagen previamente establecida que nos implica como autoras mujeres.

Por otra parte, difieren a la vez que se desarrollan o se interesan en espacios y épocas diferentes, los contextos y metodologías hacen que nos encontremos con variables que nos llevan a obtener datos diferentes, es decir, no es lo mismo analizar el estereotipo de mujer en un grupo social de estrato 5 a en uno de estrato 1 o 2, o analizar los datos que te arroja una revisión documental, a los que te comparte la persona con la que estás charlando de su cotidianidad.

Luego de señalar los puntos más fuertes en común y de diferencia, me permitiré señalar la pertinencia de la presente investigación. Podemos notar que la representación de la mujer en las artes visuales ha sido un tema de interés tanto para la producción de obra como para el análisis y crítica de ella, considero importante llevar estas reflexiones al aula o a espacios que nos permiten enunciar para hacerlo existente dentro del correr de la cotidianidad, de lo naturalizado, compartir nuestras posturas, experiencias, crear conocimiento partiendo de lo individual para nutrir lo colectivo y tomar una postura crítica frente al tema.

MARCO TEÓRICO



Conceptos a desarrollar y sus respectivos referentes teóricos

El marco teórico que se desarrolla a continuación permite establecer los aportes teóricos desde donde me ubico como investigadora y algunos elementos conceptuales y de análisis que amplían el rango de comprensión frente a la situación específica de estudio que nos convoca en este trabajo.

Para tal fin, iniciaré abordando el concepto de sexo y género, y al tiempo la línea que, a mi modo de ver, logra dividirlos. Una vez esté claro, continuaré desarrollando el concepto de representación y autorrepresentación de la mujer, partiendo de teorías expuestas por investigadoras feministas para finalmente aterrizar los conceptos y al uso que le dan las participantes en sus discursos.

De la misma manera, intentaré desarrollar algunos elementos de la cultura visual, que considero pertinentes para la lectura de la presente investigación; concibiendo esta como un escenario que amerita ser leído desde sus alcances y su rol en la construcción de la cultura.

GÉNERO

Para comenzar, considero importante tener como base conceptual de esta experiencia investigativa el Género, el cual ha sido un concepto que se ha abordado por diversos autores y autoras que han sido consecuentes con los análisis y avances que se han venido dando en el marco de diversos escenarios y movimientos sociales que han confrontado la manera en que se asume y clasifica el Patriarcado a las personas de acuerdo a los rasgos biológicos que los define dentro de la dualidad hombre- mujer.

Cabe anotar que estos rasgos biológicos si bien determinan unas categorías de clasificación que determinan el sexo de las personas; al ser nombrados de x o y manera, adquieren también una carga social y se constituyen de la misma forma en una construcción de orden social.

Por su parte, la Real Academia Española (s. f.) define el Género como el “Grupo al que pertenecen los seres humanos de cada sexo, entendido este desde un punto de vista sociocultural en lugar de exclusivamente biológico”; de esta forma, a pesar que se parte de una clasificación inicial basada en los rasgos biológicos sexuales, ya se hace evidente una clara diferenciación en la manera en que se reconocen los individuos, brindando un papel fundamental a la sociedad en la atribución de algunos roles y otras determinaciones que inciden en la forma en que cada individuo se

posesiona dentro de la sociedad y las expectativas que ella crea sobre cada una y cada uno de ellos.

Marta Lamas en su artículo: *El Género es cultura (s.f)*, define el género como: “el conjunto de creencias, prescripciones y atribuciones que se construyen socialmente tomando a la diferencia sexual como base” lo cual complementa el primer concepto y ratifica una vez más la importancia de trascender la postura del primero, en la que a partir de unos rasgos biológicos determinados se divide a la humanidad en dos grandes categorías: mujer y hombre, y se concibe que todo aquello que no corresponde a esta clasificación será considerado como anormal.

Teresa De Lauretis, por su parte en su texto *Tecnologías del género (1996)* nos brinda un aporte muy importante en este aspecto al afirmar que: “como la sexualidad, el género no es una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino el conjunto de efectos producidos en los cuerpos” (p.8), planteamiento que se suma a esta revolución conceptual que amplía significativamente la mirada al respecto y replantean de manera contundente la relación entre el sexo y el género.

Judith Butler, por su parte, brinda su aporte al concepto, al plantear la teoría de la performatividad de género y profundizar en sus posturas a través de su texto *el género en disputa (2007)*. Su noción de género gira en torno a la idea de que, aunque el género no es algo innato como lo es el sexo, instituciones heteronormativas establecen que estos dos se relacionan haciéndolos uno parte del otro. De la misma forma, en entrevista para CNN Chile, afirma que:

Cuando nacemos nos nombran de cierta forma, nos dan una asignación de sexo, nos ponen ropa, nos hablan con un tono de voz u otro dependiendo del género del que se supone debemos ser. Entonces el momento de elaborar una persona con un género es inmediato desde su nacimiento (2019, 13:56).

De esta forma, vemos cómo desde el primer momento del nacimiento e incluso durante la preparación para la llegada de un nuevo ser, los comportamientos de quienes serán el círculo social más inmediato de este individuo, estarán determinados por la visión estereotipada de lo que asumen debe ser lo apropiado ante la llegada de una niña o un niño.

A partir de esto, se puede entender que el género no es propiamente inherente al sexo, es una construcción meramente social. Sin embargo, el hecho de que la construcción de ese género se empiece a formar desde el momento en que se determina su sexo, esto no da lugar para que el sujeto configure una identidad propia frente al género que se le ha atribuido, sino que por el contrario se constituye en algo impuesto.

Butler (2007) ratifica una vez más en su texto que

el género se construye culturalmente: por esa razón, el género no es el resultado causal del sexo ni tampoco es tan aparentemente rígido como el sexo. Por tanto, la unidad del sujeto ya está potencialmente refutada por la diferenciación que posibilita que el género sea una interpretación múltiple del sexo. (p. 54)

es allí donde se introduce un elemento adicional a este análisis y es la posibilidad de concebir que no existe una única forma de interpretación de esta relación sexo-genero, sino que por el contrario, la representación que se construye en torno a la determinación biológica de un sujeto en alguna de las categorías preestablecidas está condicionada al momento histórico, contexto, legado cultural en el que acontece el nacimiento de este nuevo ser humano.

Estos cuestionamientos están en completa corresponsabilidad con el planteamiento de Teresa De Lauretis (1996) quien en su texto tecnología *del género* afirma que

Lo que la sabiduría popular sabe, entonces, es que el género no es el sexo, un estado natural, sino la representación de cada individuo en términos de una relación social particular que pre-existe al individuo y es predicada en la oposición conceptual y rígida (estructural) de dos sexos biológicos. Esta estructura conceptual es lo que las científicas sociales feministas han designado como el sistema sexogénero”.

(p.10)

Esto de alguna manera pone sobre la mesa, todo un debate que involucra diversos aspectos de la vida individual, económica, política y social de las personas y que permite desnaturalizar muchas situaciones que se daban por sentadas y no podían ser cuestionadas al proceder de un principio biológico.

Es innegable que no es un debate netamente conceptual porque como lo expresa Teresa de Lauretis (1996) “un sistema sexo-género está siempre íntimamente interconectado en cada sociedad con factores políticos y económicos.(...) ligados

sistemáticamente a la organización de la desigualdad social” (p.10) y es aquí donde se hace relevante introducir en todos los aspectos que involucran a nuestra sociedad, este planteamiento en pro de alcanzar una sociedad más equitativa que evite continuar legitimizando ciertos ejercicios de poder en el que se ejercen diversas formas de violencia.

En su libro *el género en disputa*, Butler manifiesta

Si una «es» una mujer, es evidente que eso no es todo lo que una es; el concepto no es exhaustivo y no porque una «persona» con un género predeterminado sobrepase los atributos específicos de su género, sino porque el género no siempre se constituye de forma coherente o consistente en contextos históricos distintos, y porque se entrecruza con modalidades raciales, de clase, étnicas' sexuales y regionales de identidades discursivamente constituidas.”

Se hace evidente que el género es una construcción social al acercarnos a las diferentes ideas que cada cultura construye en torno al papel que cada sujeto debe desarrollar en la sociedad. Aunque existan factores comunes en esta construcción de género, cada una responde a un conjunto de ideas y creencias propias de la cultura que lo establece como un acto performativo.

Decir que el género es performativo, es decir en palabras de Butler que nuestras acciones producen una serie de efectos, la filósofa manifiesta en su entrevista para *BIG THINK* que “actuamos, caminamos, hablamos de maneras que consolidan la impresión de ser un hombre o una mujer, (...) actuamos como si ese ser hombre o mujer fuera una realidad interna, un hecho.”(2011, 0:33)y es posible entender la diferencia de conductas de un hombre y de una mujer, gracias a un estereotipo ya establecido por instituciones que además se encargan de vigilar que estas normas de género se mantengan y se perpetúen a través de las generaciones.

Este carácter performativo se hace claramente evidente en la manera en que hombres y mujeres apropiamos ciertos rasgos o comportamientos estereotipados al vincularnos a los diversos espacios que habitamos, los escenarios suelen sugerirnos unos patrones de identificación que a través de diversas imágenes nos reafirman el protocolo al cual debemos responder al ser designados con la etiqueta hombre o mujer.

Tal es el caso de toda la parafernalia que ocurre en torno al ingreso a almacenes de ropa quienes han delimitado claramente unas prendas socialmente aprobadas para hombres y otras para mujeres, eso sin contar aquellos almacenes que van dirigidos exclusivamente a público femenino, los cuales suelen sugerir una única forma de asumir su feminidad y una limitada oferta de tallas que se considera acorde a los patrones que toda mujer debería asumir.

Ingresar a estos escenarios sin generar conflicto en la dinámica habitual, nos exige además para poderlos transitar, apropiarnos unos comportamientos acordes a las exigencias del espacio: una forma particular de caminar, de vestir, de hablar, de compartir sus intereses y de lograr el reconocimiento y aprobación de quienes están allí.

Este es solo uno de los escenarios en que ponemos en acción nuestro carácter performativo, pero si hacemos un análisis de cada uno de los espacios en que nos desarrollamos desde el momento mismo de nuestro nacimiento, podemos evidenciar cómo la gran escenografía de nuestra vida está constituida por innumerables imágenes que reafirman unos estereotipos de género y que nos sugieren una forma naturalizada de actuar acorde a esta definición, rasgos comportamentales que no son resultado de unos códigos genéticos o rasgos propios de nuestra biología sino que son parte del performance que este sistema patriarcal ha escrito como parte del guión.

Todos estos elementos constituyen un esquema socialmente aceptado del ser mujer, un condensado de códigos que nos diferencia de los hombres y que por ende nos atribuye un lugar en el mundo, una manera que desde afuera condiciona la manera cómo nos ven y cómo nos deberíamos ver, es allí donde podemos dar paso al siguiente elemento que nos brinda la base conceptual de esta investigación: “La representación de la mujer”.

REPRESENTACIÓN Y AUTORREPRESENTACIÓN DE LA MUJER

Vivimos en un mundo de etiquetas con una constante tendencia a definir al otro y a sí mismo dentro de una categoría que le otorga un lugar dentro de la sociedad y que define la manera en que nos relacionamos con el mundo y cómo este se relaciona

con nosotras y con los hombres. Esa tendencia a clasificar todo en categorías que suelen ser excluyentes y opuestas, hace que se invisibilicen toda la diversidad de matices que pueden surgir entre el blanco y el negro, lo femenino y lo masculino...

Teniendo en cuenta esta tendencia, hemos evidenciado que nuestra mirada y la lectura que hacemos de todo cuanto nos rodea no es ajena a esta dualidad, particularmente en esta investigación identificamos 2 polos opuestos que parten claramente de la representación social del hombre vs la representación social de la mujer, siendo esta última donde enfocamos la mirada y centramos nuestro interés de análisis y comprensión.

La determinación que como sociedad se ha construido en torno a la representación de la mujer y los procesos que de manera personal realizamos de autorrepresentación, en alguna medida se determinan en oposición con lo que se asume constituye la etiqueta hombre, este fenómeno se hace evidente desde el primer encuentro con la vida, donde cada ser se le define dentro de la categoría hombre o mujer, que como nos lo hace ver Teresa De Lauretis en su texto *Tecnologías del género*, es una etiqueta que va más allá de la diferencia sexual, dado que conlleva a unas nociones derivadas como "cultura de mujeres, maternidad, escritura femenina, femineidad, etc.-" (1996, p.7).

Nos encontramos con que todo lo que nos rodea está asociado a lo que socialmente se ha determinado como femenino y es entonces cuando empezamos a concebir un mundo en oposición al mundo de lo masculino, donde las diferencias se remontan a esto más no se hacen evidentes las particularidades que pueden surgir al interior de una misma categoría.

Claramente en nuestras relaciones se genera una diferenciación respecto al varón a partir de esas nociones universalizadas, pero como nos lo hace ver la autora en este mismo texto:

Se hace muy difícil, sino imposible, articular las diferencias de las mujeres respecto de la Mujer, es decir, las diferencias entre las mujeres o, quizás más exactamente, las diferencias dentro de las mujeres. (...) todas las mujeres no serían sino copias de(...) una femineidad metafísico-discursiva. (1996, p.7 y 8)

De esta forma podemos ver cómo la sociedad ha construido un esquema rígido de una única forma de habitar y ostentar la etiqueta mujer y es propiamente la descripción de ese esquema lo que nos permitirá ver cuál es ese patrón que se nos ha impuesto y las presiones a las que diariamente nos vemos expuestas para poder ajustar dentro de esta representación.

Con este fin, acudo a los postulados de De Lauretis (1996) al expresar que “el sujeto constituido en el género, seguramente, no sólo por la diferencia sexual sino más bien a través de representaciones lingüísticas y culturales”. (p.8), haciendo evidente que en estos procesos de determinación de la representación social y autorrepresentación de la mujer son muchos los factores diferentes a los caracteres sexuales que intervienen en dicha determinación como lo es ciertos elementos culturales como la tradición oral, la música, las imágenes propias de la cultura visual entre otros.

Esta representación y autorrepresentación que surge de unos imaginarios que se reafirman en los principios basados en todo un sistema ideológico patriarcal declara y reafirma una relación de oposición y una estructura de poder basada en la exclusión y la discriminación, no es ajena al dinamismo y permanente transformación a la que se ve expuesta la cultura.

De esta forma elementos como ciertas narrativas permiten que ante un esquema tan rígido y poco conciliador, se puedan generar algunas fugas que con la consistencia y perseverancia de sus discursos pueden llegar a generar transformaciones más significativas, situación que hace visible Judith Butler en su texto *El género en disputa*, al referirse a estas narrativas las cuales considera aportan elementos importantes para la teoría feminista en la medida en que

El desarrollo de un lenguaje que represente de manera adecuada y completa a las mujeres ha sido necesario para promover su visibilidad política. Evidentemente, esto ha sido de gran importancia, teniendo en cuenta la situación cultural subsistente, en la que la vida de las mujeres se representaba inadecuadamente o no se representaba en absoluto. (2007, p.46)

De esta forma, se hace evidente cómo el enfocar nuestros esfuerzos en identificar la manera en que las mujeres se representan y hacen visible la relación que tiene con

una serie de dinámicas sociales que reafirman y defienden esas únicas formas aceptadas de representación que garantizan la preservación del orden patriarcal, se convierte en un acto de resistencia. Para tal fin, se hace imprescindible reconocer lo que Teresa De Lauretis nos muestra en su texto *Alicia ya no* (1992) quien afirma que “El signo es siempre un producto. Lo que la cámara capta en realidad es el mundo "natural" de la ideología dominante”. (p.14)

Este planteamiento nos lleva a cuestionarnos frente al proceso de apropiación e identificación de esa representación de mujer, pues me inquieta reconocer que este proceso ha estado limitado a la influencia de la ideología dominante, a “una construcción ficticia, un destilado de los discursos, diversos pero coherentes, que dominan en las culturas occidentales” (De Lauretis, 1992, p.15). Debemos como mujeres ser definidas como una realidad más amplia que, como lo manifiesta De Lauretis, “a pesar de no poder ser definidos al margen de esas formaciones discursivas, poseen, no obstante, una existencia material evidente” (1992, p.15).

Somos una realidad cuya representación y autorrepresentación no la define ni abarca todo cuanto está inmerso en nuestra particularidad y la extensa diversidad de quienes ostentamos esta etiqueta, por el contrario podemos decir en ocasiones la reduce y limita, es por esto, que considero que amerita un proceso de confrontación, exploración y deconstrucción que abran el espectro y conciba la infinidad de alternativas de asumirse en la categoría mujer.

De Lauretis en su texto *Tecnologías del género* (1989), plantea esta necesidad al afirmar que “Este lazo, esta mutua contención entre género y diferencia(s) sexual(es), necesita ser desatada y deconstruida” (p.8) y nos brinda una ruta interesante al tomar como un punto de arranque

pensar al género en paralelo con las líneas de la teoría de la sexualidad de Michel Foucault, como una “tecnología del sexo”. y proponer que, también el género, en tanto representación o autorrepresentación, es el producto de variadas tecnologías sociales -como el cine- y de discursos institucionalizados, de epistemologías y de prácticas críticas, tanto como de la vida cotidiana . (p.7 y 8)

De esta manera, nuestra reflexión agudiza nuestros sentidos en torno a la influencia que ejercen algunos artefactos culturales en este proceso de representación y autorrepresentación: el cine, la música y otros elementos inmersos en nuestra cultura suelen ser agentes reproductores de un discurso reflejo de una ideología que, como lo expresa Barret citado por De Lauretis, “tiene un lugar extremadamente importante en la construcción del género pero que debería entenderla más como una parte de una totalidad social que como una práctica o un discurso autónomo”. (p.11)

El proceso de apropiación de estos discursos y esta representación está directamente relacionada con nuestra ideología, la cual asumida de esta manera, se relaciona directamente con el proceso descrito por Althusser y citado por la autora con la palabra interpelación, quien refiere es el “proceso por el cual una representación social es aceptada y absorbida por un individuo como su (de ella o de él) propia representación y así volverse, para ese individuo, real, aun cuando en realidad es imaginaria”. (p.19)

La ideología se instaura en nuestra mente y nuestra cotidianidad al naturalizarse y asumirse como una realidad absoluta aun cuando provenga de una construcción imaginaria que se preserva y reafirma constantemente con la complicidad de elementos con los que nos relacionamos diariamente.

En lo que respecta a la representación de la mujer, se asume una única forma “natural” de serlo y, por ende, se apropian unas exigencias de orden social que responden a esa imagen que se ha construido en torno a la función que se les atribuyen en cada momento histórico y de acuerdo a las necesidades que surgen desde las lógicas en que se instaura el sistema patriarcal; inicialmente, prima su función reproductiva y de cuidado que las remite a los espacios privados, casi invisibles donde se demanda una actitud de sumisión y obediencia.

Por otro lado, esta representación del ser mujer responde a una función erótica y comercial claramente evidente en la descripción que hace Lauretis con base en las teorías feministas del cine quienes

“habían estado escribiendo acerca de la sexualización de la estrella femenina en la narrativa del cine y analizando las técnicas cinematográficas (iluminación,

encuadre, edición, etc.) y los códigos cinemáticos específicos (por ejemplo, el sistema de la mirada) que construye a la mujer como imagen, como el objeto de la mirada voyerista del espectador; y habían desarrollado un relevamiento y una crítica de los discursos psico-sociales, estéticos y filosóficos que subyacen en la representación del cuerpo femenino como el sitio primario de la sexualidad y del placer visual". (1996, p.20)

Esta representación más allá de definir nuestras funciones dentro de la sociedad, nos ofrece todo un manual de comportamiento que nos delimita nuestros espacios de acción, formas de expresión, códigos de vestimenta, proyectos de vida predeterminados, formas de pensar, sentir, habitar, relacionarnos y hasta las condiciones y repercusiones que debemos asumir para generar cualquier tipo de resistencia.

De la misma forma y de manera paralela surgen esos procesos internos que nos lleva determinar la manera en que nosotras mismas nos percibimos, partiendo de todo aquello que suscita cada una de las experiencias a las que nos vemos expuestas, las formas de apropiación y preservación de los mandatos de género, los diálogos y confrontaciones internas y otra serie de elementos que configuran nuestros procesos de autorrepresentación que de la mano de la representación social que por factores externos apropiamos se determina la manera en que nos relacionamos con nosotras mismas, con la otra, el otro y con nuestro entorno.

Para finalizar, debo decir que el reconocimiento de estos patrones y todo cuanto sucede en su construcción, expresión y formas de preservación, nos convoca a generar procesos de confrontación y deconstrucción permanente que nos permite recobrar el sentido de la libertad y la autonomía, además de evitar legitimar formas de violencia que se enraízan en nuestro diario vivir y que amplían las brechas de desigualdad que existen por razones de género.

De la misma forma, es indispensable hacer cada vez más visibles aquellas experiencias de resistencia que se han dado en las últimas décadas y que nos han invitado a sobrepasar esa mirada conveniente y funcional de la mujer que se hace consecuente con la finalidad de preservar y legitimar el sistema patriarcal que nos rige, permitirnos explorar nuevas identidades y diversas formas de habitar este

cuerpo etiquetado en la categoría mujer. Recrear nuestros procesos de autorreconocimiento e identidad y, como nos lo propone Teresa de Lauretis en su texto (1992), retomar el control, "hacer que las palabras signifiquen cosas tan diferentes". (p.9)

Tenemos una responsabilidad con la libertad, un proceso de confrontación con la semiótica y como nos lo hace ver De Lauretis, con "otros sistemas de significación (por ejemplo sistemas visuales o icónicos) que producen signos". (p.13) Hallar en el proceso de representación un verdadero protagonismo desde nuestras particularidades y posibilidades que realmente nos permita sentirnos representadas.

Es aquí donde focalizamos nuestra mirada a esas fuentes, mecanismos de preservación y modos de manifestación lo cual nos lleva a acudir a esos sistemas de significación que son determinantes en la cultura visual.

CULTURA VISUAL

Siendo la imagen un elemento fundamental en el desarrollo de esta investigación, se hace indispensable ampliar nuestra mirada de la cultura visual, la cual, aunque abarca innumerables perspectivas y elementos de análisis, nos brinda aspectos puntuales que permiten establecer una relación directa con el objeto y el propósito de esta investigación.

La cultura visual se constituye en un campo de estudio que nos abre la perspectiva de los diferentes fenómenos visuales que acontecen en nuestro entorno; para tal fin, nos encontramos con innumerables definiciones e intencionalidades, lo cual nos exige centrarnos en las posturas más pertinentes y coherentes con el propósito de la investigación.

De esta forma, queremos sumarnos al planteamiento de Fernando Hernández, quien afirma en su texto: *¿de qué hablamos cuando hablamos de cultura visual? (2005)* que, a la hora de abordar la cultura visual

Es importante ordenar las definiciones y no sólo presentarlas, puesto que hay definiciones más políticas, como la Mirzoeff (1999a) y otras más académicas

como las de Walker y Chaplin (2002). Unas que son respuestas a los cambios en las disciplinas y sobre todo a la influencia del posestructuralismo en la Historia del Arte y los Estudios de los Medios y de Género (Rampley, 2005b), y otras son una forma de praxis para dotar y construir con los ciudadanos de formas de resistencia ante el dominio de nuevas formas de representación homogeneizadoras y hegemónicas de la realidad y de uno mismo (Moxey, 2005) que genera las nuevas visualidades (Foster, 1988)(p.13)

Es así, como en este documento no nos detenemos a realizar un amplio análisis de las múltiples definiciones de cultura visual, sino que nos remitimos a algunas posturas que aportan algunos autores en el establecimiento de una ruta de análisis enfocada a la problematización y el abordaje de la imagen en lo que respecta al objeto de estudio, ampliando los niveles de comprensión y las posibilidades de interpretación del fenómeno visual explorado.

Para comenzar, quiero tomar como referencia el texto: *Entre el qué y el cómo: tendencias epistemológicas y metodológicas de la investigación en educación artística visual* (2021), el cual se posiciona en el campo de los estudios visuales y nos aporta la mirada de la cultura visual como un elemento que “se preocupa, además, por la reflexión del ver y la visión como prácticas y órganos construidos culturalmente” (Romero, Barco y Ramos, p. 34).

Es este, un punto de vista común con nuestro estudio, ya que nos convoca a trascender la comprensión y el impacto de la imagen, hacia una realidad que observamos y que incide en los procesos sociales en que se moviliza, construye y deconstruye permanentemente la cultura; nos invita a trascender el escenario académico como campo de investigación por excelencia, para desplazarnos a un territorio mucho más amplio que involucra miles de realidades que ameritan ser intervenidas por el accionar de la investigación desde el campo de la educación artística y que, en gran medida, contribuye en el reconocimiento, no solo del lugar de la imagen en la vida de las personas del común, sino la forma en que ésta, interviene los diferentes fenómenos sociales y culturales propios de nuestro entorno.

En ese sentido, y como se menciona en el texto *La praxis visual como campo de investigación* (2018), la cultura visual es asumida como: “un objeto que habita la

cotidianidad y constituye una experiencia; como un área de conocimiento o disciplina; o bien, un enfoque pedagógico y una preocupación propia de la educación artística” (Cuadros et ál., p.34); yo, por mi parte, asumo un poco de cada uno de estos enfoques, dado que me siento identificada con la necesidad de percibir la cultura visual como un elemento que requiere ser observado, estudiado y analizado, además de constituirse en un referente en nuestro accionar pedagógico y profesional; sumergirnos en el campo de la cultura visual nos abre una posibilidad de intervención de la realidad que habitamos y un camino para posesionar el campo de las artes visuales como un agente de transformación social, allí descubrimos un escenario de resistencia y una oportunidad de recrear el mundo y los patrones que lo condicionan.

Por otro lado, el texto de Romero, Ramos y Barco (2021), nos brinda algunos elementos conceptuales que dan mayor claridad frente a la ruta de análisis que desarrollamos en esta experiencia investigativa. Dos puntos de vista que se complementan y que amplían las oportunidades de interpretación de las situaciones que focalizan nuestra atención: La visión y la visualidad

La visión “*entendida* desde lo particular del observador, tanto su órgano biológico de recepción y percepción, como la construcción cultural que de este se hace” (p.35); lo anterior pone en evidencia una forma de relación del sujeto con la imagen desde una visión biológica y social que involucra no solo la funcionalidad del ojo sino la manera en que cada quien establece esta relación mediado por sus emociones y subjetividad

La visualidad, por su parte, es definida como aquella que “explica el proceso social mediante el cual se asume y construye la visión, lo que esta produce, es decir, deseos e intereses en los sujetos y sus relaciones sociales”(p.35), abriendo la posibilidad de análisis de la realidad estudiada a partir del reconocimiento de la incidencia de los aparatos sociales y aquellos que producen visión, sin olvidar todo aquello que ocurre en el sujeto y en la red social a la que pertenece, como resultado de esta producción.

Tanto visión como visualidad son elementos que dan cuenta de una realidad, que determina las dinámicas que acontecen en torno a la cultura visual, la cual como

podemos ver en esta investigación, se manifiesta en cada hecho cotidiano en el que se involucran las personas e interfiere directamente en la manera en que se estructura el sentido común y la apropiación y configuración de las relaciones que allí acontecen.

La imagen se presenta en el marco de la cultura visual como un elemento que requiere ser leído de una manera mucho más amplia, no es posible reducirla al ejercicio de descifrar una versión narrada que se asume es el reflejo de una verdad vivida; sino que implica profundizar en esos otros elementos que dan cuenta del impacto de la imagen en la realidad representada, en la manera en que estos elementos se involucran en los procesos en que la cultura se recrea y la forma en que los miembros de cada grupo social viven y sienten la imagen, pero también cómo apropian y condicionan su comportamiento y sus relaciones a los principios que han sido instaurados y reafirmados al transcurso de los tiempos.

De la misma forma, es importante reconocer el lugar que tienen esos dispositivos que producen visión y la manera en que estos productos se relacionan con un espectador cuya lectura está mediada por sus emociones, por los principios que ha apropiado, por la manera en que se relaciona con el mundo a partir de todo aquello que ha adquirido en su historia de vida y por muchos otros elementos que surgen dadas las condiciones en que acontece esta relación sujeto- imagen.

Este encuentro se ubica en lo cotidiano, donde hay innumerables aparatos que producen visión (cine, televisión, internet, etc.), los cuales, con la cada vez más desbordante inmersión de la tecnología en nuestras vidas, se han acercado a más personas incrementando su impacto y posibilidades de confrontación. No obstante, en esta relación, no podemos desconocer el lugar que tienen también otros dispositivos que inciden en la manera en que la cultura nos define y nos instruye acerca de cómo debemos comportarnos y relacionarnos. Son dispositivos o aparatos sociales que hacen que la relación entre el sujeto y la imagen adquiera un nuevo sentido y le atribuye un poder significativo a la legitimación o no de determinadas pautas sociales y culturales.

Cabe anotar que la existencia de estos aparatos sociales y su influencia no siempre se reconoce de manera consciente, dado que en nuestra cultura se han generado

procesos de naturalización que conllevan a que se apropien pautas que se consideran incuestionables, que posiblemente son una amenaza para la preservación del orden preestablecido de la sociedad y que, por ende, difícilmente se problematizan y simplemente se asocian a todo aquello que corresponde a la incuestionable categoría de la “normalidad”.

Tal es el caso de los discursos que surgen en torno a la representación y autorrepresentación, los cuales evidentemente se ven mediados por todos esos aparatos sociales y por la incidencia de determinados códigos que, aunque se instauran en determinados grupos sociales, tienen una incidencia particular en cada uno de los miembros de este; no obstante, aspectos como la pertenencia étnica, género, clase social, etc., atribuyen un significado particular a la manera en que cada quien se siente o no representado.

Teresa de Lauretis en su texto: *Alicia ya no* (1992), nos cuestiona al preguntarse ¿De qué otro modo podrían proyectarse los valores sociales y los sistemas simbólicos en la subjetividad si no es con la mediación de los códigos (las relaciones del sujeto en el significado, el lenguaje, el cine, etc.) que hacen posibles tanto la representación como la autorrepresentación? (p.13).

De esta forma, De Lauretis, nos da una señal que nos invita a identificar estos códigos que intervienen directamente en los procesos de representación y autorrepresentación en torno al concepto mujer, que para este estudio se constituye en un elemento base para cualquier análisis y comprensión de la realidad investigada.

Tendremos que observar con detenimiento los dispositivos visuales allí presentes e identificar los códigos que tienen mayor incidencia, reconociendo la carga cultural que legitima y reafirma la normalización de determinadas formas de relación, además de las reflexiones y confrontaciones que se hallan presentes en la interpretación que realiza el espectador y las sensaciones que en él se producen.

Este ejercicio se ve enriquecido con algunos aportes adicionales de De Lauretis quien nos lleva a ampliar las posibilidades de comprensión de algunos fenómenos visuales que se han instaurado en nuestra cultura y que inciden en otras dinámicas

donde intervienen ejercicios de poder, identidades, determinación de roles, legitimación de violencias y otras realidades que, desde una mirada externa, podrían concebirse como ajenas a esta relación con los fenómenos visuales.

De Lauretis problematiza situaciones como las que surgen en escenarios donde intervienen aparatos sociales como el cine; nos muestra claramente una lectura de todos los elementos que intervienen en un encuentro del sujeto con la imagen y permite hacer evidente el vínculo que allí se genera y la manera en que la imagen atraviesa al ser del espectador, muestra de ello, es la descripción que hace al afirmar que “el espectador es interpelado personalmente por la película y está subjetivamente comprometido en el proceso de recepción, estando ligados a las imágenes no solo valores sociales y semánticos, sino también el afecto y la fantasía.” (1992, p.19)

De esta forma, podemos hacer evidente que dentro de la cultura visual se nos interpela frente a la necesidad de describir no sólo la realidad desde lo que logramos captar como observadores, sino que implica profundizar en esos otros procesos que acontecen al interior del individuo, en su relación con las emociones que se suscita, el tipo de relación que se establece entre las representaciones sociales y la subjetividad y los procesos de aprendizaje a los cuales Fernando González Rey en su texto *Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales*, hace referencia al expresar que:

El individuo no sólo aprende lo que está ‘fuera’ de él, como si fuera una importación, o una interiorización, sino también que él construye sobre las experiencias de vida a partir de sus propios recursos, entre ellos los de la fantasía y la imaginación. (2008, p.240).

De la misma forma, González Rey nos hace ver cómo

El conocimiento es una producción subjetiva, que no sólo aparece como una construcción intelectual que se apoya en cierto sistema de informaciones, sino que también expresa formas simbólico-emocionales que tienen que ver con la configuración subjetiva de quienes viven una determinada experiencia. (p. 235)

Tal es el caso de la experiencia de encuentro entre la imagen y el espectador donde claramente intervienen las representaciones sociales y con ellas la producción de un

conocimiento que incide claramente en los procesos de transformación, reafirmación y apropiación de la cultura. Este autor nos recuerda que

las representaciones sociales son una construcción humana, pero una construcción con un fuerte significado ontológico, pues ellas representan los referentes de las prácticas sociales, del conocimiento y de los sistemas de acciones. En este sentido, las representaciones sociales constituyen una de las "materias primas" esenciales de la cultura y pasan a ser objetivadas en los múltiples códigos, normas, valores, monumentos, organizaciones urbanas, de transporte, etc., en que la cultura se expresa y se constituye en "el mundo" de quienes viven en ella. (p.237)

De esta forma, nos encontramos en el campo de la cultura visual con todo un proceso de construcción de conocimiento en medio de la complejidad humana que además de generar acuerdos comunes y llenar cada experiencia de miles de elementos de interpretación y representación basados en los principios preestablecidos, también requiere un diálogo con el mundo de las ideas y el mundo propio de cada individuo. Tal es el caso de las representaciones de género las cuales se constituyen en una base fundamental para este estudio.

Siendo este el caso, vale la pena acudir a un ejemplo de cómo se constituye una representación social en la ontogénesis, planteado por Wagner (1996) al ser citado por González Rey, y afirmar que

Exactamente como las personas en el mundo adulto, los niños implicados en el juego espontáneamente entran en un mundo tipificado de género. Ellos no reflexionan sobre qué juego o juguete es masculino o femenino, tampoco actúan intencionalmente para hacer su mundo tipificado de género, ellos simplemente lo hacen. En el momento en que ellos comienzan a ser tragados por la representación de género, ellos adecuadamente reconstruyen su mundo en sus palabras, preferencias por juguetes y uso del cuerpo en términos de su representación. (p.236)

Esas experiencias y percepciones individuales tienen un lugar relevante en el estudio de la cultura visual, dado que es el sujeto quien impregna de sentido la imagen y es la imagen uno de los elementos que contribuye permanentemente en ese proceso de ser "tragados por la representación de género". Si bien es cierto que cada quien pasa por un proceso de apropiación de estas representaciones, también lo es que el proceso de construcción de conocimiento al respecto se ve referenciado

por esos códigos y aparatos sociales a los que hemos hecho referencia en el transcurso de este apartado.

No es un secreto que muchos de estos aparatos sociales hayan estado implicados en la preservación de las representaciones de género que se instauran en una cultura patriarcal basada en ejercicios de poder que promueven la desigualdad y legitima diversas formas de violencia. Por tanto, no es extraño encontrarnos con que muchos de los discursos que acompañan esa relación sujeto-imagen, reproduzcan las voces de este sistema, silenciando la posición de la mujer como espectadora y como productora de imágenes que proyectan la manera en que es representada y cómo se autorepresenta.

Lamentablemente la visibilización de la mujer y todas sus experiencias, emociones, ejercicios de aprendizaje interno y procesos de representación y autorrepresentación que surgen en su ser, aún siguen siendo relegados al contexto de lo privado. Son pocos, pero significativos los espacios de resistencia que han permitido problematizar esta situación, abriendo la discusión y confrontación que desnaturalizan estos ejercicios de poder que continúan condicionando en gran medida la manera en que habitamos este cuerpo mujer.

En cada etapa de nuestra vida existe un compilado de imágenes significativas que condensan muchos de los códigos en que se consolida nuestra subjetividad, y que suelen ser evocadas ante cada reto y rol que asumimos en medio de nuestra cotidianidad; de la misma forma, existen todos esos sentires y razonamientos que han surgido en el encuentro con estas imágenes y que quizá han sido relegados y silenciados bajo la censura de la sociedad.

Al sumergirse en el campo de la cultura visual, esta experiencia investigativa me presenta diversos retos que van más allá de resignificar la forma en que se observa e interpreta la relación sujeto-imagen; confronta mi posición de investigadora, mi relación con la imagen y la manera en que asumo el mundo y las relaciones, habitando un cuerpo mujer; me convoca a focalizar mi mirada ante un fenómeno que siendo parte de la cotidianidad se vuelve determinante en la manera en que se consolida una cultura y una sociedad, me reta a desnaturalizar y deconstruir algunos

aspectos de mi vida y me invita a asumir nuevos compromisos en el campo de la pedagogía y las artes visuales.

En este aspecto, a nivel profesional, considero importante que quienes nos desempeñamos en el campo de la educación artística, asumamos nuevos retos que nos exijan un mayor empoderamiento en nuestro rol como agentes de transformación social, siendo conscientes de las posibilidades de producción y confrontación que nos ofrece la actividad artística e investigativa, logrando generar procesos que legitiman o reestructuran las bases en las que se fundamenta la cultura y, por ende, aquellas que orientan el comportamiento de los individuos que pertenecen a determinado grupo social.

Son retos que, como se plantea en el texto *Entre el qué y el cómo*, implican que la educación artística apropie el compromiso de asumir la cultura visual como un campo de estudio y, que a través de su accionar, logre lo que proponen algunos de sus principales exponentes citados en este mismo texto (Hernández, 2007; Acaso, 2009; Freedman, 2002): “una educación de la mirada, lo que involucra una serie de desafíos: el cambio de paradigmas y marcos teóricos de la enseñanza de las artes y la consecuente resistencia al cambio, la alfabetización visual y la germinación de un pensamiento crítico” (2021, p.36).

Si bien es cierto que para tener el impacto que se requiere, una sola persona o una sola experiencia investigativa no son suficientes, los esfuerzos individuales constituyen la materia prima para una revolución mayor, alimentada por la reformulación de los discursos y la siembra de nuevos puntos de análisis que permiten un panorama mayor y un pensamiento crítico más consolidado.

Lograr ese cambio de paradigma, como se plantea en el texto, conlleva hacer visible la necesidad de “una actualización de políticas educativas y que los docentes estén en constante formación, de cara a las nuevas necesidades del mundo y las nuevas teorías y modelos pedagógicos.” (2021, p.36)

De la misma forma, a través de él se nos invita a promover “una alfabetización múltiple, es decir, que implique el aprendizaje de múltiples lenguajes: visual, gestual, auditivo, multimedia, etc., que responda asertivamente al impacto de unas nuevas

condiciones económicas y culturales que dan sentido actual al mundo” (Hernández, 2007, como se cita en Romero, Barco y Ramos, 2021. p.36), así como a la “germinación de un pensamiento crítico el cual se logra en tanto se entienda el poder performativo¹ de la Cultura Visual”. (p.36)

Estos son retos que habremos de asumir en este compromiso de ser gestores de transformación social a través de las artes, logrando cada vez mayor incidencia en los procesos internos de cada ser a quien llegamos, y a la vez haciendo visible el impacto que tiene nuestra producción y la capacidad de confrontación que tienen estas experiencias en el orden social y, por ende, en la búsqueda de la equidad, el respeto y la libertad.

La cultura visual se ha de constituir en un escenario de estudio y producción, en el que actúan libremente los sentidos, donde se deconstruye y construye el conocimiento y donde cada individuo tiene la posibilidad de explorar su particularidad y permitirse una configuración única y diversa de su ser.

Para finalizar, debo decir que esta experiencia investigativa es una forma de resistencia, pero a la vez, una apuesta en la consolidación de estos retos en mi quehacer profesional, como se plantea en el texto, asumo el reto desde mi accionar en la EAV reconociendo

el conocimiento y reflexión de estas maneras de comprensión de la imagen en tanto permiten nuevos horizontes en el estudio de lo visual, en el uso y producción misma de la imagen de una manera consciente y ética para la producción de conocimiento y su incidencia en la producción de subjetividades, así como el despliegue de apuestas por la educación de la mirada. (p.37)

¹ Al respecto, cabe aclarar que “Lo performativo se entiende como aquello con la capacidad de producir sujetos, en otras palabras, la Cultura Visual, con sus múltiples modos de presentarse y de insertarse en la cotidianidad de las personas, produce significados que las mismas personas adquieren para dar sentido a sus vidas. Este poder, afirma Hernández (2007), puede ser estratégicamente invertido cuando la Cultura Visual se apropia y se parodia, de manera tal que el sujeto da cuenta de unos contenidos para saberlos subvertir críticamente y hacer, de una u otra manera, un consumo responsable y propositivo. Así, la enseñanza de la Cultura Visual no se trata solamente de saber analizar, sino también, de saber desenvolverse en la producción de signos, lo que permite la incorporación de la reflexión crítica” (p.36).

METODOLOGÍA



Este trabajo de investigación se ha desarrollado teniendo en cuenta una ruta metodológica de tipo etnográfica que parte de un paradigma humanístico-interpretativo-hermenéutico el cual, como lo afirma Gloria Pérez Serrano (1994) citada en el texto: *Entre El Qué Y El Cómo: Tendencias Epistemológicas Y Metodológicas De La Investigación En Educación Artística Visual* (Romero, Barco & Ramos, 2021), es

Proveniente de la antropología, como disciplina y, en general, de las ciencias sociales, pues se centra en analizar y comprender los modelos socioculturales de la conducta humana, lo que focaliza su mirada en la alteridad en toda su complejidad hacia los fenómenos de la vida. (p.64)

Es un paradigma que además nos permite percibir e interpretar la realidad investigada, no con el fin de determinar unos parámetros únicos y reglas generales del comportamiento humano, sino que conlleva a “evidenciar la manera como se configuran reglas que rigen diversos contextos sociales y generan diversas interpretaciones, significados y saberes” (2021, p.64); de esta forma, a través de esta experiencia nos encontramos frente a frente con un conocimiento que se halla inmerso en las relaciones que establecen los sujetos en su día a día y que por ende

nos abre las posibilidades de comprender aún más la lógica en la que acontece esta realidad.

En el marco de esta investigación, es a través de esta metodología que podremos fijar nuestra mirada en una realidad que no busca determinar una teoría universal del *porqué* de determinado comportamiento humano, sino que nos permite describir una situación en un contexto muy puntual, mediado por unas historias particulares que dan a conocer la manera en que se han configurado diversas relaciones con el concepto mujer, a partir de la incidencia de la cultura visual en la cotidianidad de mujeres que comparten contextos y experiencias comunes.

Esta ruta nos ha permitido, además de identificar algunos saberes, significados y sentidos que median esta realidad, producir nuevos conocimientos e interpretaciones que, si bien hacen parte de la cotidianidad de las personas, no siempre se hacen presentes de manera consciente en la racionalización de las reglas y los parámetros que determinan su propio comportamiento y la manera en que se configura su relación con ellos mismos, con los otros y con su entorno.

Por otro lado, cabe anotar que este estudio en consonancia con la manera en que Gloria Perez describe el paradigma en el texto *Entre el qué y el cómo* (Barco Rodríguez et al., 2021), “se centra en el individuo como sujeto interactivo y comunicativo que produce y comprende significados, los cuales son la materia de estudio en este orden investigativo” (p.64). Siendo este el mayor insumo que devela la manera en que se percibe a las mujeres que se han vinculado a esta investigación y la mayor fuente de información que abre las posibilidades de análisis e interpretación de la realidad observada. De la misma forma, es importante resaltar que este es un ejercicio investigativo que mantiene en todo momento una mirada etnográfica, al focalizar sus acciones en identificar aspectos puntuales propios del grupo.

Ahora, cabe señalar que la cotidianidad es el escenario en que acontece esta investigación, potencializada a partir de las experiencias que se han propuesto para ampliar las posibilidades de reconocimiento de las vivencias, sentidos, sentires e interpretaciones que las participantes identifican en el marco de la realidad que nos convoca. De esta forma, la cotidianidad es un escenario en el que suceden un

sinnúmero de situaciones que develan, confrontan, justifican y hasta legitiman todo un entramado de relaciones y situaciones que ameritan una lectura amplia y reflexiva, la cual, en este caso ha sido orientada desde el enfoque que hemos adoptado: la etnografía feminista.

Este enfoque orienta el paso a paso de esta ruta metodológica que, como se plantea en el texto *Investigación Feminista: Epistemología, metodología y Representaciones Sociales*, específicamente en el capítulo *Etnografía feminista* (Castañeda Salgado, 2012), nos permite hacer una “descripción orientada teóricamente por un andamiaje conceptual feminista en el que la experiencia de las mujeres, junto con la develación de lo femenino, está en el centro de la reflexión que conduce la observación” (p. 221).

Si bien es cierto que la vivencia de muchas mujeres en diversos contextos ha sido documentada en el relato de la Historia; no siempre ha sido desde la mirada feminista o basada en la experiencia de género, pero sí desde la cultura androcéntrica que legitima la cultura patriarcal. Es por esto que, en los últimos años, al igual que en el propósito de esta investigación, se ha hecho evidente la necesidad de abrir un nuevo enfoque que permita contrarrestar estos discursos y abrir la posibilidad de conocer desde la mirada de las mujeres su propia vivencia, identificando otras variables que desde una posición de privilegio no se permiten vislumbrar.

De esta forma, reconocemos a las participantes como “sujetas sociales, políticas e históricas— que se desenvuelven en una trama de relaciones sociales” (Castañeda Salgado, 2012, p.221), mujeres con miles de historias y sentires que relatar, un contexto que habitan y nos convoca a “elaborar explicaciones e interpretaciones culturales que partan de las mujeres colocadas en determinados contextos de interacción” (p.221).

En ese orden de ideas, las mujeres participantes de esta investigación no sólo asumen un rol que se remite exclusivamente a proveer la información que se requiere, sino que se consideran como lo plantea Martha Castañeda Salgado (2012) en tanto “creadoras culturales”, lo cual permite al mismo tiempo

identificar, analizar e interpretar las orientaciones, contenidos y sesgos de género que las colocan a ellas, a los varones y a otras categorías sociales genéricas en posiciones diferenciadas que, en la mayoría de los casos, atañen a la desigualdad entre unas y otros. (p.221)

Para este estudio, como para los realizados por otras etnógrafas feministas, “las mujeres son el sujeto privilegiado en sus investigaciones, por lo que dicha intersubjetividad se establece entre congéneres” (2012, p.225). De modo que la población que participa activamente en esta experiencia comparte la vivencia de ser denominadas mujeres aun cuando cada una de ellas ha apropiado formas particulares de habitar este cuerpo, en ese sentido, son mujeres que han compartido experiencias y escenarios comunes, y que desde sus propias trayectorias han dado un sentido y una interpretación particular a esa relación con la cultura visual, con los mandatos de género y especialmente con la apropiación de la etiqueta “mujer”.

En ese orden de ideas, la etnografía feminista dirige nuestra mirada a “desentrañar los vínculos a través de los cuales el género se entreteje con otras relaciones sociales” (Castañeda Salgado, 2012, p.228) en esos contextos en que las mujeres participantes han escrito sus historias, donde se han instaurado unas dinámicas mediadas por el género y por otras categorías como la raza y la clase social.

A través de las experiencias desarrolladas en este estudio, las participantes han logrado posesionarse de manera diferente ante la realidad vivida, lo cual, como menciona Martha Castañeda Salgado, responde al carácter político de la etnografía feminista, al “colocar a las mujeres en los lugares de frontera” (2021, p.230) , esto significa “colocarlas en los lugares de la rebeldía, de la transgresión, de la resistencia y de la emergencia, es decir, lugares en los que se gesta la contrahegemonía espontánea del malestar con la cultura naturalizada” (2012, p.230).

Es así como propiciar el encuentro entre mujeres con este propósito, no limita sus alcances únicamente al carácter descriptivo de la investigación etnográfica, sino que necesariamente conlleva a un carácter confrontativo al abrir un nuevo espectro desde donde las participantes de la investigación logran desde una posición crítica, ver más allá de lo que se supone hace parte de un orden natural.

Esta situación se hace claramente evidente en el texto, al afirmar que “buena parte de la fuerza de la cultura radica en su capacidad de naturalización²” (Castañeda Salgado, 2012, p.230) y que precisamente, mediante la etnografía feminista se “ha resignificado varios de los procedimientos acuñados por la etnografía crítica contemporánea con la pretensión de desmontar esa naturalización, visibilizar la experiencia de las mujeres y reintroducir la perspectiva histórica en el estudio de la condición de género localizada” (Castañeda Salgado, 2012, p. 230).

En tanto investigadora he de asumir una posición como mujer y como facilitadora del proceso, que confronta la realidad hallada y las posturas desde donde se interpreta dicha realidad, reconociendo la incidencia del patriarcado y el proceso de naturalización al que he sido expuesta a lo largo de mi vida y la de cada una de las participantes de este estudio.

Soy facilitadora del proceso, pero además un canal que recoge las voces de otras mujeres y las articula en un trabajo de grado, cuestionando un orden preestablecido y unas verdades enraizadas y arraigadas en la cultura que nos atraviesa.

En este posicionamiento encuentro importante retomar a Donna J Haraway quien ha sido citada en el texto *Etnografía feminista* por Martha Castañeda Salgado, haciendo evidente el concepto de “conocimiento situado”, para referirse a aquellos conocimientos derivados de la localización y la particularidad del sujeto cognoscente. Estos conocimientos son parciales porque derivan del sujeto y su cuerpo; del proceso histórico, cultural y semiótico que lo ha generado; de la manera específica en que se sintetizan el género, la clase y la etnia en tanto elementos de su materialidad e historicidad. (2012, p. 237).

De esta forma, Haraway nos proporciona una mirada con un soporte conceptual, que brinda nuevas posibilidades para la investigación y un nuevo rol que, como investigadores, podemos asumir, validando esos conocimientos diversos que surgen

² Alude al proceso por el cual ciertos hechos que dependen de condiciones sociales y culturales y que, por lo tanto, varían con el tiempo y con las características del medio, tienden a percibirse como algo aceptable e inmutable. *Recuperado de* <https://www.google.com/url?sa=t&source=web&rct=j&url=https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/eje-reconocer-la-perspectiva-de-genero.pdf&ved=2ahUKEwj4r-5mu72AhWfVTABHUQIDhIQFnoECB8QAQ&usg=AOvVaw2tQbB96Sbux0n2zDenrgOE>

no solo desde las categorías de género, raza y clase sino desde todas las múltiples formas de ser y habitar el mundo de los individuos.

Reconocer todos esos elementos diversos que determinan nuestro lugar de posicionamiento, más allá de una limitante, se constituyen en una posibilidad de acercamiento y comprensión más clara de los fenómenos, vivencias y características que determinan la particularidad de la realidad estudiada. Quizá por esto

el concepto central de la epistemología feminista es que la persona que conoce está situada y por lo tanto el conocimiento es situado, es decir, refleja las perspectivas particulares de la persona que genera conocimiento, mostrando cómo es que el género sitúa a las personas que conocen (2012, p.28).

De la misma forma, ser consciente del lugar de enunciación y de posicionamiento, permite que la relación que se establece con otras mujeres con quienes se desarrolla el estudio, adquiera una nueva connotación y un nivel de identificación que favorece el fluir honesto y reflexivo de la investigación.

No se puede desconocer, como Bartra, E plantea en el capítulo *Acerca de la investigación y la metodología feminista* del texto *Investigación feminista* que “el hecho de ser mujer condiciona el proceso de investigación. (...) El acercamiento y la relación que se establece entre la investigadora y las mujeres a ser investigadas será diferente (a veces a pesar suyo) a los que se dan con un investigador, incluso aunque la investigadora no sea feminista” (2012, p.74).

Propiciar una investigación mediada por el diálogo de mujeres es una gran posibilidad de debatir y problematizar situaciones que les atañen, no solo por ser cada una de ellas fuente de información desde sus posturas y vivencias particulares, sino como se afirma en el texto como “creadoras culturales”.

En este orden de ideas, estos espacios además de brindar las condiciones para identificar, analizar e interpretar las orientaciones, contenidos y sesgos de género que las colocan a ellas, a los varones y a otras categorías sociales genéricas en posiciones diferenciadas que, en la mayoría de los casos, atañen a la desigualdad entre unas y otros, (Castañeda, M, 2012, p.221)

promueven la transformación cultural y el reconocimiento de formas alternativas de relación que contrarrestan el poder hegemónico del patriarcado y generan procesos

que de la mano de otros similares hacen contrapeso a todo aquello que ha sido establecido por décadas.

Muchos estudios han contribuido a este propósito, las Investigaciones como la aquí propuesta y otras desarrolladas en el marco de la etnografía feminista privilegian a las mujeres dado que, como lo dijo Martha Castañeda (2012), esta intersubjetividad es establecida entre congéneres; lo cual complementado con el método del círculo propicia un ambiente de mayor confianza e identificación que abre la posibilidad de poner sobre la mesa temas que de manera sutil han sido vetados o estigmatizados por el mismo orden preestablecido.

Cuando hago referencia al círculo me remito a la experiencia expuesta por Jean Shinoda Bolen en su libro *El millonésimo círculo. Cómo transformarnos a nosotras mismas y al mundo* (2008)³, quien utiliza esta figura para hacer referencia a esa “forma arquetípica que resulta familiar a la psique de la mayoría de las mujeres, pues es personal e igualitario” (p.5).

De esta forma, los elementos dados desde la etnografía feminista se consolidan en este estudio mediante el método del círculo con el propósito de instaurar una posibilidad de encuentro equitativo entre mujeres con fines investigativos y de construcción cultural que respondan a las posibilidades que Jean Shinoda Bolen nos muestra al afirmar que:

La experiencia del círculo puede tener un radical efecto positivo en las relaciones exteriores al círculo, puesto que proporciona un modelo, un espacio donde comunicarse con sinceridad y afecto hasta que ésa sea la forma de comunicación habitual en tu vida, y sea también la que esperas de los demás. Esto, a su vez, puede llevarte a cambiar la estructura patriarcal de tus relaciones personales, y, a medida que empieces a cambiar tus relaciones, ese cambio se expande al igual que cuando arrojas piedrecillas en un estanque, del impacto de cada cambio nacen anillos concéntricos cuyo movimiento ondulatorio se extiende y provoca un efecto en otras relaciones. (2008, p.9)

³ Planteamientos basados en la psicología jungiana, que aún cuando no tienen una relación directa con los demás referentes conceptuales, los enriquece y complementa.

Estos alcances me han permitido asumir un método en torno al círculo de mujeres, encaminado a la consolidación de un reencuentro de 5 mujeres cuyas vidas convergen en escenarios similares tales como el contexto en el que desarrollaron su formación académica básica y media, además de un contexto barrial común ubicado en la capital del país, puntualmente en la localidad 7 de Bosa.

Cinco mujeres que nos ubicamos en un rango de edad entre los 22 y 23 años y cuyas trayectorias de vida convergen en diferentes tramos de nuestras existencias, actualmente nos encontramos desarrollando diferentes procesos de formación a nivel profesional, lo que ha propiciado la incursión de cada una de nosotras en contextos diferenciales coherentes con nuestros intereses particulares, los cuales se han venido consolidando a partir de experiencias, limitaciones, oportunidades y proyecciones que determinan desde un sentido de realidad el anhelo de realización personal.

Un colectivo que ha consolidado por muchos años (2012- actualidad) vínculos de amistad, que en unidad ostentamos claramente la diversidad que se puede hallar dentro de la categoría mujer y que contribuye a fortalecer los niveles de identificación y confianza que se ha generado a raíz de las posibilidades de encuentro y el respeto que desde siempre se ha mantenido en nuestra dinámica relacional.

Precisamente por este hecho y por los alcances que podemos tener en estas condiciones al establecer un círculo de mujeres, logré vislumbrar una oportunidad de transformación cultural en contextos cercanos a mí, mediante el ejercicio de la investigación con enfoque etnográfico feminista.

Es este un método que no solo garantiza las posibilidades de recopilar información en medio de un diálogo íntimo y sincero, sino que se constituye en una forma alternativa de relación en el que las participantes podemos vivenciar una relación horizontal que aun cuando esté condicionada por la figura de la etnógrafa que, como nos lo expone Shulamit Reinharz (1992), citada por Castañeda, M en el texto *Investigación feminista, Capítulo Etnografía feminista* (2012, p.225), está condicionada a nuestros sesgos de género y existe un mayor nivel de identificación y confianza.

De la misma forma, consolidar este círculo de mujeres abre una posibilidad de generar nuevo conocimiento y de hacer visible disertaciones y reflexiones que se habían quedado relegadas a nuestras voces interiores o que simplemente se camuflaban en los discursos retumbantes de la *normalidad*⁴. Acudir a este método es reconocer lo que Jean Shinoda Bolen plantea al decir que:

el mundo actualmente necesita una inyección de la clase de sabiduría que las mujeres tienen, y la forma misma del círculo es una encarnación de esa sabiduría. La famosa expresión de Marshall McLuhan «el medio es el mensaje», sin duda, puede aplicarse a los círculos de mujeres, ya que en un círculo no existen las jerarquías..., y eso es la igualdad; es así como una cultura se comporta cuando escucha y aprende de cada uno de sus integrantes. (2008, p.8).

Llevamos décadas en una lucha permanente por alcanzar la equidad y por hacer visible las voces de las mujeres, no obstante, nuestras relaciones cotidianas, incluso entre mujeres, se siguen rigiendo por jerarquías y ejercicios de poder que legitiman las lógicas en que se basa el Patriarcado; nos seguimos silenciando a nosotras mismas y señalando con juzgamientos a quienes piensan diferente, legitimando exclusivamente discursos que se enmarcan en la etiqueta de la normalidad, y permitiéndonos poner sobre la mesa sólo aquello que se concibe como moralmente correcto.

Sin embargo, generar este tipo de escenarios, aun cuando sea en el marco de un método de investigación, nos permite poder vivenciar otras formas de relación que pueden ser reproducidos posteriormente una y otra vez en diversos escenarios y que más allá de la culminación de este estudio, abre la posibilidad de generar una verdadera transformación social, como lo manifiesta Shinoda Bolen al afirmar que: “cuando un número decisivo de personas transforme su actitud o su comportamiento, la cultura en su totalidad se transformará. Unos pocos empiezan a hacer aquello que era impensable, y pronto son muchos quienes lo hacen” (2008, p.7).

Por otro lado, el círculo de mujeres además de permitirme un mayor acercamiento y acceso a la información requerida, promueve formas alternativas de encuentro que

⁴ Entendiendo el concepto como una construcción cultural que nos lleva a asumir que determinadas ideas son verdades incuestionables.

como se plantea en el texto antes referenciado pueden llegar a ser formas de “oposición al orden social, al orden jerárquico al que establece un nivel superior y uno inferior, que clasifica y compara a cada mujer individual con otras” (Bolen, 2008, p.16); en conclusión, establece relaciones horizontales donde la diversidad es valorada y considerada un elemento fundamental para la construcción del conocimiento y la lectura de la realidad que tienen en común.

Es un escenario propicio para el encuentro que permite develar una realidad, que promueve la construcción colectiva a partir del diálogo que acontece,

escuchando, presenciando, representando un modelo, reaccionando, profundizando, haciendo de espejo, riendo, llorando, sintiéndose afligidas, inspirándose en la experiencia y compartiendo la sabiduría de la experiencia, las mujeres del círculo se apoyan mutuamente y se descubren a sí mismas a través de las palabras. (Bolen, 2008, p.8)

Es allí donde la palabra y la imagen adoptan un papel significativo, dando rienda suelta a la posibilidad de expresar sin limitaciones su sentir. Permiten evocar las memorias, los sentires, las presencias silenciosas y aquellas voces atadas por la censura; la palabra en este estudio, juega un papel provocador materializando las ideas y poniéndolas a dialogar y a debatir desde un sentido común; el arte por su parte, se vincula desde la experiencia de creación de piezas visuales generando un diálogo interno de su creador con todas aquellas voces que desde el exterior lo confrontan; ambos elementos enriqueciendo la lectura y las posibilidades de comprensión, creación y reflexión de la realidad que nos convoca.

Si bien es cierto que se cuenta con dos recursos invaluable de expresión que, canalizados de la manera más libre y espontánea, brindan un ambiente propicio de construcción colectiva, es necesario garantizar que este espacio de encuentro esté mediado por el código de secreto propio del círculo de mujeres que para lo que compete a este estudio está basado en un voto de confianza representado en el consentimiento de las participantes en torno al manejo de la información allí suministrada. Esto como resultado a la evidente necesidad de quienes allí se vinculan, de sentirse seguras pues, como lo plantea Jean Shinoda Bolen, allí “cada mujer del círculo conoce la historia personal de cada una de las demás mujeres, sus

viajes, los detalles importantes de su vida, qué cuestiones constituyen un reto y dónde residen las dificultades relevantes” (2008, p.13).

Este se ha de constituir en un espacio de intimidad en el que puede acontecer un proceso de autorreconocimiento y de lectura autocrítica de la realidad en la que se desenvuelve la vida y los dilemas de cada participante, allí puede surgir, como Castañeda, M. plantea en el texto *Etnografía feminista*,

el revelamiento de las maneras como las mujeres se definen a sí mismas, dónde se colocan dentro del entramado de la vida social al que se reconocen adscritas —o excluidas, también—, cómo se enuncian y qué metáforas emplean para referirse al mundo que les rodea, cómo se ubican en ese mundo, cómo lo conciben y cómo lo nombran. (2012, p.232)

Son ellas quienes construyen desde su particularidad la escenografía de la realidad vivida y descrita, cada una desde su forma única de ser y de interactuar con el otro, con sus ritmos particulares y su decisión libre de participación y vinculación. Es por eso que en este escenario reconocemos, como lo plantea Shinoda Bolen que “En todo círculo hay mujeres con mayor facilidad de palabra, con mayor rapidez para reaccionar o llegar a una conclusión que otras...” (2008, p.17).

De la misma forma, reconocemos que esta situación no afecta en ninguna medida el principio de horizontalidad del cual ya hemos hablado, más aún cuando somos conscientes de que “Si una mujer domina el círculo y acapara ‘todo el aire de la habitación’, no lo hace ella sola, sino que quienes lo permiten son igualmente responsables” (Bolen, 2008, p.17). Siendo esto una característica de las dinámicas propias de cada grupo que reconoce, además, que, aunque el papel de facilitadora implique un mayor dominio de la palabra o la participación activa de una persona en particular se constituya en el eje central de una discusión, esto no implica un ejercicio de poder o la reproducción de un orden social jerárquico. Es una evidencia clara de las habilidades diversas y de las exigencias que cada rol demanda. En este orden de ideas, la garantía de ese principio de horizontalidad y la preservación del equilibrio no radica en una participación igualitaria de cada miembro del grupo, sino como nos lo hace saber la autora, en el reconocimiento de esta diversidad y la posibilidad “de escuchar a cada una de ellas”. (Bolen, 2008, p.17).

De la misma forma, reconocemos en ese escucharlas, una voz particular que es el resultado de una construcción individual que aporta a los procesos reflexivos individuales de los demás miembros del colectivo:

La voz de cada mujer habla sólo en su nombre, y no en nombre de las demás componentes del círculo. Cada mujer es responsable ante el círculo de prestar atención a lo que está sucediendo en su interior y en el círculo, y de expresarlo. (Bolen, 2008, p.17).

En este encuentro de experiencias, como facilitadora asumo la responsabilidad de propender por un diálogo flexible en el que cada participante asuma una actitud dispuesta y atenta ante los aportes de las demás; reconociendo el valor de las experiencias individuales pero a la vez identificando los puntos en común y otros en total oposición, dando valor además a los múltiples matices que pueden surgir en medio de la dualidad, confrontando verdades que se asumen como absolutas y generando acciones de resistencia ante el orden moralmente preestablecido.

Para tal fin, además asumiré la responsabilidad de que, como lo plantea la autora, “Observar es más que ver”, vinculándome a la discusión bajo la comprensión de que “Observar es entender lo que se mira dentro del contexto en el que tiene lugar, identificando a las personas involucradas en producir y reproducir, crear y recrear, inventar y transmitir el sentido cultural de aquello que experimentan” (Castañeda Salgado, 2012, p.230).

Como facilitadora del círculo de mujeres y desde la mirada como investigadora, propongo una serie de dinámicas y experiencias que motivan al diálogo mediado por la confianza y la empatía, lo cual además de garantizar la horizontalidad de las relaciones, resignifica mi lugar como investigadora en este contexto validando la producción y el desarrollo de cada etapa de investigación mediada por elementos propios de mi subjetividad lo cual, como nos lo hace saber Martha Patricia Castañeda Salgado (2012), no desvirtúa ni cuestiona la validez de los datos y los hallazgos. Al respecto nos ilustra afirmando que

Desde las perspectivas hermenéutica y simbólica, se afirmó, desde tiempo atrás, que la subjetividad de quien investiga está presente en la selección de los temas y los abordajes metodológicos con los que se conduce el proceso de indagación

académica. En el terreno de la etnografía feminista, esto se manifiesta a menudo en la explicitación, por parte de las autoras, de la empatía que lograron establecer durante el trabajo de campo con mujeres cuyas experiencias tuvieron resonancia en ellas, así como las dificultades de comprensión —que condujeron incluso al rechazo— respecto de aquellas situaciones para las cuales la etnógrafa no contaba con referentes previos, o que simplemente no podía aceptar por sus propios (pre)juicios. (p. 231)

De esta forma, mi papel como etnógrafa en el marco de la dinámica generada por el círculo de mujeres, implica una gran responsabilidad no solo en la preservación de la horizontalidad, la selección de las temáticas y dinámicas que propicien la discusión y los espacios de creación, sino además frente al manejo respetuoso, confidencial y selectivo de la información. En síntesis, como lo plantea Martha Castañeda Salgado, “en el sentido más inmediato de la etnografía feminista, deberá ofrecer una descripción develadora y reveladora de las orientaciones y los sesgos de género identificables en un observable” (2012, p.232)

Asumo la tarea de describir las múltiples realidades, posturas, vivencias y experiencias que se presentan en el círculo, lo cual me implica, como lo plantea Martha Castañeda Salgado,

Identificar, deconstruir y elaborar interpretaciones que, en la búsqueda de sentido, apelan a algunos de los procedimientos centrales de la epistemología y la metodología feminista: la visibilización, la desnaturalización y la historización. La descripción feminista es conceptual, reconstructiva, interrogadora de múltiples interconexiones implícitas que reflejan y reproducen órdenes de género. Lo que se observa y lo que se describe es, a final de cuentas, una organización social de género a través de las experiencias diferenciadas de mujeres y hombres particulares. (2012, p.232)

Este es un reto y una responsabilidad que se ve manifiesta en la manera en que he decidido organizar y establecer una ruta para la recopilación, análisis e interpretación de la información, la cual se ha venido desarrollando manteniendo claro el propósito que convoca a este estudio, sin perder de vista otros elementos que surgen en el encuentro que contribuyen a la resignificación de elementos culturales que determinan otras dinámicas responsables de la legitimación de patrones de violencia basadas en género.

Como consecuencia de este análisis y compromiso que he adquirido, esta investigación ha dirigido su mirada a un reducido grupo de mujeres queriendo consolidar de la manera más cercana posible la realidad que cada una de ellas ha vivido en su experiencia de ser mujer: describiendonos a través de la palabra y la imagen, la forma en que perciben han sido representadas y cómo a partir de ello han realizado un proceso de autorrepresentación.

Es este un ejercicio que nos abre miles de ventanas desde donde se cuelan múltiples temas controversiales que aunque ameritan ser analizados y visibilizados, requieren ser focalizados en pro de los fines de esta investigación. La orientación de cada una de las actividades propuestas en cada encuentro implica mantener clara la mirada hacia aquello que nos convoca sin perder la libertad de expresión y la necesidad de las participantes de poner sobre la mesa todo aquello que se suscita a raíz de las experiencias propuestas.

De esta forma, la planeación de cada uno de los encuentros se ha mediado por cierto nivel de flexibilidad y, a la vez, por la transversalidad de unos ejes que contribuyen a la categorización de la información, filtrando en alguna medida los aportes de las participantes en lo que respecta a los procesos de representación y autorrepresentación.

A la observación y descripción de estas dos categorías, les acompaña múltiples variables que abren de manera significativa el panorama de comprensión, por lo que basados en el propósito de este estudio, se decidió focalizar la mirada en 3 aspectos fundamentales: la fuente de donde provienen, los mecanismos de preservación y las formas de manifestación de cada una de ellas.

Diseño Metodológico

Con esta claridad, convoqué a las mujeres con quienes he compartido algunos espacios de mi vida y con quienes se han creado vínculos de amistad y confianza, propiciando un espacio virtual de encuentro dadas las condiciones generadas a raíz de la pandemia que demanda medidas de aislamiento y autoprotección.

En este encuentro introductorio, posterior a la socialización de la dinámica, reglas y el propósito de la propuesta, se logró consolidar el grupo base de investigación a partir del libre interés de las participantes, manifestando su nivel de compromiso y expectativas. A continuación, ya con un espacio consolidado de encuentro se dio inicio a los espacios de construcción colectiva, los cuales inicialmente fueron pensados como un laboratorio de creación virtual en el que se pudiera explorar y cuestionar el ser mujer de cada una y el proceso que han llevado para consolidarlo, principalmente a partir de la cultura visual.

Desde este espacio de encuentro se abrió la discusión partiendo de la pregunta orientadora de este estudio, el objetivo y el reconocimiento de donde nace mi interés por investigar el tema. Con reglas y expectativas claras, se procedió a desarrollar la idea y el propósito del “laboratorio de creación” sugiriendo y dando ejemplos de algunas técnicas con las que podríamos trabajar.

De la misma forma, se abrió el espacio para que cada quien, desde sus intereses y posibilidades, diera a conocer su punto de vista frente a lo expuesto, sus inquietudes y compromiso con el proyecto, para luego concluir con la firma del consentimiento informado⁵ que destaca un correcto manejo de la información con propósitos netamente investigativos, así como reservar la identidad de las participantes.

Para finalizar, a modo de ejercicio de construcción colectiva, se acordó compartir en el siguiente encuentro una imagen realizada por las participantes que les permitiera hablar sobre su concepto de ser mujer y el rol atribuido en la sociedad. Conscientes de lo que suscita este tipo de experiencias, el siguiente encuentro giró en torno a la presentación de la pieza visual que cada una realizó y la respuesta dada a las preguntas que orientaron el ejercicio.

La mayoría recurrió al collage o al dibujo, elementos que aportan a la discusión posterior enfocada a comentarios, preguntas y anécdotas. Dada esta experiencia, se evidenció que las características e intereses de los encuentros fueron más cercanas a un círculo de mujeres que a un laboratorio de creación, y en vista de que esto no

⁵ los cuales como parte de los acuerdos de confidencialidad, no se exponen como anexos sino que reposan bajo mi custodia de la cual el asesor da fé de esta acción.

altera el objetivo de la investigación, se apropió esta figura como parte del método de investigación.

A partir de esta definición se enriqueció el espacio de encuentro con otros elementos esenciales del círculo de mujeres, lo que le da una connotación diferente a la planeación y la disposición ante el encuentro sin alterar el propósito inicial y las motivaciones que llevaron a la consolidación del mismo.

Para la siguiente sesión, con el propósito de identificar los referentes visuales que han incidido a lo largo de la vida de las participantes en su construcción del concepto mujer, se generó un espacio de confianza e intimidad donde cada participante contó su historia de manera cronológica, mencionando y trayendo al espacio los elementos (varios de ellos en físico o representados en piezas visuales como fotos, dibujos, imágenes extraídas de internet) que fueron importantes en cada etapa de su vida y que consideraron que aporta a la idea que tenemos hoy de ser mujer o de lo que en algún momento pensamos que era y hoy ya no.

Esta experiencia propició un ambiente de identificación y seguridad, que facilitó las posibilidades de expresión y confrontación ante los patrones identificados en un orden preestablecido que ha sido impuesto en nuestra cultura y que legitima ciertas formas de violencia por razones de género.

Para la siguiente sesión, ya con suficiente información recopilada y el reconocimiento de aspectos relevantes, se solicitó hacer un análisis de los ejercicios previamente socializados, tanto propios como de una integrante del círculo, con este ejercicio se buscó generar un proceso de identificación de elementos comunes y análisis de los aspectos significativos hallados en la experiencia, promoviendo la consolidación de una postura reflexiva y analítica que permita la reafirmación o resignificación del concepto de ser mujer de las participantes.

Cada participante partió de un proceso de retroalimentación de sus hallazgos en el marco de la reflexión en torno a los procesos de representación y autorrepresentación, teniendo en cuenta además las subcategorías antes descritas, las cuales aportan elementos que describen no solo lo evidente sino otros elementos que se han mantenido ocultos tras el velo de la naturalización. En esta discusión

final se amplió la lectura y la comprensión de las posturas diversas además de reconocer un proceso de confrontación o reafirmación de las ideas.

Cabe anotar que durante este proceso se realizó un registro de narrativas y elementos relevantes para la investigación que iban surgiendo en el desarrollo de los encuentros, además de recopilar algunas imágenes que se compartirán en el siguiente capítulo. A la vez, encuentro importante mencionar que este registro se vio alimentado por los elementos identificados en el proceso de revisión y sistematización de las grabaciones de los encuentros, el cual permitió ampliar la mirada y la comprensión de los planteamientos allí expuestos, además de reconocer algunos aspectos que en el desarrollo no habían sido tan evidentes, con este ejercicio concluyo la fase de recolección de datos.

A continuación procedo a establecer unas matrices (las cuales por temas de confidencialidad no se exponen), estas permiten organizar la información recopilada, retomando los dos lenguajes desde donde se dio a conocer nuestro concepto de mujer y su rol social: la palabra y la imagen. Desde estas dos expresiones se ubicó la información en un proceso de confrontación de los elementos identificados que intervienen en los procesos de representación y autorepresentación, información que a su vez se encuentra clasificada a partir de la identificación de *La fuente o el origen*, que son las ideas que nos llevaron a tener ese concepto de mujer, *los mecanismos de preservación* que validan ese concepto y lo asumen como algo vigente y *los modos de manifestación* de esas ideas a través de nuestro discurso, la generación de nuevas imágenes y la reproducción de determinadas formas de relación.

Participante	Dato	Interpretación Representación	Interpretación autorepresentación	Naturalización/ resistencia de aspectos que definen la feminidad	Comentarios/varios
--------------	------	-------------------------------	-----------------------------------	--	--------------------

Esqueleto de matriz, utilizado para la sistematización y análisis de la presente investigación.

No obstante, se hace evidente que estos tres elementos se encuentran en relación y movimiento, dado que la manifestación de un otro es su mecanismo de preservación y, si me presenta algo nuevo, será mi fuente, que posteriormente al manifestarla, será la fuente de alguien más, movimiento en el que nos vemos inmersos a diario,

un ejemplo de ello es la idea de que “el uso del esmalte de uñas es propio de las mujeres”, de niña veía que las mujeres y solo las mujeres usaban esmalte, esto terminaba siendo un mecanismo de preservación de esa idea, que en el momento fue mi fuente para acoger dicha idea, pintarme las uñas como manifestación de ello y por medio de mis acciones y discurso darle peso y ser la fuente de alguien más, repitiendo ese proceso una y otra vez. Sin embargo, Luego, al llegar a mi juventud me encuentro con hombres que también usaban esmalte en sus uñas y mujeres a las cuales no les gustaba usarlo, siendo mi nueva fuente de “el uso de esmalte de uñas es propio del que lo quiera usar”, cambiando mi discurso como manifestación y siendo nuevamente la fuente de alguien más.

En lo que compete a este estudio, esta organización y relación que se establece entre las categorías y subcategorías de análisis se constituye en una herramienta no solo de comprensión, sino una alternativa para detener ciclos de preservación del orden moralmente preestablecido.

Es importante resaltar que esta organización de la información basada en el diligenciamiento de matrices permite determinar claramente puntos de encuentro y desencuentro, además de hacer evidentes elementos que nos aportan en la comprensión de la incidencia de la cultura visual especialmente en los procesos de representación y autorrepresentación, en la construcción social del concepto mujer, propósito fundamental de nuestro estudio y punto de partida para la generación de otros procesos de desnaturalización de lógicas y representaciones patriarcales que propendan por una resignificación de nuestras relaciones y un mayor empoderamiento de las mujeres en escenarios establecidos por ellas mismas.

LECTURA Y HALLAZGOS DE UNA REALIDAD COMPARTIDA

Para iniciar este apartado, considero importante mencionar que este se desarrollará desde un estilo más narrativo y reflexivo, en el que se priorizan los hallazgos vistos desde mi posición situada. Cabe anotar que los aportes teóricos no se hacen visibles desde la cita textual sino como elementos de base que alimentan cada uno de los análisis efectuados. Por otro lado, las categorías van emergiendo y tejiéndose unas con otras, desde diferentes escenarios que se han identificado como relevantes en el desarrollo de la investigación y en la apropiación de elementos de orden

pedagógico que brinden un aporte significativo en los procesos de transformación social.

Por otro lado, considero importante traer aquí, que este apartado se hace desde la mirada y la voz de las participantes y que no pretende establecer una verdad absoluta o recoger todas las experiencias del ser mujer. Por el contrario, reconozco que la experiencia de cada una es diferente e igualmente válida para sustentar las afirmaciones aquí expresadas y de paso, invitamos a las lectoras, a que desde su propia experiencia, problematicen y reflexionen acerca de su ser mujer y la naturalización de muchos elementos pertenecientes a una cultura patriarcal con los que no nos sentimos cómodas.

Para comenzar, haré evidente algunos hallazgos encontrados en la práctica pedagógica realizada, que me permite evidenciar el impacto que tiene el acto educativo no solo en los procesos investigativos o de transformación social sino en la resignificación de las formas de relación que establecemos con nosotras mismas, nuestra historia, quienes rodean y los diferentes contextos en que desarrollamos nuestras vidas.

A continuación me enfocaré en los hallazgos referentes a los elementos que corresponden a la representación de la mujer, presentes en los relatos, reflexiones, discursos e imágenes compartidas dentro del círculo de mujeres, estableciendo un marco de comprensión de estos procesos que acontecen en la vida social de cada una de nosotras.

Para finalizar, haré énfasis en todos aquellos procesos de autorepresentación que se hicieron visibles en este proceso y que ponen sobre la mesa de discusión, análisis y reflexión la manera en que nos hemos asumido y confrontado a nosotras mismas a lo largo de nuestra historia.

EXPERIENCIA PEDAGÓGICA: UN ESCENARIO PROPICIO PARA LA CONSTRUCCIÓN Y DECONSTRUCCIÓN

Para comenzar, he querido iniciar haciendo visible el lugar de la experiencia pedagógica a lo largo de este proceso de investigación, donde he podido acudir a sus recursos didácticos como una herramienta que no solo convoca al aprendizaje de unos conocimiento previamente establecidos, sino que me ha abierto una amplia gama de posibilidades de interacción con otros, al permitirme dialogar con otras

realidades en un marco de la confianza, el respeto y el reconocimiento de la diversidad y la diferencia.

El círculo de mujeres se instauró en este estudio como un escenario de encuentro propicio para la actividad pedagógica, el cual a partir del ejercicio creativo y la producción de algunas piezas visuales provocó todo un proceso de construcción y deconstrucción del conocimiento; confrontando “verdades” y lógicas que durante décadas y al transcurso de la historia de vida de las participantes se habían instaurado de una manera casi determinante.

Esta experiencia me ha permitido ver el acto educativo como una realidad que acontece más allá de las aulas, se ha presentado como una oportunidad para hacer de este círculo de mujeres un espacio de encuentro y socialización propicio para gestar acciones de resistencia y transformación social; fundamentadas en nuestra capacidad de pensamiento crítico, nuestras posibilidades creadoras y el reconocimiento del poder que tiene la educación para pensarse nuevas realidades en el marco de los derechos y la reivindicación de la dignidad humana.

Mi primer hallazgo como licenciada en artes visuales e investigadora social proviene de las amplias posibilidades que me brinda la educación en este tipo de espacios para generar movilizaciones que favorezcan el desarrollo humano, más aún cuando encontramos en la cultura visual el insumo por excelencia que convoca e incita a la reflexión, a la reconciliación con las memorias, a la consolidación de nuevas formas de visualizar nuestro futuro y a la posibilidad de expresar y transmitir todo cuanto hemos tenido que silenciar.

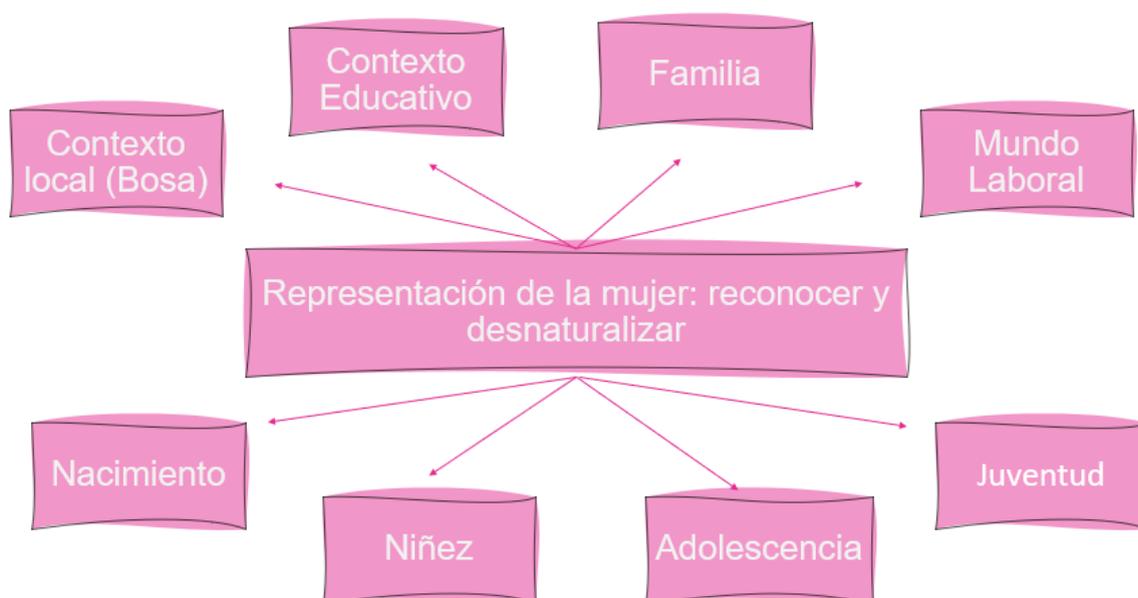
Ante esta investigación y frente a frente a los relatos y nuevos discursos de las participantes de círculo de mujeres, he descubierto que las grandes revoluciones que parten de la educación y que reivindican los derechos de las personas y nos convocan a asumir una vida más digna, implican como licenciados y licenciadas nuestro quehacer cotidiano, ir a lo más íntimo del ser, aportando al otro sin ambicionar impactar grandes multitudes; reconociendo lo significativo y particular de cada proceso y la responsabilidad que tenemos ante el reconocimiento de una diversidad invisibilizada y masificada

Para finalizar este apartado, debo manifestar que uno de los grandes hallazgos de esta experiencia ha sido reconocer el compromiso que como profesional debo

adquirir al orientar procesos pedagógicos en los que es inminente la necesidad de tener flexibilidad en el pensamiento, reconocer y valorar la diferencia y juntas tener la posibilidad de confrontar y deconstruir aspectos que nos alejan de construir una sociedad verdaderamente equitativa y libre de violencias

A continuación veremos algunos de los hallazgos encontrados gracias al ejercicio de esta actividad pedagógica en el círculo de mujeres, específicamente en lo que refiere a la representación del ser mujer, el cual es tan solo uno de los aspectos que amerita ser desnaturalizado y resignificado

REPRESENTACIÓN DE LA MUJER: RECONOCER Y DESNATURALIZAR



Ahora, al llegar a esta etapa donde desemboca tanto el producto de un ejercicio de búsqueda, organización y análisis de información conceptual, como el conglomerado de información suministrada en el tránsito de la ruta metodológica en tanto forma de acercamiento, diálogo e interacción con las participantes de la investigación, me permito realizar un ejercicio de análisis crítico, organizado y esclarecedor que pueda responder a las preguntas que han guiado este estudio y me permitan consolidar los aspectos más significativos allí evidenciados, con el fin de compartir los hallazgos y abrir las posibilidades de discusión en torno a aquello que puede llegar a ser transgresor frente al orden preestablecido y suscitar nuevas posibilidades de desnaturalización de dinámicas cotidianas instauradas por el sistema patriarcal.

Para comenzar, he focalizado mi mirada no solo en el marco teórico y las matrices que condensan y categorizan en gran medida la información adquirida, sino que he tenido que acudir a las memorias del contexto en el que han sucedido muchos de los acontecimientos que emergieron producto de los ejercicios sugeridos. Mantener esta conexión ha llenado de sentido muchas de las interpretaciones y me ha permitido comprender desde una mirada más cercana los relatos y las descripciones que cada una de las participantes del círculo de mujeres ha generado, producto de todo aquello que les ha suscitado la experiencia.

Es claro el papel que juega la cultura en cada una de las situaciones, sentires y apreciaciones que se han vislumbrado en el intercambio de imágenes y el ejercicio de la palabra que emergen en el círculo de mujeres. Creaciones y descripciones que, fuera de un contexto conjuntamente vivido, posiblemente podrían cobrar múltiples sentidos con diversas interpretaciones. De esta forma, los productos y modos de materializar la experiencia y las voces interiores se ubican en un territorio impregnado de una cultura propia que, aún cuando se somete a unos principios universales, adquiere un sentido particular por las construcciones que el territorio donde se habita ha adoptado y jerarquizado.

Transitar las calles de una urbe, específicamente con las características socio culturales propias de una localidad como Bosa, implica estar inmersa en una construcción cultural única que se ve influenciada por los matices de la diversidad de las diferentes regiones del país de donde provienen las familias que se han venido a asentar desde décadas atrás en este territorio, como es el caso de las familias de las participantes del círculo de mujeres quienes en su mayoría conservan una estructura familiar tradicional, y sus padres, madres o abuelos y abuelas aún conservan muchas de las tradiciones e imaginarios de sus lugares de procedencia.

La localidad de Bosa, a ojos de las participantes del círculo y de muchas mujeres, se ha caracterizado además por mantener altos índices de violencia asociados a diversas problemáticas sociales como la pobreza, la delincuencia y la inseguridad, situaciones que generan que las familias establezcan medidas de protección y cuidado hacia sus miembros, especialmente las mujeres, esto en vista de la tasa tan alta de denuncias por violencia hacia las mujeres, en las que se consideran casos de

feminicidios, violencia sexual y violencias por razones de género especialmente al interior de sus hogares.

De esta forma, podemos evidenciar que quienes participamos de este círculo de mujeres, hemos realizado una construcción del ser mujer en medio de múltiples creencias acunadas en diferentes regiones y que necesariamente al entrar en diálogo unas con otras, reafirman o confrontan imaginarios de donde proviene todo aquello que nos han transmitido y que es la base para establecer un deber ser que en medio de la cotidianidad condiciona nuestro comportamiento.

En nuestra búsqueda por reconocer cuál ha sido la incidencia de la cultura visual especialmente en los procesos de representación y autorrepresentación en la construcción social del concepto *mujer* en jóvenes pertenecientes a un círculo de mujeres en la localidad de Bosa, no podemos olvidar estos rasgos culturales y otros tantos que se ven reflejados en imágenes que nos hablan con su propia voz de acuerdos comunes que contribuyen en la manera en que a lo largo de la vida construimos nuestra imagen de mujer.

Tal es el caso de los hallazgos encontrados al hacer un recorrido por las zonas más transitadas por las participantes del círculo en la localidad, un encuentro con múltiples imágenes que permanentemente hablan pero que al estar tan naturalizadas en nuestro diario vivir llegan a nuestra mente con mensajes y códigos que no confrontamos ni cuestionamos, como por ejemplo las imágenes que encontramos en los almacenes de ropa con una clara distribución de la mercancía basada en los códigos de vestimenta determinados por los estereotipos de género y una publicidad que reafirma imaginarios tradicionales de género, roles y demandas.

Los productos publicitarios de esta zona, al igual que la que se presenta en otros contextos, ejercen una gran influencia sobre nuestros pensamientos y formas de asumir cómo debemos comportarnos. Son mensajes que alimentan nuestra mente y que se presentan de diversas formas, por ejemplo, revistas o vallas publicitarias, que captan aún más nuestra atención por el uso de otros recursos más sofisticados, planeados y compuestos.

Estas imágenes a las cuales tenemos acceso permanente, nos venden una versión deseable para nuestras vidas, en este orden de ideas, no son ajenas al proceso de construcción social del ser mujer, dado que allí también se hacen evidentes algunos prototipos que determinan una maqueta de mujer que muchas veces a pesar de salirse de la realidad de los contextos y de la diversidad que se nos presenta en la categoría mujer, se convierte en el parámetro a seguir en nuestra proyección como mujeres.

Las mujeres ocupamos diversos lugares en el mundo de la publicidad, es decir, podemos pasar de ser potenciales compradoras, a ser una herramienta de seducción acudiendo a la imagen de la mujer como un “objeto deseable”. Como mujeres nos inquieta qué pasa por la mente de la gente y qué función ejerce dentro del mercado el hecho de que para promocionar un producto y garantizar su venta, se deba vender una imagen erotizada y un molde único deseable de cómo debe verse y proyectarse como mujer.

Para las mujeres del círculo, en diferentes momentos de nuestra vida estos mensajes tuvieron gran incidencia; en el diálogo entre las participantes, la participante A. afirmó que “viene la adolescencia y con ello, las categorización de niñas lindas y las feas, todos quieren a las lindas y no a las feas, a partir de eso, todas queríamos pertenecer al grupo de las lindas”, una afirmación con un peso enorme en la forma en que terminamos autorepresentándonos y en la que las demás participantes manifestaron sentirse identificadas.

Se evoca claramente una etapa de nuestra historia, y aun en este momento de nuestras vidas, aunque en menor proporción, estos mensajes sumado a otros elementos, instauran una demanda social para encajar en la categoría de mayor aceptación, “las bonitas”. Una categoría muy mediada por un estereotipo de belleza *único* reproducido una y otra vez por este medio, que resaltan atributos los cuales, según el mercado, las hace más deseables a los ojos de los hombres.

Aquellos rasgos que, además de erotizar el cuerpo de la mujer y reafirmar algunos aspectos que, según los discursos tradicionales, son propios de la feminidad y que se fundamentan en esa construcción social basada en los principios del patriarcado,

nos han llevado, en determinados momentos, a querer copiar o hasta llegar a ser como las modelos o actrices del momento. Anhelamos poseer sus atributos, pero además alcanzar la aceptación y reconocimiento que ostentan, el éxito y la felicidad que refleja en sus rostros y acceder al mundo que uno supone representan.

El mundo de la publicidad o el que venden algunos medios es una realidad paralela, un mundo de fantasía al que nadie podrá acceder jamás en su totalidad, lo cual alimenta nuestros sentimientos de frustración y nos genera sensación de inconformidad con nuestra propia apariencia física, tal es el caso de lo expresado por algunas de las participantes a quienes el conflicto que surgió con su apariencia física determinó en gran medida la manera en que se relacionaba con la gente, por ejemplo, a raíz de esto, la participante D. fué víctima de acoso escolar y su autoestima se vió seriamente lesionada, al punto de entrar en conflicto hasta con la imagen que encontraba en el espejo.

Construir una imagen de belleza y un prototipo que responda a esa imagen comercial de ser mujer o a la necesidad de ser agradable o aceptada por el ojo masculino, es una presión que desencadena múltiples problemáticas. Como lo mencionan las participantes A., B. y D. nos insta una lógica de relación entre mujeres basada en la competitividad en la que por el hecho de tener mayor aceptación entre los hombres despertamos sentimientos negativos entre nosotras; de la misma forma, construimos relaciones de dependencia con ciertos productos del mercado, tales como la keratina, maquillaje, fajas, etc., que intervienen nuestros cuerpos y que, en pequeñas dosis, nos acercan en una pequeña proporción a ese modelo preestablecido aún cuando sepamos que esto jamás será suficiente.



Imágenes presentadas por 2 participantes como referentes de belleza presentados en su infancia

Se establece una relación de control social sobre nuestros cuerpos, demandándonos encajar en unas medidas “perfectas” que lesionan la relación que establecemos con nuestra autoimagen, nos vinculamos en dietas y tratamientos estéticos que incluso atentan con nuestra propia salud; de la misma forma, apropiamos conductas de autocastigo que pueden desembocar hasta en trastornos de la alimentación, estados depresivos y hasta de pérdida del sentido de la vida.

Evidencia de esto, es la reflexión que surge en el ejercicio del círculo de mujeres, donde construimos una imagen de mujer con la que nos sentíamos identificadas, allí las participantes descubrimos que hay tantas formas de ser mujer como mujeres en el mundo, porque a pesar de que en un inicio la mayoría quisimos representar una silueta caracterizada por senos grandes, cintura pequeña, cabello largo y caderas amplias, al vernos ante ella, no sentimos que estuviéramos allí reflejadas.



Nuestras formas son únicas a la vez que lo es la manera en que asumimos el mundo y los retos que nos presenta la vida, cada una asume posturas diferentes frente a las inconformidades que nos surgen por las situaciones de sujeción y control que hemos evidenciado en la nueva lectura que hacemos de nuestra historia, nuestros sueños, intereses y oportunidades diversas han hecho que cada una tome caminos diferentes que forjan nuestros proyectos de vida basados en la manera en que, como mujeres, nos empoderamos, resistimos o apropiamos esa representación del ser mujer.

En conclusión, no podemos olvidar que habitamos y nos enfrentamos diariamente a un mundo real, uno en el que los conflictos, las inconformidades, tensiones y silencios acontecen diariamente, uno en el que nuestros cuerpos y nuestras formas son reales, diversas, únicas y poco ajustadas a los retoques y efectos de los programas de edición.

Por otro lado, y continuando con nuestro recorrido por los escenarios en que han acontecido muchos de los relatos expuestos en el círculo de mujeres, nuestras memorias también han emergido desde el escenario del colegio, ya que es uno de nuestros espacios comunes y en lo que respecta a este estudio, el lugar donde se consolidó la amistad entre las participantes del círculo. Allí nos enseñaron a relacionarnos desde la uniformidad de la vestimenta que desde el momento de ingreso nos categoriza en dos grandes grupos y nos reafirma un mensaje asociado a la necesidad que nos impone la sociedad de ajustarnos a un único molde definido por nuestra condición de género.

A pesar de que en el acuerdo de convivencia que rige la dinámica institucional las normas de comportamiento están determinadas para hombres y mujeres de la misma forma, la vestimenta es uno de los aspectos que diferencia claramente una forma de habitar el espacio y de relacionarnos, así mismo en el diario vivir las figuras de autoridad reafirman desde su discurso otro tipo de normas que no están allí registradas, pero que corresponden a lo que como institución han asumido es la forma que un o una estudiante deben ser.

De acuerdo a mi experiencia y a algunas de las narrativas de las participantes se hace evidente cómo acciones cotidianas como la forma en que nos sentamos, cómo nos expresamos, la vinculación a determinados juegos, etc., es motivo de control por parte de las directivas y docentes, quienes son reiterativos en decirnos cuál es o no la forma adecuada de comportarse de una “señorita” y desde ahí se establece un código adicional de comportamiento, mediado por la concepción de que son normas que corresponden a la normalidad y a la naturalización de los estereotipos de género tradicionales.

El poder de transmitir y preservar estos principios en la escuela radica en alguna medida en la función que se le ha sido asignada de preparar a los y las estudiantes para su vida adulta y su vinculación a la sociedad como “ciudadanos y ciudadanas de bien”, desde allí también se nos enseña que hay que reconocer y apropiarse unas normas de comportamiento con una clara diferenciación de género y una imagen a proyectar aceptable dentro de lo que se concibe como feminidad o masculinidad, un concepto dual que no contempla las diversas formas en que tanto hombres como mujeres pueden expresar su identidad.

Por otro lado, recordamos cómo ciertas acciones son juzgadas dependiendo de dónde provienen, dado que hay cosas que son aprobadas si son ejecutadas por hombres y juzgadas si de donde provienen son de una mujer, situación que de igual forma pasa en viceversa. Esta diferenciación claramente tiene una incidencia en la manera en que nos relacionamos y apropiamos de este espacio, condicionando claramente nuestro comportamiento en pro de ajustarnos y evitarnos una sanción disciplinaria o social.

En medio de las conversaciones del círculo, identificamos nuestro colegio como este escenario cuya función tiene un gran reconocimiento por parte de la sociedad, se constituye en un punto de encuentro más en el que convergen los imaginarios diversos que se han consolidado en los hogares, estableciendo relaciones que demandan ciertas conciliaciones muchas veces enmarcadas en las lógicas habituales de convivencia donde se reafirman aspectos como tratar de mantener el orden preestablecido, sin análisis ni confrontación a la norma y una falta de coherencia entre el discurso⁶ del reconocimiento de unas inteligencias múltiples y el desarrollo de un pensamiento crítico, cuando no se propende por cuestionar la pertinencia e implicaciones de unas “verdades universales” alimentadas y reafirmadas por principios religiosos que se asumen como doctrinas divinas que inmovilizan cualquier posible acto de resistencia.

Ahora bien, para comprender estas lógicas que inciden en cómo nos asumimos en tanto mujeres también debimos recurrir a algunos aspectos que se generaron dentro del círculo de mujeres, basado en un ejercicio de confrontación de imágenes y memorias que habitan en nuestra historia de vida, y que hacían evidente actitudes y situaciones que siempre habían asumido como “normales”, pero que al detenernos a reflexionar desde un enfoque de género nos permitió vislumbrar el subtexto que se hacía presente hasta en nuestras propias creaciones. Allí salieron a relucir otros escenarios que por la vinculación de nuestros afectos y las posibilidades de realización personal suelen también ser muy incidentes, espacios desde donde también nos invaden otros elementos de la cultura visual y donde se reafirman los

⁶ El colegio donde estudiamos las participantes del círculo, tiene como “pilares” promover la formación integral y crítica, las inteligencias múltiples, y los valores cristianos católicos.

discursos que son el reflejo o la manifestación de un pensamiento colectivo y socialmente aceptado.

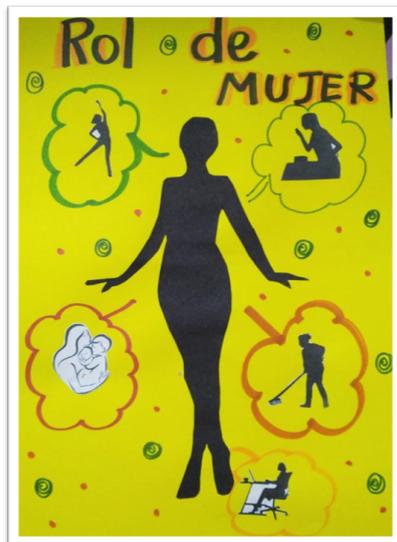
En el círculo de mujeres hemos evidenciado que en el mundo laboral, el hogar y la familia son espacios de gran incidencia, donde también existen múltiples imágenes, muchas de ellas significativamente instauradas en nuestra memoria que aportaron rasgos muy decisivos en la determinación de la representación *mujer*. Al evocar estos contextos sabemos que son muy cercanos e incidentes dado que es allí donde se gestan afectos, sueños y expectativas

En primera instancia contemplamos la vinculación a la vida laboral como una forma de consolidar proyectos de vida satisfactorios y sostenibles, que aunque para nosotras es un terreno muy reciente de exploración, se ha constituido en un espacio que nos ha abierto la posibilidad de incursionar en nuevos campos y nos ha permitido ganar un poco más de independencia a nivel económico; no obstante, viéndolo desde esta perspectiva de género hemos encontrado algunos hallazgos que nos hacen resignificar la mirada que la sociedad nos ha querido vender al respecto.

El mundo del trabajo es un espacio que, por los cambios sociales que se han dado en las últimas décadas, ha abierto nuevas formas de vinculación de la mujer a la sociedad y que podría pensarse es un logro más de las luchas feministas y de reivindicación de los derechos de la mujer; se considera además es una conquista que transformó los muros que nos aprisionaban en nuestros hogares y que nos mantuvieron durante tantos años relegadas al anonimato, una posibilidad de tránsito libre y acceso a un poder adquisitivo; además de la incursión en campos y el desarrollo de tareas que a través de la historia habían sido ocupados y desempeñados por hombres.

Como lo menciona la participante A. “Se nos presenta la idea de que somos libres por poder acceder a una educación formal o al mundo laboral, pero siento que debe ser una idea producida por sistema machista, que intenta que agradezcamos por tener ese acceso, y es algo que se ha acogido muy bien, sin embargo, seguimos atadas a esos roles tradicionales”, lo cual complementa la participante E. al decir que “cada vez estamos cargando con más cosas”. Reconociendo que si, el tomar

estos lugares en el mundo laboral ha sido resultado en su gran mayoría de una lucha que las mujeres de generaciones atrás han emprendido, pero que los hombres, muchas veces ven como un lugar que nos cedieron, y resta en muchas ocasiones sus responsabilidades, siendo ahora la mujer quien las suple.



Por ejemplo, muchas mujeres que nos rodean incursionaron en la vida laboral no como como resultado de una búsqueda de reivindicación y una transformación de los discursos que las limitaban únicamente a una función reproductiva y al cuidado de los demás miembros de la familiar sino, como un acto de supervivencia al verse obligadas a dar respuesta a unas exigencias sociales y económicas producto de las diversas crisis económicas, guerras y nuevas estructuras familiares cuya jefatura es asumida por una mujer; de estas forma se vieron obligadas a vincularse en empleos con pocas garantías: largas jornadas, trabajo pesado, mal remuneradas y con muchas desigualdades con relación a los hombres que tenían los mismos cargos.

Desde allí lo que parecía una conquista se convirtió en un escenario más de desigualdad y violencia hacia las mujeres; a pesar de esto han surgido nuevas formas de relación y vinculación de la mujeres a nuevos escenarios donde hoy en día ejercen roles más activos; el empoderamiento de muchas mujeres y la resignificación de algunos discursos asociados a los derechos, han hecho que estas brechas de desigualdad se reduzcan significativamente, quizá gracias a esto también es que como es el caso de algunas familias de las participantes del círculo, existan mujeres cabeza de familia que además de asumir el rol proveedor se han

pensado de manera diferente su ser mujer, buscando que nosotras sus hijas como mujeres logremos mayor formación e independencia en la estructuración de nuestros proyectos de vida.

Hoy en día se nos presenta un gran reto, pues aunque es a las mujeres a las que nos delegan la transmisión de estas lógicas asociadas a la división sexual del trabajo, aún conservamos pautas de crianza y juicios morales que nos restringe y censura el acceso a ciertos escenarios. Tal es el caso de lo evidenciado en algunos relatos de las participantes donde se hace evidente que de acuerdo al género existen unos juegos que nos son permitidos y otros no, asociando esto a una proyección a la vida y proyección profesional futura; en ellos, no es bien visto para muchas personas que desde niños los hombres asuman juegos asociados con tareas de cuidado y crianza y que una niña se vincule a actividades de construcción e ingeniería.

Reflejo de esto son relatos como los de una de las participantes quien hacía alusión a las burlas a las que se exponían algunos niños cuando querían jugar con muñecas o el rechazo de algunas personas o pares cuando una niña quería vincularse a algún deporte de contacto

Pocas veces impulsamos a las mujeres a que aspiren a conquistar cargos o reconocimientos en áreas que a lo largo de la historia han sido ostentados por hombres y menos aún las proyectamos a que seamos destacadas por poseer habilidades que acudiendo a las lógicas de la *naturaleza* se suponía eran atributos netamente masculinos, tal es el caso expuesto por la participante A., donde menciona escuchar de una problemática en carreras como medicina veterinaria donde algunos docentes afirman que es una carrera para hombres y que esta ha disminuido su valor desde que la ejercen mujeres, o se asume que las mujeres deben enfocarse al cuidado de animales pequeños y los hombres de animales grandes, por cuestiones de fuerza bruta. Así mismo, las oportunidades de acceso a procesos de formación más especializados continúan siendo más restringidas para las mujeres; más aún cuando han sido madres y deben según las demandas sociales priorizar esfuerzos y tiempos en la crianza de sus hijos.

Reconocemos que durante mucho tiempo estuvimos relegadas a las labores propias del hogar y no por esto podemos decir que las mujeres a través de la historia por estas restricciones no hiciéramos “nada” era solo que las labores socialmente aceptadas, aquellas asociadas a la educación de las nuevas generaciones y el cuidado eran bastante subvaloradas, concepto que cuando nos remitimos a las labores domésticas actuales no ha cambiado mucho. Se considera que son actividades propias de la mujer que no merecen ningún tipo de remuneración o reconocimiento de sus prestaciones sociales y aún cuando son esenciales se asume que es una contraprestación al rol proveedor del hombre.

De la misma forma, como lo expuso la participante E. en el círculo de mujeres: “El hecho de que pasamos a que las mujeres podamos hacer más cosas, también se vuelve una presión, de que si una mujer no hace, tendrá que someterse al señalamiento de ser una mantenida o una interesada”. La carga social allí evidenciada pareciera un discurso ambiguo, las mujeres debemos según se nos indica cumplir con unas tareas que no tienen un reconocimiento económico, a la vez que al abrirse el ámbito laboral debemos suplir parte de las necesidades económicas del hogar y de nuestras propias necesidades para no ser juzgadas; no obstante, no se nos brindan las condiciones para poder desempeñar estos roles y formarnos con el fin de mejorar nuestras garantías.

En conclusión, es evidente que la vinculación de las mujeres al mundo laboral no siempre parte de un acto de resistencia sino como respuesta a una necesidad o una situación de presión, que nos involucra en nuevas dinámicas que reafirman la sujeción de la mujer y legitiman otras formas de violencia por razones de género, como es el caso de la inequidad en las condiciones laborales, pero a la vez la legitimización de otras formas de violencia como el acoso sexual y la comercialización del cuerpo de la mujer, el cual se ha hecho evidente en empresas en las que han trabajado integrantes del círculo donde se ejerce el poder de manera que favorece este tipo de conductas y hasta encuentran legítimo su accionar.

En el caso de la participante D. le exigen usar un tipo de vestimenta, maquillaje, peinado y lenguaje diferente al que representaba su ser mujer y que respondía a una idea tradicional de cómo debe lucir una mujer. Y en el caso de la participante A. el jefe de personal de una empresa de talleres infantiles le solicitó el contacto de una

mujer para trabajar con ellos pero requería una foto. Esto es problemático, pues se parte de que debía ser mujer ya que los padres se sentían más seguros dejando a sus hijos que con un hombre, nuevamente desde la idea de que por naturaleza somos responsables del cuidado de los niños y niñas. Y además, debía ser “bonita” para llamar más clientes, convirtiéndonos nuevamente en algo que mostrar, algo que vender.

A toda esta situación antes descrita, surge una nueva reflexión desde el círculo de mujeres en la que se hace evidente cómo a esta realidad se suma la multiplicación de las responsabilidades que asumimos las mujeres que decidimos incursionar en otros campos productivos, dado que además de invertir parte de nuestro tiempo y energía en este papel, debemos continuar desempeñando las funciones socialmente asignadas de cuidado de nuestros padres, parejas, hijos, hermanos etc.

Nos hemos vuelto multifuncionales y como lo dice E., una de nuestras participantes del círculo de mujeres, ahora resulta que

El rol de nosotras es ser muy fuertes y sobrellevar todas las cosas, es chistoso porque estaba la idea de que éramos débiles pero uno se da cuenta y hemos sido las que cargamos con casi todo, que las cosas han cambiado y cada vez estamos cargando con más cosas.



Muestra de esta afirmación han sido las batallas que hemos visto enfrentar a nuestras madres y abuelas quienes en alguna medida se han “puesto la camiseta” y han decidido asumir a plenitud las labores del hogar y su rol proveedor; muchas veces por una decisión del padre de abandonar física o simbólicamente a sus hijos, han sido ellas quienes a pesar de sus largas jornadas laborales buscan espacio para suplir la necesidad de acompañamiento y formación para sus hijos, multiplican sus tiempos para el ejercicio de las labores domésticas y además responden a plenitud las demandas laborales, aquí nos cuestiona el lugar que ocupa en sus vidas la realización de actividades de ocio y otras asociadas a sus intereses que contribuyan a su realización personal. En conclusión y visto de esta manera, evidentemente no es un campo que mejore significativamente las condiciones de vida de las mujeres.

El hogar demanda invertir un gran nivel de energía y aunque hemos emprendido un camino de conquista en diversos espacios fuera de nuestros hogares, muchas de las batallas por la reivindicación de nuestros derechos las mantenemos perdidas en el escenario de la familia, con los seres que tenemos más cerca, como es el caso de la participante C., quien comenta “llegó un punto en que mis hermanos no querían hacer las cosas de la casa bajo la justificación de ahí está C., C. lo puede hacer”, y hasta con nosotras mismas, como en el caso de la participante E. quien comparte que “yo veía a mis hermanos intentar hacer algo en la casa y me estresaba porque no sabían hacerlo, prefería terminar haciéndolo yo”.

Como es evidente en algunas de las noticias o artículos difundidos en redes sociales, en las plazas se oye retumbar muchas veces las voces de colectivos feministas que se unen para hacer visible las situaciones que aquejan nuestro ser mujer, algunas exponen sus cuerpos (lo cual ha sido foco de muchas críticas) como una forma transgresora de sacar de la comodidad de sus privilegios a muchos y hacer que retumben en sus mentes nuestro derecho a retomar el control de nuestros cuerpos y con él el control de nuestras vidas; hay quienes desde otros lenguajes y formas de expresión se unen a esta causa y aunque es válida y representativa esta forma de protesta, la mayoría de las participantes vivimos nuestra confrontación en otros ámbitos más cercanos e incidentes como la familia.

Al respecto hemos visto que nuestras batallas personales y solitarias las hemos dado a lo largo de nuestra vida en el escenario de nuestro hogar, allí conocimos el mundo y las lógicas en que acontece esta cultura, las primeras imágenes que se nos presentaron fue en este lugar y la interpretación de las mismas se dio a partir de la relación que cada miembro tenía con ella.

Es en la familia donde establecemos nuestros primeros modelos de referencia: nuestras madres y abuelas, mujeres que han apropiado una representación de mujer basada en demandas sociales propias del momento histórico que han vivido y las experiencias que su trayectoria de vida han traído consigo. Si bien es cierto que algunas de ellas han asumido ciertas acciones de resistencia, también es evidente la manera en que se han enraizado ciertas creencias y la tensión que se genera al verse enfrentadas a formas alternativas de habitar este cuerpo mujer y nuevos roles que no siempre son coherentes con el concepto apropiado de feminidad.

Según lo expuesto en el círculo, la familia y el hogar, son escenarios permanentemente presente en los relatos de las participantes y en cada etapa de nuestra vida, donde estas figuras femeninas poseen gran relevancia en la preservación de muchos de los patrones tradicionales, pero a la vez quienes en medio de la rigidez de sus paradigmas, se han permitido resignificar y repensar su lugar y sus proyecciones de vida.

En nuestros hogares, liderados muchas veces por ellas pero además condicionado por pensamientos masculinos que se nos enseñó desde nuestra etapa más temprana que hay un mundo para las mujeres y otro para los hombres, que socialmente a los colores se les atribuye un género y que según dicen, mujeres y hombres por naturaleza poseen habilidades diferenciadas que determinan que podamos o no realizar ciertas funciones y vincularnos a determinados escenarios; así mismo, al igual que en el colegio, que hay un mundo dispuesto para los hombres con ciertos privilegios y otro para las mujeres y que no todo lo que hace los hombres es bien visto cuando lo hace la mujer.

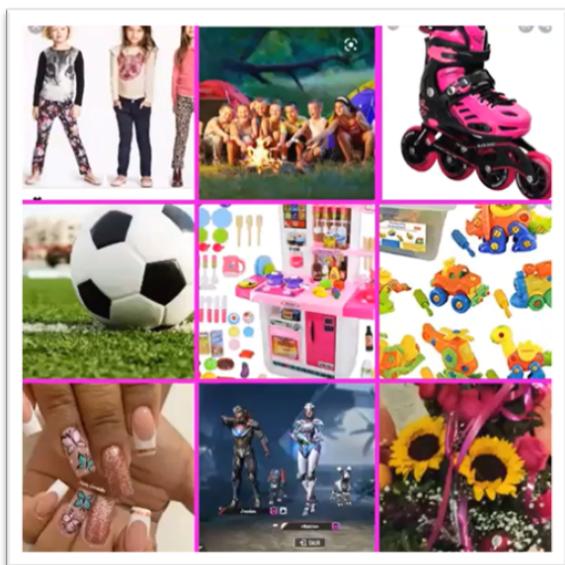
Quizá por esto no es una coincidencia que casi todas crecimos, especialmente en los primeros años de nuestras vidas, rodeadas de colores pastel, rosa y blanco, lo que curiosamente nos transmitía un mensaje de que las mujeres tendríamos que crecer bajo la exigencia de la limpieza y la pulcritud. De igual manera es común para nosotras que nos dijeran que al ser mujeres la “naturaleza” nos había provisto de habilidades como ser obedientes, delicadas y frágiles; y que si no se veía el reflejo de esto en nuestros comportamientos, era algo en lo que debíamos mejorar para lograr encajar en la vida.

Un ejemplo de ello, es la experiencia de la participante A. quien menciona que:

yo quería arreglar la cadena de mi bici o en su momento quitar las ruedas auxiliares de la misma, pero mi abuelito no me dejaba porque podría quedar llena de grasa y ensuciar mi ropa y además eso no lo hacían las niñas

acción que luego de problematizar y reflexionar, ella se encuentra con que afectaría tanto su autorepresentación que hoy en día si se pincha una llanta, o se daña algún objeto a su alrededor, asumirá inicialmente que depende de un hombre para solucionarlo.

Es allí donde nuestras familias apropiamos sus propios mecanismos de preservación de estos principios, garantizando que sus hijos e hijas reconozcan sus habilidades y roles diferenciados; de tal forma que al enfrentarse a la sociedad, no se cuestione la efectividad de sus métodos de crianza y sea considerada una mujer de “bien”.



Las historias de las participantes del círculo nos compartieron situaciones en las que la familia abría una grieta en la que permitía romper ese límite, entre lo uno y lo otro como es el caso de la participante D., quien al tener un hermano contemporáneo, juntos compartían juegos en los que involucraron juguetes tanto del uno como del otro; no obstante, esto sucedía en el ámbito privado pero en escenarios públicos era apremiante revestirse del código de “buena

conducta” demarcado por esa distribución tradicional de los roles de género, pues formar una hija o un hijo fuera de estos parámetros preestablecidos o que haya optado por asumir una postura de resistencia frente a muchos de estos principios es una razón más de censura, juzgamiento y hasta exclusión.

En nuestros hogares la resistencia al cambio ha sido evidente aún cuando a nosotras nos han formado con un poco más de libertad a diferencia de generaciones pasadas, muchos de los miembros de nuestros hogares aún creen que “toda generación pasada fué mejor” y que por lo tanto debemos esforzarnos por recuperar mucho de lo perdido y mantener aquello que se ha logrado preservar. Un ejemplo de ello es el poder de decisión sobre nuestros cuerpos, qué ropa usamos, cómo vivimos nuestra sexualidad, como ahora empezamos a entender nuestro cuerpo como un cuerpo que siente y que también está pensado para recibir placer y no solo para darlo, si estamos listas o si queremos ser madres. Este proceso de decisión aunque aún no ha finalizado dándonos total autonomía, si se ha avanzado

bastante, pero son aquellas ideas implantadas por el patriarcado las que hacen de este un proceso lento.

Tal es el caso de la discusión que se generó al interior del círculo referente a la oferta laboral a la que más fácilmente hemos podido acceder, normalmente manifiestan están relacionadas con actividades en ventas que además implican el uso de una vestimenta o accesorios particulares que nos hipersexualizan y en ocasiones hasta pareciera estuvieran ofertando nuestro cuerpo e imagen con la venta del producto.



Como lo decíamos anteriormente sabemos que nuestras madres y abuelas fueron modelos importantes en nuestras vidas, pero no propiamente porque quisiéramos que nuestra vida fuera igual a la de ellas ya que ellas tuvieron que librar sus propias batallas y estructurar su proyecto de vida en medio de un ambiente agreste y bastante hostil ante cualquier acción revolucionaria que quisieran emprender, no juzgamos las decisiones que tomaron de reproducir modelos de familias tradicionales o asumir roles estereotipados de ser mujer.

Encontramos que para algunas de ellas ser ama de casa y dedicarse de lleno al cuidado de sus hijos fué una decisión que les hacía sentirse felices y realizadas, pero si exaltamos que han sido ejemplo de mujeres fuertes como es el caso de quienes tuvieron que asumir el rol de madres solteras, que en medio de la adversidad, algunas de ellas han visto en nosotras sus hijas y nietas una posibilidad de mayor empoderamiento de nuestros derechos y muy a pesar de sus propias convicciones nos han impulsado a que como ellas enfrentemos las barreras que se nos presentan a las mujeres para poder sacar adelante nuestros propios proyectos. Tal es el caso de la mayoría de participantes quienes con el apoyo de nuestras familias hemos logrado acceder a educación superior y/o viajar al extranjero, conociendo más el mundo, el espacio público que históricamente se nos había arrebatado a las mujeres y estando cada vez más cerca de cumplir nuestros sueños.

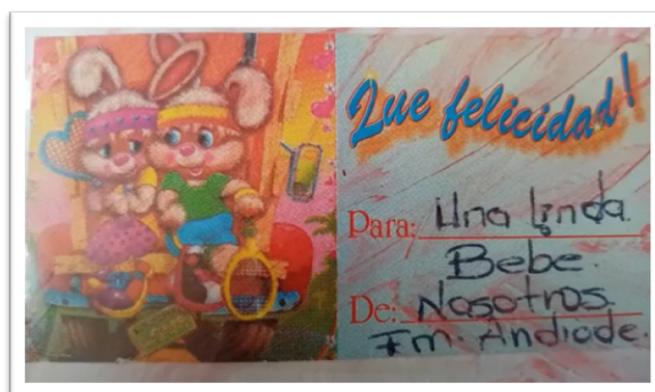
De esta forma encontramos que en nuestros hogares así como se ha preservado y transmitido muchas de estas posturas tradicionales propias e instauradas por el sistema patriarcal, también se han generado pequeñas movilizaciones, que de alguna manera también involucran a los hombres de nuestra familia. Entre nuestros padres y hermanos nos hemos encontrado con quienes han crecido en medio de mujeres que se piensan y replantean estas relaciones de género y que al verse identificados en alguna medida modifican y resignifican su lugar en estas relaciones, hay además quienes a pesar de seguir sacando provecho de sus privilegios, nos proyectan como mujeres fuertes y empoderadas, anhelando que no tengamos que depender de un hombre para abrirnos camino y alcanzar nuestra realización personal y hay quienes a pesar de velar por nuestro bienestar, siguen ajenos a las luchas que a diario emprendemos como mujeres

Es un hecho que muchos de ellos se han esforzado por desprenderse de sus prejuicios y emprender acciones encaminadas a empoderarnos e impulsarnos a acceder a otros niveles de educación para alcanzar más fácilmente un nivel de autonomía y con esa posición reducir los riesgos de exponernos a vivir ciertas formas de violencia. Sin embargo, en ocasiones, de una manera un poco más inconsciente y debido a lo arraigados que estamos a nuestras ideas, se continúan presentando patrones de desigualdad y violencia, generados por acciones de control que les permite mantener un lugar de privilegio, haciendo muchas veces de estos propósitos, aunque no se quiera así, una incoherencia. Esto se evidencia en el caso de la participante D. quien nos comparte que su padre era muy reiterativo con la frase “usted tiene que ser una mujer fuerte, berraca, no dejar que ningún hombre pase por encima de usted”, pero también asume su rol tradicional en el que espera que ella o su mamá sean quienes asuman la responsabilidad de los quehaceres de la casa, aun cuando todos en alguna medida están cumpliendo con un rol proveedor.

En este orden de ideas debemos ser conscientes que aún no se cuenta con un cambio realmente estructural en los patrones de nuestras familias, allí se siguen preservando principios asociados a los estereotipos tradicionales de género y aún seguimos expuestas, incluso al interior de nuestros hogares, a relaciones basadas en la inequidad y a formas sutiles de violencia y sujeción.

Claramente algo está sucediendo al interior de nuestros hogares ya desde unas cuantas generaciones atrás, muchos logros de mujeres que transgredieron ese orden preestablecido están empezando a producir sus frutos, y el impacto de sus acciones ya está llegando a nuestros lugares mas íntimos, no obstante aún existen más luchas que emprender y resistencias que generar, haremos visible cómo al transcurso de nuestras vidas se hacen presentes múltiples mecanismos de preservación, situación que se hace presente en cada instante de nuestra existencia y que al ser desnaturalizados nos permiten contribuir en alguna medida a este proceso de transformación.

Iniciaremos con una primera imagen asociada al origen donde por la necesidad apremiante de nombrarlo todo y categorizarlo, se nos fué atribuida la etiqueta *mujer*, esa que nos imprimen desde que se develan nuestros caracteres sexuales ya sea durante la gestación o en el momento de nuestro nacimiento, y que tiene el poder de activar el chip del mundo que nos rodea para que cada quien construya su propio concepto de lo que seremos, con una influencia clara de la representación social de lo que implica ser mujer.



Tarjeta de regalo Baby shower de una de las participantes

Al nacer, nuestro primer encuentro con el exterior tal vez fue muy similar al que han experimentado aquellos con la etiqueta del hombre, y digo tal vez porque nuestras memorias vigentes no nos permiten evocar con claridad ese instante, a pesar de esto los relatos de quienes nos rodean y descripciones comunes de nacimientos nos llevan a deducir que muy seguramente este instante también se vio diferenciado por la manera en la que las personas responden ante un ser que se asume posee “delicadeza y fragilidad”.

Desde el minuto uno posterior al nacimiento, se asume que por el hecho de ser mujer, demanda a quienes le cuidan y rodean una necesidad imperiosa de alejarla de todo riesgo, por ejemplo, a la participante A. quien manifiesta que

Los parques infantiles se supone son para niños y niñas, pero en cuanto una niña se golpea, se termina el juego. Los padres corren a consentirla y ver que este bien, por el contrario, con los niños viene la frase “párese que no paso nada, hágale, siga jugando

situación que se preserva con los años y que nos imposibilita muchas veces a explorar escenarios que en un cuerpo de hombre podríamos haber conquistado desde los primeros años. De esta forma, nuestra movilidad se ve limitada y se nos confina aún más a los espacios de control al interior del hogar.

Partimos de la idea de que así como el personal médico, los miembros de nuestras familias, también se han relacionado con nosotras basados en esa concepción de fragilidad que no solo proviene de la vulnerabilidad de un recién nacido sino además de la forma en que nos conciben por ser mujeres. Los hombres por su parte además de esto, suelen adoptar a medida que vamos creciendo un rol protector y de control de nuestras acciones, reprimiendo en alguna medida actitudes o comportamientos en los que pueda llegar a ser cuestionada su firmeza y masculinidad.

Por su parte, las mujeres asumen un vínculo más cercano igualmente de cuidado y protección, siendo ejemplo de servicio y sumisión principalmente hacia los hombres como un modelo que responde a las demandas sociales que consideran garantizarán nuestro éxito en los diferentes roles que asumimos como mujer. Para ejemplificar esto la participante A. comenta que “a lo largo de mi vida recuerdo a mi abuelita o a mi mamá diciéndome ‘mamita, sirva el juguito a su abuelito’ o ‘ayúdele a su abuelito a quitarse los zapatos’, cosa que mi primo nunca hizo ni se le pidió, además de que nunca se pensó como un acto que también podía hacerse hacia mi abuelita o mi mamá”.

Desde pequeñas nuestros padres generan una expectativas en torno a nuestra vidas que suelen verse expresadas en discursos que reducen nuestras posibilidades de establecer proyectos de vida propios y libres, nos proyectan en roles que son determinados de acuerdo a lo que se ha designado para cada género y, desde temprana edad, nos preparan para el mundo adulto y para el inevitable futuro que

nos espera, un futuro que se empieza a materializar a pequeña escala a través de los juguetes que, como ya hicimos referencia anteriormente, además de prepararnos para el mundo laboral también nos determina un comportamiento estereotipado al interior de nuestros hogares.

Entre muñecas, cocinas, escobitas y recogedores, empezamos a comprender que es transgresor ante los ojos de los otros, querer incursionar en el mundo del otro, lo cual nos implica asumir que si decides tomar ese camino, tendrás que enfrentar una batalla con la presión y el señalamiento de los demás.

Nuestros juguetes no siempre hablan de nuestros intereses, o como una forma de predecir nuestro futuro, algunas de nosotras preferíamos los juguetes que les daban a nuestros hermanos y tal vez ellos quisieron jugar con nuestras ollas y cocinitas pero era casi impensable para nuestros padres que esto pudiera suceder, los obsequios son claramente un reflejo de los imaginarios que quienes nos lo proveen nos ven y nos proyectan, los hombres suelen acceder más fácilmente a implementos deportivos y a objetos que desarrollen su pensamiento lógico, su capacidad para hacerse cargo de los arreglos de cualquier máquina o dispositivo y todo aquello que no esté asociado a lo femenino. Por su parte a las mujeres se nos suele proveer elementos que nos preparan para asumir nuestra función reproductiva y de cuidado y se nos veta la posibilidad de acceder a elementos que generen algún riesgo o alguna tarea que socialmente se asuma como masculina.

Ahora sale a relucir otro elemento fundamental y es la responsabilidad que se asume, deben adquirir cada uno de los miembros de la familia de alejar de todo mal y peligro a la “mujercita”, planteamiento que se torna ambiguo a la vez que no sucede en otros escenarios de nuestra vida social, por ejemplo, La participante A. comenta que:

uno de mis tíos me llama ‘princesita’ y me dice ‘donde un man le haga algo, me avisa y yo voy a ver qué es lo que pasa’, pero a la vez es de los que va por la calle y sin que se lo pregunten le va diciéndole a las chicas ‘oye, qué lindas estas’ o ante una situación de acoso lo reduce a ‘estaba siendo coqueto.

Esta es una percepción que nos podría poner en cierto lugar de privilegio, lo que no es así dado que el discurso se ve en contradicción con muchos de los

comportamientos violentos que nos afectan y que son aprobados y legitimados por la misma sociedad.

No pretendo satanizar acciones de cuidado que se deseen emprender en torno a nosotras, pues a la mayoría nos agrada sentirnos seguras y protegidas, por el contrario demandamos coherencia en el discurso ya que esta sociedad no siempre propende por cuidarnos de manera integral; muestra de ellos son los múltiples argumentos que justifican diversos tipos de violencia hacia la mujer, basados en la responsabilidad que tienen las mujeres de “no cuidarse” ellas mismas, siendo muchas veces juzgadas por transitar por lugares a ciertas horas, por vestir de determinada manera, por mirar, hablar, expresarnos de una manera particular, etc. Frases que como lo dijo una de nuestras participantes muchas veces legitiman y justifican las violencias a las que hemos estado expuestas.

Y si tanto propenden por cuidarnos por qué los hogares de muchas mujeres en nuestra localidad, más allá de volverse su espacio seguro y protector, se han convertido en el espacio que las ha hecho víctimas, mujeres silenciadas, violentadas e intimidadas, reducidas por su propia familia, relegadas muchas veces al confinamiento al cual se han visto expuestas a lo largo de la historia. Así mismo, ¿por qué si es una responsabilidad de la sociedad protegernos, las leyes son tan laxas con quienes nos violentan y las acciones de protección ante las denuncias interpuestas por situaciones de violencia de género llegan a veces que hasta cobran vidas a razón de un evidente feminicidio?

Ahora bien, si vamos a ver noticias relacionadas con la violencia de género en nuestra localidad, nos encontramos con que muchas de ellas se ubican al interior de sus propias familias, más aún dentro de las relaciones de pareja donde suele ser la mujer quien termina siendo víctima de quien se supone según el mandato social quien cuida de ella.

Con esto, no estoy queriendo reafirmar que somos frágiles y vulnerables y que requerimos para poder vivir un alguien que custodie nuestra torre y nos salve del dragón, ya hemos visto lo fuerte que somos pero es claro que no solo como mujeres sino como personas, merecemos vivir en ambientes libres y seguros, manteniendo relaciones basadas en el respeto y la dignidad y que la sociedad y nuestras leyes e

instituciones deben emprender de manera equitativa y efectiva acciones oportunas que acaben con cualquier manifestación de violencia que reduzca y ponga en riesgo la vida de cualquier ser.

Al hacer evidente esto, se hace importante dentro del escenario de la familia retomar otras formas de relación en las que nos hemos visto involucradas, coincidimos en que nuestras formas de vinculación erótico-afectivas, han sido un punto crítico en este análisis de nuestra historia desde una perspectiva de género y la relación que se establece con la representación social del ser mujer que hemos venido identificando.

Si bien es cierto que esta representación social de ser mujer construida en la vinculación a los diferentes escenarios antes descritos ha incidido en la forma en que asumimos nuestra etiqueta mujer, también lo es que desde allí también nos gritan a voces cuales son las expectativas que una mujer debe tener para su vida, haciendo un fuerte énfasis en la proyección de una vida en pareja, preferiblemente heterosexual que garantice la “unidad básica de la sociedad; la familia”.

Esto se asocia directamente con experiencias de vinculación erótico-afectivas previas que si bien no siempre giran en torno al propósito de la consolidación de una familia, si responde a la demanda social y hasta a un deseo personal de experimentar nuevas formas de vinculación que te permitan vivenciar y explorar nuevas formas de conciliación, de vivencia de la sexualidad y hasta de estructuración de proyectos conjuntos.

En el marco de las relaciones de pareja, se plantea una idea socialmente construida que suele ser una respuesta a miles de imaginarios de realización personal y bienestar que se han venido idealizando en torno a los referentes de familia y amor romántico que se han fundamentado en principios promovidos a través de diferentes medios. Estos imaginarios claramente responden a una visión romántica de un propósito más que nos ha sido atribuido y es el de la preservación de nuestra especie; no obstante, me pregunto y nos hemos cuestionado en el círculo de mujeres si la única finalidad que nos lleva a este tipo de vinculación es nuestra función reproductiva y de consolidación de una familia.

Basadas en nuestra experiencia y nuestras percepciones hemos logrado vislumbrar que son muchas más las posibilidades que le brinda al ser humano tener este tipo de vinculación y que serían muchas más si se encontraran en un contexto de equidad de género, reconocimiento de la diversidad de intereses y proyecciones de vida. En este orden de ideas, debemos reconocer que en este ámbito también surge la diversidad, no solo de intereses sino de formas de identificación y vinculación, donde a pesar de esto muchas veces lamentablemente se perpetúan patrones y acciones violentas que siguen siendo promovidas y legitimadas por la misma sociedad y donde se ejerce un gran control frente a nuestras propias perspectivas de vida.

Para nosotras, reconociendo esta diversidad y la problemática a la que no es ajena, consideramos importante trascender esta percepción de las relaciones de pareja como un condicionante a la realización personal de la mujer, modificar en alguna medida esa representación del ser mujer, ampliando nuestras posibilidades de expresión y vivencia libre de nuestra orientación sexual, librándonos en alguna medida de la carga social que se les ha atribuido a las mujeres que por cualquier condición particular no pueden o no desean tener hijos.

Por otro lado, en la actualidad es interesante ver cómo se han abierto posibilidades de concebir el amor de múltiples formas y proyectos de vida diversos que responden a intereses particulares que trascienden la etiqueta y que conciben otras formas de relación inconcebibles en otro momento de la historia. No obstante, este también es un camino que amerita un proceso de deconstrucción, que requiere resignificar aún muchas de las lógicas en que se establecen estas relaciones; tal es el caso del imaginario que afirma que es en nosotras en quien recae la responsabilidad de preservar una relación de pareja, dado que se concibe que el éxito de la misma depende en gran medida de la actitud que la mujer asuma hacia el hombre.

Este planteamiento se hace realidad tanto en relaciones establecidas en el marco del noviazgo como en relaciones de pareja que ya han consolidado un proyecto de vida conjunto basado en la convivencia. En el noviazgo es evidente la competitividad que surge entre mujeres para preservar la exclusividad y los códigos de fidelidad, pareciera que se atribuye cierto estatus a la mujer que ha logrado alcanzar la

categoría de novia y más aún cuando ha accedido a este título con quien se considera un hombre deseable y con reconocimiento de determinado grupo social.

En el noviazgo, aunque los niveles de compromiso son diferentes y todo inicie en una relación basada en los detalles y el buen trato, suele reproducirse los roles tradicionales de una pareja y adoptando ciertos mecanismos de control que favorecen el establecimiento de relaciones tóxicas basadas en ejercicios de poder, relaciones inequitativas y hasta violentas, entre otras. Situaciones que muchas veces se continúan reproduciendo cuando deciden adquirir un compromiso mayor.

Se asume que como mujer debemos satisfacer las necesidades de nuestra pareja ostentando al máximo la disposición de servicio que se percibe como algo inherente a nuestra feminidad, continuamos preservando de generación en generación en cabeza de las mismas mujeres, la transmisión de estos imaginarios y la idealización del lugar de la mujer al interior de la familia, basada en una referencia divina de la fuerte simbología que representa la imagen de la Virgen María.

Aquí nos vinculamos nuevamente a un ejercicio de señalamiento que condiciona nuestra toma de decisiones, asumimos acciones basadas en la forma en que deseamos ser asumidas por la sociedad quien constantemente moviliza nuestra imagen entre una imagen santificadora y otra satanizada y relegada a la puta o la bruja. Ejemplo de esto es la vivencia de nuestra sexualidad que el marco de nuestra función reproductiva se convierte en un medio para la consolidación del milagro de la vida, pero cuando hace referencia a la vivencia plena de nuestros placeres, la expresión diversa de nuestra orientación sexual o la negación a responder a la demanda social de la preservación de la especie, se constituye en una frente a la “normalidad” y el orden social.

Por mucho tiempo nos negaron la posibilidad de sentir y hasta en muchas culturas, mujeres se vieron expuestas a acciones extremadamente violentas, indignas, riesgosas y dolorosas solo con el fin de negarles la posibilidad de sentir placer. Es difícil explorar otras formas de vivir nuestro erotismo cuando el peso de la culpa y el pecado nos acompañan y cuando nuestros cuerpos han sido por tradición socialmente controlados.

Al respecto una de nuestras participantes nos hace ver cómo nuevamente hemos sido silenciadas ahora en este campo, dado que se asume que los hombres por naturaleza tienen una predisposición para el sexo cuando en algunos casos basados en su experiencia ha identificado que en su relación de pareja es ella quien presenta un mayor deseo sexual; no obstante, no es fácil expresarlo dado que se corre el riesgo de ser estigmatizada, juzgada o censurada.

Por otro lado, es importante anotar que en la vivencia de la sexualidad como en otros campos se asume la mujer deben satisfacer al hombre para poder preservar su relación; no obstante consideramos que este tampoco debe ser un campo de entrega ciega, sino que debe tenerse en cuenta los intereses de ambas partes, llegando a puntos de conciliación que permitan un desarrollo pleno y gratificante de esta dimensión de la vida, un aspecto que debe dignificar mas no segregar.

Esto último se encuentra en una relación directa con otro aspecto que se ha puesto sobre la mesa de discusión del círculo a partir de una referencia que hace una de las participantes al citar a su suegra quien constantemente le recalca que “Una mujer, supuestamente, cuando consigue pareja y vive con ella, tiene que servirle”. Cabe anotar que esta afirmación generó gran revuelo entre las participantes quienes conciben que una forma de preservación de las violencias y sujeción de la mujer es seguir formando a las mujeres para satisfacer las necesidades de su pareja, invisibilizando, en alguna medida, sus necesidades propias, enfocando su energía en agradarle y en cumplir la función social de vivir en torno a las necesidades del otro, garantizar su cuidado y el cuidado del espacio que si bien es compartido y de uso común, dentro del discurso se asume es de posesión del hombre con una responsabilidad imperante de la mujer de mantenerlo en perfectas condiciones: Debemos lavarle, trapearle...etc.

Es aquí donde surge un nuevo elemento de análisis referente a la distribución de las funciones del hogar cuando se establece una convivencia en las relaciones de pareja. Se continúa asumiendo que estas actitudes y labores son parte de la función social de las mujeres y se justifica en planteamientos que sugieren que las habilidades que se requieren para desempeñarlas son inherentes al hecho de ser mujer.

A pesar de esto, hoy en día muchos hombres han incursionado en estas tareas y se vinculan de una manera más activa al cuidado y formación de los hijos, esto nos resulta problemático a algunas participantes del círculo de mujeres, pues se percibe como una acción de ayuda o apoyo, un ejercicio libre de exploración y proyección de sus intereses vocacionales, y un posible reflejo de una actitud altruista y heroica; más no como una respuesta a una necesidad o una responsabilidad común que tienen quienes cohabitan o han emprendido un proyecto conjunto de convivencia y /o crianza y menos como un evidente cambio ideológico en la distribución sexual del trabajo que tengan una incidencia significativa en el entorno cultural en el que acontecen las vidas de las participantes del círculo de mujeres. Un claro ejemplo es el mencionado por la participante A. quien comentaba que

mi tío a ojos de muchas personas es el esposo y padre ideal, porque es muy comprometido con sus hijos, le lleva el desayuno a la cama a su esposa, realiza algunas labores del hogar en contrajornada de su horario laboral, entre otras cosas que su esposa suele hacer todos los días sin el mismo reconocimiento porque se asume que es responsabilidad de ella.

Ante la distribución del trabajo y los roles que suelen asumirse por ser mujeres en su hogar, las participantes adoptan cierta actitud desesperanzadora al evidenciar que a pesar de que han cuestionado estas relaciones inequitativas, se han encontrado con fuertes resistencias a modificar estos patrones y asumir, como ellas lo plantean, una distribución equitativa en el que tanto hombres como mujeres asuman una responsabilidad con rol proveedor y el mantenimiento del hogar.

No obstante, este planteamiento también nos genera un cuestionamiento en la medida que la inequidad no se resume al valor monetario que cada quien aporta o el tiempo y esfuerzo que imprimen en la realización de ciertas actividades comunes, sino en poder establecer unos acuerdos conciliatorios que dignifiquen al ser humano y que propicien unas condiciones equitativas a cada uno de los miembros del hogar hacia su realización personal y el fortalecimiento del proyecto familiar.

Se ha de buscar un equilibrio en el que se reconozca que no es lo mismo el mundo laboral para el uno y el otro, que la presión social de las mujeres frente a su desempeño al interior de su hogar trae toda una carga histórica y de señalamientos que pesa e inmoviliza ante el juicio y la censura, que negarse a que recaiga en su

vientre la responsabilidad de la preservación de la especie y la formación de las nuevas generaciones en unos principios que han sostenido por décadas y hasta siglos el orden predeterminado, es un asunto de resistencia y tensión a la que muchas mujeres finalmente terminan cediendo y por encima de su sensación de incomodidad e injusticia terminan relegando.

Y es que batallar en escenarios como el hogar donde se mueven nuestros más sentidos afectos, es desgastante y arrasador, el conflicto como una posibilidad de problematizar y resignificar algunos aspectos que nos abran como mujeres alternativas de ser leídas de una forma más amplia y flexible, muchas veces se ve coartada y resumida en la reproducción de dinámicas de poder donde se ratifica una vez más la jerarquización de las relaciones donde son los hombres quienes ostentan ciertos privilegios y los argumentos patriarcalizados tanto de hombres como de mujeres los que cierran cualquier posibilidad de discusión o confrontación, basados en su carácter divino y en una supuesta lógica que ha impuesto la naturaleza.

Para finalizar, nos hemos encontrado en este como en los demás escenarios descritos desde una postura diferente, la cual ha ampliado significativamente la lectura que tenemos de nuestros recuerdos, permitiéndonos deducir y visibilizar elementos que estaban presentes pero no éramos conscientes de su presencia e incidencia en nuestras vidas, hemos ido descubriendo un hilo que une los diferentes escenarios y las diferentes facetas de nuestra vida, un hilo que reafirma por donde vayamos demandas sociales y lamentablemente con ellas reincidencia en diversas formas de violencia

Cada escenario reproduce los mismos discursos con diferentes mecanismos de transmisión, en cada uno de ellos acontecen historias diversas que podríamos decir dependen exclusivamente de la decisión de sus actores; no obstante, a la luz de esta nueva mirada vemos que siempre hay un libreto sobre el cual escribimos nuestras historias propias, es allí donde se arraigan estas verdades y se resisten a ser modificadas. Nuestra incidencia sobre ellos es limitada en la medida en que para su preservación se instauran unos mecanismos de control, que parten del lugar mismo que la sociedad le ha otorgado a instituciones como la escuela y la familia que se asume son responsables del moldeamiento de las personas y a quienes por

tan loable función es imposible cuestionar o ejercer cualquier tipo de acción que no sea coherente con los principios que nos promulgan.

Es evidente que en este proceso de moldeamiento no existe un propósito intencional de coartar o ejercer un control extremo de nuestras acciones; para muchos sus acciones parten de un orden “lógico” y un cumplimiento de una responsabilidad otorgada por la sociedad que nos va moldeando para lograr introducirnos de una manera más “relajada” en la vida adulta.

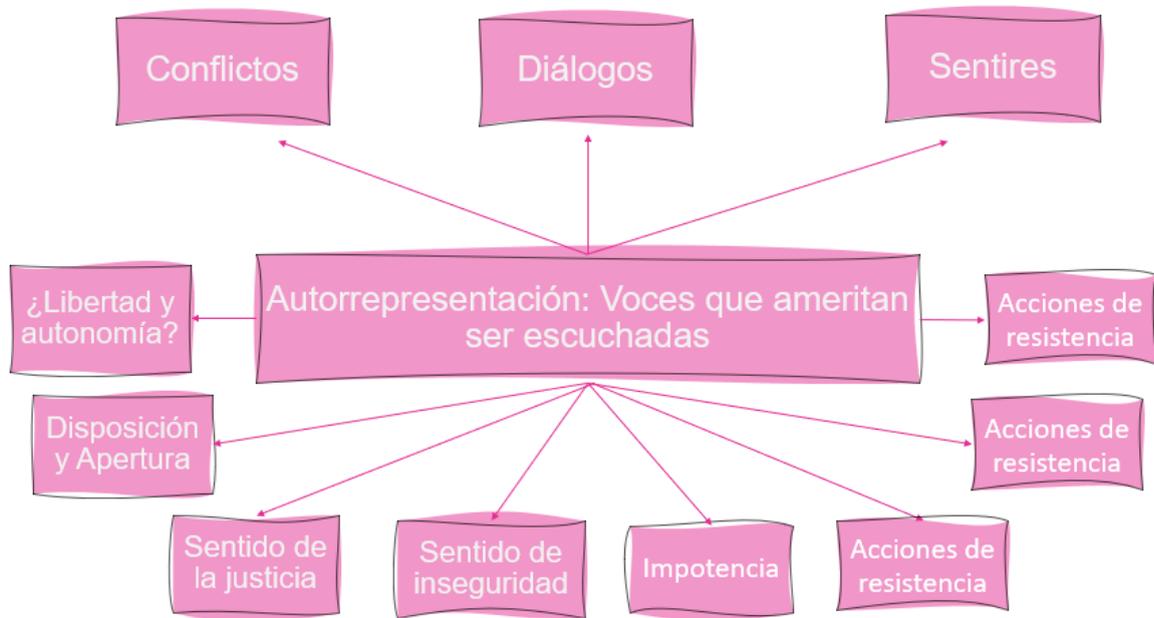
A pesar de esto, es importante hacer visible cómo a pesar de la rigidez y el enraizamiento de ciertos principios patriarcales, en cada uno de estos escenarios surgen ciertos actos de resistencia, los cuales aunque parecieran no ser significativos contribuyen a cambios más amplios que se suman a esfuerzos de otros actores, que con la resonancia de sus voces logran hacer una gran melodía que promueve poco a poco un cambio social.

Conscientes de esto debemos también reconocer que ejercer actos de resistencia ante estos principios, implica exponernos y emprender una serie de renunciaciones y tensiones que nos hacen compleja la vida, confrontar estas verdades es cargar con el estigma del *revolucionario* que lamentablemente en nuestra sociedad se asume como un riesgo para la estabilidad del colectivo y que, por ende, vive constantemente entre la censura y la etiqueta de la anormalidad y la transgresión, como es el caso anteriormente mencionado de la participante D. y la exigencia de obedecer a una imagen de ser mujer en su trabajo, qué pasaría si ella se niega a meterse en esa imagen? O lo que comenta A. “Muchas personas al ver una imagen en las que predominan los colores morados o verdes, lo relacionan con el feminismo e inmediatamente pasan la historia (en redes sociales) o miran hacia otro lado” siendo este un claro ejemplo de censura.

Continuaremos ejerciendo y apoyando desde el colectivo estos actos de resistencia mientras de manera simultánea realizamos nuestros propios procesos de deconstrucción que estoy segura harán un eco en cada uno de los territorios en que se desenvuelven nuestras vidas. Para tal fin, seguiremos reconociendo no solo los procesos de representación social de la mujer sino que haremos un ejercicio

reflexivo de todos esos procesos que emergen desde nuestra propia mirada al identificar los procesos de autorrepresentación.

AUTOREPRESENTACIÓN VOCES QUE AMERITAN SER ESCUCHADAS



Hasta este momento, en este trabajo de grado, nos hemos movido en el escenario de la representación del ser mujer como una construcción social que determina la imagen de referencia que, desde una mirada externa, define la manera en que un grupo social asume esta denominación. El encontrarnos frente a frente con ella nos ha permitido, dentro del círculo de mujeres, establecer una relación de confrontación y desnaturalización de diferentes elementos y experiencias que se han hecho presentes en diversos momentos y escenarios de nuestra vida y nos ha permitido reconocer nuestro lugar de adaptación o resistencia ante el orden social que se nos ha impuesto, que se encuentra fuertemente respaldado por los principios promovidos por el sistema patriarcal que aún impera en nuestra sociedad.

Este ejercicio de evocar nuestras memorias y experiencias e intentar hacer una descripción fiel de lo que la cultura determina como representación social de ser mujer, nos ha llevado a distanciarnos un poco de nuestras propias creencias, imaginarios y formas de asumirnos mujer. Intentar develar una realidad que vivimos en común y comprender sus lógicas nos ha llevado a leer de nuestras experiencias

que, a la luz de una perspectiva de género, logra captar las voces que provienen de afuera que, aunque no desconoce lo que sucede en nuestro mundo interior, no le brinda ese protagonismo que amerita.

Es por ello que este apartado se dedica a describir y develar dicha realidad desde la perspectiva de la autorrepresentación, entendiéndola como el proceso interno que cada una lleva frente a cómo entiende el ser mujer y cómo lo exterioriza, la cual nos permite hacer visibles procesos de construcción y exploración de nuestra identidad y el resultado personal de los diálogos y confrontaciones que han surgido a partir del proceso de desnaturalización de aquellos aspectos determinantes en nuestra definición de ser mujeres.

Cabe anotar que en este apartado nos encontraremos con situaciones y experiencias vividas por las participantes del círculo de mujeres y, en ese sentido, representan la experiencia de este grupo de personas, más no una verdad genérica que cobija a todas las mujeres, dado que nuestra intención no es realizar afirmaciones que se asuman como verdades absolutas o reglas generales que condensan la experiencias de quienes adoptan la etiqueta mujer.

En este estudio reconocemos el valor de las experiencias individuales y situadas que nos ha permitido develar procesos internos que amplían las brechas entre las posturas diversas que asumimos ante temas álgidos que nos suscitan las memorias y los recuerdos, pero que a la vez, al estar en el marco de un ambiente de respeto, nos abren nuevas posibilidades de reflexión y nos permite reafirmar o confrontar nuestros propios esquemas.

Cada una de nosotras ha tenido que enfrentarse a una serie de imágenes que hemos evocado en diferentes etapas de nuestras vidas, poniendo sobre la discusión del círculo de mujeres experiencias comunes, retos y situaciones particulares que incitan a reconocer las emociones del momento sumadas a todos los procesos reflexivos que hemos generado desde nuestras voces internas, para luego poder definir una postura personal que será la que aporte, en gran medida, la forma en que nos podemos asumir como mujeres

Al respecto, es importante anotar que los procesos de autorrepresentación y representación de la mujer están inevitablemente relacionados, dado que tanto el uno como el otro están mediados por todo un sistema ideológico que condiciona y controla la manera en que nos percibimos y posicionamos, así como leemos e interpretamos nuestro accionar en el mundo.

Ser parte de este sistema implica establecer una relación con nosotras mismas, con el otro y con el entorno basados en una serie de principios que tienen la capacidad de condicionar nuestras ideas y con ellas moldear nuestro comportamiento de acuerdo un orden preestablecido que desde allí se nos ha impuesto. Es un sistema que se ha instaurado en nuestra cultura a tal nivel que se ha introducido en todos los ámbitos en que se desenvuelve nuestras vidas, proporcionando casi que de manera arbitraria unas lógicas en las que se asume debería acontecer nuestra vida; de esta forma, con una presencia sigilosa a la vez que incidente y determinante, nos presenta un modelo de representación del ser mujer del que se desprende, entre otras cosas, la manera en que nos asumimos como tal y la forma en que esta denominación nos da un lugar particular en el mundo y en la sociedad.

A pesar de esta determinación del sistema, nos hallamos en una búsqueda de eso que nos hace seres únicos y que nos ayuda a reconocer o a construir un propósito de vida particular. En esa búsqueda, dentro del círculo de mujeres hemos puesto en consideración todos los conflictos, diálogos y sentires que nos invaden y que nos han permitido confrontar esos principios que nos involucran dentro de la categoría mujer y que, desde allí, han incidido de manera determinante en cómo me ven y aún más en la manera en que me veo y me relaciono con la imagen que he construido de mí misma.

Este proceso que devela en alguna medida nuestros pensamientos, memorias, cuestionamientos, sentires y conflictos más internos, nos han impulsado a realizar una lectura de nuestra historia, vista desde otra perspectiva, elevando la voces de nuestras inconformidades ante lo que se nos había impuesto como una verdad acabada y que, mediante diferentes mecanismos, era preservada y perpetuada.

Al respecto, en el círculo de mujeres, nuestro sentir cobra un gran sentido en la medida en que es en nuestros cuerpos donde reposan muchas de las cargas e

inequidades que se nos han impuesto a lo largo de la historia, cada una ha asumido de manera diferente experiencias similares y ha logrado en tiempos diferentes reconocer aspectos que durante mucho tiempo fueron invisibles ante nuestros ojos, y que hoy de alguna manera se hacen visibles en nuestro accionar.

Esto se ve evidenciado en la anécdota que nos comparte la participante A.,
había una chica en la U que preciso salía con los manes que me llamaban la atención, me pasó como con 4 manes y me caía super mal la chica, pero por el proceso que empecé a llevar sobre mi ser mujer, me pregunté por qué me caía mal y al ser consciente de que era un tema de hombres, cambie completamente la forma en que la veía, ella ni siquiera sabía que me gustaban ellos, obvio no era intencional, no era una competencia. A partir de esto, cambió completamente la forma en que me relacionaba con las mujeres de mi entorno.

Este proceso de exploración parte de una mirada hacia nuestro interior, identificando desde nuestro sentir y nuestras posibilidades de confrontación y resistencia todo aquello que nos autodefine y todo lo que desde el exterior moviliza los esquemas que hemos instaurado en nuestro ser. Es para nosotras importante reflexionar en torno a lo que nos suscita reconocer que quienes somos ha estado determinado, en gran medida, por unas construcciones ajenas que se enraizan en nuestra cultura mucho antes de nuestro nacimiento y que aunque ahora se nos intenten imponer a modo de verdades absolutas ya han empezado a ser cuestionadas y desnaturalizadas.

Sentir que son otros quienes nos definen, nos cuestiona enormemente frente al verdadero sentido de la libertad, descubriendo en nuestros procesos internos una válvula de escape en la que acontecen otras lógicas que contrarrestan esas creencias en las que se asume existen unas únicas formas de ser mujer. Evidencia de ello es la afirmación de la participante D., quien manifestaba que “en el trabajo me piden ser una mujer que no soy” refiriéndose a la idea estereotipada de feminidad, aquella mujer que se maquilla, se peina y en su caso alisa o esconde sus crespos, que habla con un tono de voz dulce y con unas palabras que se conciben como “adecuadas” con lo cual no se siente cómoda, continúa mencionando “y esa mujer que me piden la asumo y se queda ahí”. Siendo este solo un ejemplo de las muchas situaciones debatidas en el círculo en los que desde lo íntimo de nuestro

territorio cuestionamos la manera en que ejercieron control sobre nuestros cuerpos, nuestra imagen y hasta nuestras acciones.

Por mucho tiempo, basados en la presión social que ejercían sobre nosotras, solo en nuestros diálogos internos logramos cuestionar la idea que nos fue transmitida de que el mundo que había sido creado para nosotras era la única posibilidad para poder crear una “vida propia”, se nos cerró cualquier posibilidad de crear formas alternativas de vernos y reconocernos y se cedió a otros casi que en totalidad el control de nuestros cuerpos, identidades y hasta de nuestros propios sueños.

Un claro ejemplo de este control se hace evidente en muchos momentos de nuestras vidas, cuando se nos exige vincular nuestra función reproductiva dentro de nuestro proyecto de vida, o cuando se nos exige cumplir con las expectativas de belleza agradables para otros, como es el caso expuesto por una de las participantes quien afirma: “si al chico que a uno le gusta, le gustan las chicas con cola, con senos, con cuerpo delgado, uno debe buscar la forma de ser así”.

A pesar de esto, nuestro ser interior se ha consolidado como el escenario al que poco pueden acceder y es ese mundo que habita desde nuestro ser, un mundo en el que nos hemos empezado a reconocer de otra manera y en el que logramos poder relacionarnos de una manera diferente con lo que día a día acontece en nuestras vidas, un mundo en el que cuestionamos y consideramos nuevas formas de relacionarnos con nosotras mismas, con los otros y hasta con nuestro entorno.

Desde nuestros primeros años hemos incursionado en diferentes experiencias que nos acercaron a descubrir las lógicas en las que debemos desempeñarnos a lo largo de la vida, en esta etapa inicial como lo hacían evidente las participantes del círculo, este proceso se daba con una actitud inocente de apertura y disposición ante un territorio nuevo que se nos presentaba como algo ya elaborado y terminado. Esto se hace evidente en situaciones como la descrita por una de nuestras participantes quien manifiesta que “Mi abuelita era ama de casa, yo veía una serie de acciones y yo quería replicarlas, y me hacía feliz que reconociera esas cosas. Yo era feliz porque me compraron escoba y recogedor pequeñitos, yo los pedí mucho tiempo”.



Éramos como una espuma que absorbía a plenitud toda la información que nos suministraban y, como ya lo vimos en el apartado anterior, poco cuestionamos y menos considerábamos que podían existir otras formas para habitar esta realidad; nos remitimos exclusivamente a esa representación que se nos ha presentado desde un mundo dual, pero que al ubicarnos en un lugar de contraposición con el lugar de privilegios que ostentan muchos hombres que nos rodean, nos despertó ciertos cuestionamientos con el sentido de justicia y libertad.

Por ejemplo, ese reconocer que había un mundo para hombres y otro para mujeres fue muchas veces lo que introdujo en nuestro ser ciertos conflictos que nos hacían cuestionar por qué ellos sí y nosotras no, ¿acaso existía alguna razón desconocida para mí que hacía que ellos pudieran incursionar en terrenos deseables para mí, pero que me eran restringidos por las autoridades, primero de mi familia, luego del colegio y más adelante de quienes ostentan el poder en cada escenario en el que ha acontecido mi vida?, un ejemplo de ello, es el caso de C. quien nos compartió su testimonio: “cuando entré a la universidad, ésta queda al lado de la zona T de Bogotá, y aunque yo quisiera entrar a los bares de la zona, yo pensaba ‘ojalá mis amigos no sean de salir a fiestas porque donde me inviten cómo les digo que mis papás no me dejarían entrar ahí por nada del mundo’, mis padres veían eso como un lugar de riesgo, de por sí cualquier lugar en la calle es un lugar de riesgo para nosotras las mujeres”. Experiencia en la que todas de alguna manera nos sentimos recogidas, y vuelve la pregunta, ¿por qué ellos sí pueden habitar la calle sintiéndose seguros y nosotras no?

Al respecto, en el círculo recordamos situaciones como la evocada por la participante A., quien expresa que, a diferencia de sus hermanos hombres, nuestro tiempo de juego en la calle estaba limitado a la seguridad de la luz del día y

pareciera que por alguna extraña razón la noche tuviera cierta complicidad con ellos, ya que les permitían disfrutar hasta más altas horas de la noche este escenario de juego e interacción. Mirar desde la ventana cómo jugaban le brindaba mayor seguridad a nuestros padres, pero a nosotras nos invadía cierto aire de frustración.

Esa frustración para los ojos de muchos se reducía a un simple acto de envidia por no poder ostentar esos mismos privilegios; no obstante, más allá de ser un acto egoísta era un conflicto interno por no poder comprender en qué se basaban para determinar esa división sexual del espacio. Sentirnos relegadas y simbólicamente atadas propiciaba en nosotras una sensación de mucha impotencia.

Lamentablemente estas situaciones no serían las únicas que tendríamos que experimentar a lo largo de nuestras vidas, sensaciones similares de impotencia y frustración aparecieron nuevamente en varios momentos de nuestras vidas, alimentando la idea de que al atribuirnos la etiqueta mujer, inevitablemente tendríamos que asumir cierta condena manifiesta en diversos castigos, principalmente la restricción de la libertad, donde se nos arrebatara el privilegio de ser quien queramos ser, de salir a la calle sin temor a ser violentadas, de vestirnos como queremos, cortarnos el cabello como queremos, quitar o conservar el vello sin ser señaladas, de vivir sin miedo, llevándonos a responder a una representación preestablecida sin posibilidad de explorar nuestra autorepresentación.

En ese momento habíamos aprendido que ciertos espacios eran seguros y otros no, sin embargo, experiencias como las descritas anteriormente, nos llevaron a comprender que al habitar un cuerpo mujer esos riesgos por donde quiera que fuéramos se incrementarían. Muestra de ello fue la descripción de una de las participantes quien expuso que:

mis papás eran muy sobreprotectores conmigo, no podía ir a muchos lugares, no podía llegar después de las 5pm, pero ya estando en la U les tocó soltarme, pero a mis papás les daba miedo que saliera porque soy mujer, porque me puede pasar muchas cosas y sí, tienen razón. Ser mujer en latinoamérica es muy peligroso.

Con el tiempo esto se nos fué reafirmando más y más, empezamos a descubrir que muchas de las violencias que surgen a nuestro alrededor se agudizan cuando la víctima es mujer, empezamos a resignificar la manera en que concebimos nos

perciben los otros, descubriendo la ambigüedad del discurso que nos han vendido de requerir cuidado y protección a pasar a ser víctima de muchas formas de violencia y peor aún a encontrar en muchos de quienes nos rodean y de la misma sociedad la complicidad para seguir las preservando.



Esto se hace evidente en el relato de una de nuestras participantes quien nos comparte su experiencia en la infancia:

Tuve momentos fuertes de abuso a temprana edad en el colegio en la parte sexual, yo era muy inocente en esa época y todo el episodio maluco que me marcó mucho al punto de que yo me volví muy esquiva con los hombres, sí a mí un hombre me hablaba yo era grosera, respondía feo y por eso casi no tengo amigos hombres, agregándole que si un niño me gustaba me hacía bullying y eso lo hacía peor.

Y efectivamente ante situaciones como esta nos volvemos vulnerables, porque evidentemente somos víctimas de unos ejercicios de poder y acciones que muchas veces se encuentran bajo la complicidad del sistema. Nuestra imagen de fragilidad se va quebrantando y las mismas experiencias que vamos viviendo nos van haciendo mucho más fuertes, pasamos de sentimientos de frustración a sentimientos de inseguridad que hacen que nuestro tránsito por el mundo se caracterice por pasos inseguros y una fuerte predisposición al riesgo.

Evidentemente, y a pesar de la diversidad de experiencias, la sensación de inseguridad es una constante en nosotras. Todas de alguna manera y a diferentes niveles hemos tenido que afrontar experiencias de abuso y violencia en las que difícilmente hemos encontrado un respaldo y un apoyo que nos garantice protección.

Ante esto, una de las participantes nos compartió su sentir al respecto afirmando que:

Al ser una de las muchas mujeres que hemos sido víctimas de abuso, acoso... es un video todo lo que cambia en nuestra vida a raíz de este tipo de situaciones, terminamos asumiendo un papel de presa, siempre alertas, siempre distantes y terminamos siendo las malas o las groseras por tomar esas medidas preventivas, pero aún poco se habla de educar al hombre para que no asuma un papel de cazador que lo hace por diversión, por un status social, y que evidentemente no es por una necesidad. y a toda la sociedad para que no lo vea como algo normal.

Aquí se nos presenta un nuevo reto, porque realizar una transformación verdaderamente estructural amerita que los hombres también se involucren en estos procesos de resignificación. La violencia no se debería naturalizar y menos aprobar; ambas partes deben tener una disposición de pensarse las relaciones de una manera diferente; para nadie es un secreto el impacto y la terrible sensación que se genera vernos involucradas en este tipo de situaciones más aún cuando provienen de los espacios de mayor intimidad como nuestro hogar.

Lamentablemente desde pequeñas por esta sensación de inseguridad nos relegaron al espacio de la familia como una medida de protección ante este panorama de violencias; no obstante, a algunas estadísticas nos dicen que la mayor cantidad de casos de violencia por razones de género en que la víctima es una mujer acontece en su propio hogar, lo cual nos lleva a cuestionar cuáles son las verdaderas razones que han reafirmado generación tras generación la tendencia a limitar nuestra movilidad al espacio privado de la familia.

Esta historia que se asemeja mucho al inicio de los cuentos de hadas donde la protagonista se encuentra custodiada en una torre, supuestamente con la intención de protegerla, nos hace pensar que para la sociedad nuestro lugar en el mundo debe ser de espectadoras, desde la "seguridad" de nuestro hogar tendríamos que ser testigo de cómo los hombres en territorios más amplios se vinculan en actividades mucho más atractivas e interesantes, conquistando lugares y accediendo con mayor libertad a nuevas actividades y desempeños acordes a sus propios intereses y habilidades.

En nuestro caso, desde nuestra mente inquieta, construimos imágenes de posibles finales para nuestras historias en los que los únicos limitantes son nuestras propias barreras mentales y prejuicios, muestra de ello es que muchas de nosotras pudimos desde esos espacios que nos otorgaron, significativamente más reducidos, explorar juegos y sueños que más allá de estar determinadas por el género se basaban en los imaginarios de lo que deseábamos tener en nuestras vidas.

Algunas veces desde los límites de nuestro hogar tuvimos la posibilidad de explorar otras áreas y actividades como es el caso de dos de nuestras participantes que nos cuentan cómo en sus hogares con la presencia de sus hermanos pudieron explorar libremente actividades que en otros escenarios tal vez podrían haber sido censuradas:

La llegada de mi hermano a mi vida, fue muy importante para mi ser mujer porque eso cambió la forma en que crecí, así yo hubiese tenido una hermana. Yo crecí con él, casi todas las cosas en mi infancia las hice con él, era muy chévere porque le compraba carros y todos los juguetes que son para niños, a mí me compraban muñecas cocinitas... Yo compartía mucho con mi hermano y nunca hubo de mi parte o de parte de mis padres una inclinación hacia que era para niños y quiero para niñas nunca me prohibieron jugar con los carros de mi hermano, fusionamos nuestros juguetes y hubo una interacción muy chévere con mi hermano y eso me ayudó a crecer de una manera distinta.

De esta forma vemos como muchas veces quisimos vincularnos a actividades a las que solo los hombres tenían acceso, pero en escenarios cotidianos nos eran restringidas esas posibilidades con el argumento que eran demasiado riesgosas para nosotras, es entonces cuando una vez más nos preguntamos si tal vez con el tiempo efectivamente nos íbamos volviendo más propensas al riesgo y al fracaso, precisamente porque no nos permitieron desarrollar las habilidades correspondientes para enfrentar esta tarea. Desde allí y al sentir que para muchos hombres luego de experimentar la práctica, el error y el acierto fluía casi que “naturalmente” el realizar actividades como cambiar una llanta del carro, siendo para nosotras algo ajeno y novedoso, reafirmaba una vez más una autorepresentación basada en la imposibilidad de hacer cosas que se habían determinado era de manejo exclusivo de los hombres.

Querer incursionar en estos campos no era un acto de rebeldía, menos una afrenta a las expectativas que nuestros padres habían generado hacia nosotras, por el contrario, lo que nos inmovilizaba a romper estas barreras era nuestro propio temor a defraudar a nuestros seres queridos (familia, pareja, amigos) quienes nos habían presentado un panorama que respondía a lo que ellos consideraba era lo que nos convenía y que al establecer vínculos tan estrechos, y no responder a las expectativas que nos planteaban se asume como un acto de deslealtad.

Un claro ejemplo de esto es la expectativa que algunos de nuestros padres y madres habían adoptado frente al matrimonio, el cual concebían era una garantía de estabilidad, protección y realización, al querer incursionar en otros caminos de realización donde no se consideraba propiamente el vínculo matrimonial o la preservación de la especie a través de los hijos, se generaba cierto aire de inconformidad y resistencia, ante el cual era difícil batallar y como fue el caso de la madre de nuestras participantes, quien terminó cediendo a esta expectativa para no defraudar esos códigos de lealtad y dio un giro importante en las expectativas de vida que había construido.

De la misma forma, como se hace evidente en uno de los aportes de las participantes, estas lealtades también se fundamentan en vínculos y patrones de referencia que hemos asumido como lo hace evidente una de las participantes al afirmar que: “mi abuela y bisabuela, son mi ejemplo de lo que es ser una mujer completa, de lo que es ser mujer en su totalidad, es ser valiente, es ternura, cuidado de su familia”.

Por otro lado, no podemos olvidar que, a pesar de estas referencias tan fuertes que apropiamos, en nuestras mentes empezaron a retumbar ideas que nos gritaban a voces que lo que más nos convenía era poder ejercer nuestra libertad de poder vivir eso que se nos estaba negando, de la mano de esto, y como ya lo había planteado anteriormente, surgieron otros sentimientos negativos con relación a quienes sí contaban con estos privilegios, porque no comprendíamos si era que efectivamente no eran conscientes de las lógicas de desigualdad en la que nos relacionamos o que al no ser ellos en quienes se focalizaban las violencias no prestaban mayor atención o simplemente que nunca se habían cuestionado otras formas de relación lo que hacía que asumieran un papel tan pasivo. Ese sentimiento era mucho más difícil de

sobrellevar con quienes se encontraban en las esferas más cercanas de nuestros afectos, pues nos suscitaban sentimientos ambiguos al ser quienes de alguna manera eran cómplices o preservadores de estas condiciones que tanto nos incomodaba.

Esta situación nos evoca un momento puntual de nuestro tránsito de la infancia hacia la pubertad, en el que algunos de nuestros compañeros hacían alarde de los comportamientos que les eran socialmente permitidos, para este entonces las agresiones se hicieron mucho más constantes y no era extraño ver cómo respondían de una manera más libre e incluso impulsiva a sus emociones: nos pegaban, nos quitaban los caimanes, el balón, nos escondían las maletas, en fin nos llegaban a irritar tanto que se ganaban nuestros más despreciables sentimientos; esto se agudizaba aún más al evidenciar que dichas conductas pocas veces fueron sancionadas o máximo solo desataron un leve llamado de atención, quizá para ellos este ambiente de impunidad reafirmaba sus conductas y su lugar en el mundo, pero para nosotras también significaba vernos en una batalla pérdida que nos hacía un llamado a la sumisión y el silencio.

Y es que reaccionar ante ello era condenarnos a un juzgamiento evidente, aunque las agresiones de parte de los niños era el pan de cada día, nosotras debíamos mantener nuestra “compostura”, atar nuestras emociones y conservar nuestra imagen de las niñas de “bien”, debíamos ser juiciosas, calladitas, manteniendo nuestra postura pulcra, impecable, controlada y organizada.

Una imagen que no tenía cabida a descontrolarse, ni a expresar abiertamente las emociones que todas estas situaciones desataron. Nos habría encantado tener la posibilidad de permitirnos fallar, romper con los protocolos de vestimenta y pulcritud y reír a carcajadas mientras nos revolcábamos en el lodo, muchas veces deseamos ansiosamente permitirnos que nuestras emociones se desbordaran y aunque fuera en una sola oportunidad poder pararnos frente a frente, de igual a igual con el otro y gritarle sus “cuatro verdades”, para que por fin entendiera que nos molestaba de sobremanera que abusaran de ese poder que le habían otorgado la sociedad al proveerle tantos privilegios y al legitimar muchas de sus acciones violentas .



La participante plantea este rol como considera debería ser y a lo que hay que apostarle.

En este punto, ya era evidente que había una clara delimitación de género en el espacio, era como si dos mundos que convergen en un mismo lugar hicieran una clara demarcación imposible de sobrepasar, en los descansos del colegio veíamos, por una larga temporada, cómo las niñas iban por un lado y los niños por el otro; en los descansos existían unas líneas imaginarias que nos aislaban y que nos hacían sentir que en grupo las mujeres éramos más fuertes y hacíamos de los territorios que habitamos espacios más seguros. Para este momento, simbólicamente, relacionamos esta sensación de inseguridad que nos acompañaba directamente con la figura masculina, pero a la vez al experimentar territorios con ausencia de ellos pudimos evidenciar cómo muchas de nosotras reproducimos esos ejercicios de poder que tanto nos incomodaban.

Allí surgieron ciertos rasgos de competitividad entre nosotras que, de la mano de los cambios físicos que nos iban invadiendo propios de la pubertad, nos sumergieron en una dinámica bastante hostil con nosotras mismas, partimos de la comparación de quién tenía más y mejores cosas y logramos más o menos aprobación a partir de lo que poseíamos. Eran sentimientos de mucha tensión y una búsqueda constante de aprobación, que se alimentaba de la idea de que como lo decía una de nuestras participantes existía una clara clasificación " las niñas lindas y las feas, todos quieren a las lindas y no a las feas", era una demanda afectiva, una necesidad de

poder ser reconocidas y aprobadas dentro del grupo social, lo cual era la puerta de entrada a muchas experiencias y escenarios que eran restringidos para quienes no cumplieran con ese voto de aprobación.

Este momento fue determinante en nuestros procesos de autorepresentación, más que nunca la presión social nos llevaba a conflictuarnos con nosotras mismas y con la imagen que proyectamos, evidencia de ello es el relato que nos comparte la participante A. quien expresa:

Yo me desarrollé en noveno y todas mis compañeras ya se habían desarrollado, y eran ellas las que llamaban la atención de los chicos, me sentía el patito feo y esto me generó muchas inseguridades, frustración... ya luego me desarrollé y siento que todo cambió, la forma en que uno se relaciona con los demás.

En el caso de la participante D., ella manifestaba: “Yo salía con mis amigas del barrio y me sentía menos, me sentía la fea, me preguntaba por qué estando con ellas no me sentía segura”.

Estos planteamientos nos ponen una vez más sobre la mesa lo difícil que ha sido la relación que establecemos con nuestro propio cuerpo, y la manera en que repercute en nuestra autorrepresentación, específicamente en este momento de nuestras vidas dicha relación se volvió bastante hostil, queríamos crecer ya o ya y vernos como las modelos de las portadas de revistas, ser aprobadas en esa nueva experiencia asociada al lugar que le hemos dado a la mirada y la aprobación de los hombres respecto a esa categorización de bonita/ fea, reconocida/invisibilizada. “Se siente chevere cuando uno le parece atractivo al otro, y en ese momento era muy importante para mí”, afectando así, de una manera de la que muchas veces no somos conscientes, la forma en que nos autorepresentamos, pues como lo dice la participante C.:

Uno se autogolpea emocionalmente por su aspecto físico y cómo ese aspecto físico define si soy una mujer bonita o una mujer que valga la pena, y uno empieza a compararse con otras chicas, se pierde el sentido de lo que uno podría ser sin tantos complejos que no permiten que uno se desarrolle de una forma adecuada en una edad determinada, la reflexión del querer ser y no del deber ser se dio prácticamente en una etapa ya de adultez.

Mirarnos al espejo a veces era toda una hazaña, era exponernos ante esa representación que nos impone la cultura visual y cuya confrontación genera

diálogos internos cargados de mucha agresividad con la imagen que encontrábamos allí, lesionando profundamente nuestra autoestima y llenándonos aún de más inseguridades que limitaba nuestro tránsito en el mundo: el cabello no se ajustaba, las caderas y los senos no tomaban la forma que nos habían dicho debían tomar, las caderas y los gorditos que aparecían aquí o allá no permitían dejar ver la cintura que los medios y las revistas había reducido a un número perfecto casi imposible de conseguir.

Tanto así que algunas veces una de nuestras participantes, como en el caso de A., se veía ante el espejo con un metro de costura rodeando su cintura, conteniendo la respiración e intentando alcanzar los 60 cm tan anhelados, eso sin contar que cuando intentaba medir sus senos y caderas para querer alcanzar los 90 cm preestablecidos se encontraba con un inmenso vacío no solo en su interior, sino en las proporciones definidas por el metro que por mucho alcanzaba 70 o 75 cm.

Transitar revistiendo una imagen con la que tenemos conflicto y ahora más conscientes que nunca del hostigamiento de la mirada de los hombres y la crítica de muchas mujeres, era realmente perturbador, la lesionada relación con nuestro cuerpo nos llevó a asumir algunas prácticas de tortura similares a como lo hicieron otras mujeres en épocas como, por ejemplo, la medieval donde por la necesidad de aprobación de una figura estereotipada de mujer bella, hacían uso de los corset que eran de uso común, aun cuando eran un atentado a la salud y el bienestar, situaciones similares a las vividas actualmente que nos ofrece el mundo de la cosmetología con la utilización de productos químicos nocivos para la salud que modifican nuestra imagen.

Esta situación pone en evidencia un fuerte conflicto interno que aún ahora vivimos frente a la apropiación de prácticas de autocuidado y las fuertes demandas del capitalismo y el patriarcado, la necesidad de dar una respuesta inmediata a las demandas sociales, nos hizo perder muchas veces la perspectiva de las posibles consecuencias a mediano y largo plazo de nuestras decisiones.

Reflexionar en torno a este momento de nuestras vidas nos llevó a evocar fuertes sentimientos de tristeza y frustración; combatir diariamente ya no solo con la presión social sino que el conflicto que teníamos nosotras mismas con nuestra imagen

realmente era devastador, para muchas mujeres a nuestro alrededor esta ha sido la puerta a muchas otras batallas mucho más complejas como la baja autoestima y los trastornos de la alimentación. Evidencia de ello, es el relato de una de nuestras participantes quien manifiesta:

“Mi proceso para construir la mujer que soy hoy ha sido un poco complicado, porque de los 21 años que tengo 15 he tenido un complejo con el amor propio, el autoestima, en lo emocional tengo un proceso de aceptación, a mí nunca me gusta mi cabello y en el colegio que me hicieron mucho bullying sobre todo los niños, cuando pedían hacer grupos yo me quedaba sola”.

Esta experiencia nos transporta al impacto que han tenido ciertas acciones o conflictos internos con relación a nuestro autoconcepto, batallas que muchas veces en el proceso han quebrado nuestra autoconfianza y nuestro fluir en la interacción con quienes nos rodean y con quienes interactuamos en las redes sociales; estos procesos nos exigen aprender a aceptar nuestra individualidad y reconocer ese ser único y valioso que somos

En cuanto a situaciones como los trastornos de la alimentación, ninguna de nosotras fué diagnosticada o requirió un proceso terapéutico intensivo, a pesar de esto es evidente que nuestra relación con la comida sí cambió. Pasamos de disfrutarla a padecerla a partir del fuerte debate interior entre lo mucho que deseábamos deleitar ciertos sabores y el excesivo temor de que este delicioso placer nos pasara su cuenta de cobro en aumento de peso, granitos en nuestro rostro, gorditos no deseables, en fin, eran instantes muy incómodos donde además se sentía sobre todo en nosotras las mujeres una exigencia por adoptar lo antes posible las normas de etiqueta y pulcritud y claro está alcanzar esa figura estereotipada que te definía o no como una mujer bella.

Esta situación llevó a nuestras participantes a experimentar situaciones bochornosas como la que vivió una de las participantes quien después de poder comer con plena libertad en casa -aunque un poco condicionada por la imagen que se tiene de mujer pulcra-, empezó a involucrarse en comidas dentro de otros escenarios más públicos, allí cuando empezó a sentir una mayor presión y exigencia por lograr llegar a “comer decentemente”, lo que le implicó asumir conductas más rígidas como

el uso de los cubiertos, abrir menos la boca, evitar totalmente que se derramara la comida y ser medidas en la cantidad de comida que ingería.

En el caso de la participante, para ella fue una imagen muy sencilla pero reveladora el recuerdo de cuando empezó a salir con chicos de su edad, y aun cuando le encantaba comer hamburguesa o perro, evitaba al máximo ir a lugares de comidas rápidas solo por no pasar por la pena de “untarse de salsas, derramar las papas o pasar por tragona”

Una vez más nos veíamos condicionadas por las demandas sociales ahora vistas desde las normas de etiqueta, de alguna manera el definirnos como niñas, nos había permitido por muchos años movernos en la frontera de lo aprobado o no socialmente, para muchos que la niña con su vestido blanco impecable después de un par de juegos llegará con unas cuantas manchas podría asumirse como algo divertido propio de una travesura, lo máximo que sucedía era que miraban a la “madre” con cara de pobrecita y ahora cómo quitará esas manchas.

Siendo ya unas “mujercitas” las cosas cambiaron, los ojos inquisidores de los demás estaban sobre nosotras, para quienes nos rodeaban éramos la maqueta de lo que deberíamos llegar a ser como mujeres, algunas nos resistimos a crecer pero no era una afrenta con la naturaleza que ahora nos proveía de nuevas formas sino con todo lo que nos había traído que ya no nos viéramos como niñas. Fue una época difícil donde nos enseñaron a amarrar nuestras emociones, las pataletas como un acto de desahogo de nuestro sentir ahora ya habían quedado en la historia, las hormonas de nuestro cuerpo nos hacían más sensibles y muchas veces no sabíamos qué hacer con lo que sentíamos.

Una vez más empezamos a sentir que la naturaleza nos castigaba a las mujeres, sumado a todo lo que estábamos viviendo ahora teníamos que sortear tener que adaptarnos a experimentar cada mes cambios fuertes en nuestro cuerpo, con la llegada de la menstruación tuvimos que soportar fuertes cólicos, picos emocionales, temor de ser descubiertas como si estuviéramos cometiendo un delito, guardabamos en el bolsillo secreto de nuestras maletas las toallas higiénicas y ni decir de lo que fué la experiencia de una de nuestras compañeras que tuvo que vivir una desagradable experiencia en el colegio: “un día de manera inesperada le llegó su

menstruación y se le manchó su jardinera del uniforme, las participantes del círculo fuimos testigo de lo mal que se sintió y todo lo que tuvo que hacer para evitar que alguien más se diera cuenta”, entre risas y comentarios molestos ella tuvo que salir con el saco amarrado a la cintura como si estuviera huyendo de algún delito que cometió.

Y es que pareciera que la menstruación fuera la marca de un “pecado”, aun cuando en el discurso muchas asumen es el costo que debemos pagar para tener el privilegio de “crear vida”; un costo que tendremos que pagar un gran porcentaje de nuestras vidas y que incluso deben asumir quienes por convicción o por alguna otra razón decidimos no ser madres. Como si no fuera suficiente todo lo que trae consigo la menstruación, también tenemos que asumir toda la carga social que le han dado. Muchos se refieren a ella como algo sucio, lo que nos hace recordar algunas prácticas de algunas comunidades ancestrales que aislaban a las mujeres durante este periodo del mes por considerarlas impuras. Por lo visto, estos imaginarios también se han materializado en nuestra cultura, al igual que se ha venido legitimando formas de satanizar los cambios hormonales propios de la mujer con frases o dichos como “estás en tus días”, que provocan sentimientos de incomodidad e impotencia, pero que al estar tan arraigados, es difícil establecer los argumentos para resignificar estas posturas.

De la misma forma, otro aspecto que también nos ha generado conflicto al transitar de la imagen de niña a mujer, es que los hombres de nuestra familia incluso nuestros padres a partir de esto, se empezaron a relacionar diferente con nosotras, las expresiones de amor de su parte se redujeron significativamente porque quizá asumieron que era necesario establecer un límite y enseñarnos que los hombres son un riesgo para nosotras aún si nos aman.

A raíz de esto, empezó a crecer en nosotras ese sentimiento ambiguo hacia los hombres al cual ya habíamos hecho referencia, manteníamos la sensación de injusticia por tantas situaciones de inequidad que habíamos vivido, no desconocíamos los vínculos intensos que habíamos establecido con algunos de ellos, pero a la vez no sabíamos si culparlos porque la sociedad les hubiera atribuido tantos privilegios o porque nunca hicieron nada por cambiar esa posición.

Aquí una vez más entra en juego la vinculación de la crítica masculina y el hecho de que empezamos a descubrir nuevas sensaciones y sentimientos basadas en la atracción que nos generaban algunos hombres, al respecto muchas de las voces fuertes de resistencia que se habían despertado a raíz de la incomodidad que nos generaba tantas situaciones de violencia y sujeción a las que nos veíamos expuestas, susurraron y hasta se silenciaron, en esta discusión nos dimos cuenta cómo a raíz de este despertar, algunas hasta comenzamos a modificar la imagen que proyectamos a los otros, empezamos a explorar cortes, peinados, incursionamos al uso del maquillaje, modificar nuestro vestuario y si en algún momento nos habíamos resistido a vestirnos de acuerdo al protocolo y la etiqueta, ahora apropiamos algunos elementos que nos hacía ajustarnos aún más a esos rasgos “femeninos” que considerábamos nos harían más atractivas para ellos.

Dejamos por algunos instantes de buscar esa imagen ante el espejo que nos hacía encontrarnos a nosotras mismas para empezar a buscar la imagen que considerábamos otros esperaban ver en nosotras, allí comenzaba una vez más esa sensación de competitividad que agudizaba el conflicto que habíamos emprendido con nuestra autoimagen y hasta con nuestro propio cuerpo, sentíamos que quien gozaba de la aceptación y reconocimiento de los chicos era quien más se ajustaba al molde al que todas deberíamos llegar y eso nos alejaba de la posibilidad de descubrir el valor en nosotras mismas.

En nuestras relaciones de pareja algunas veces terminamos reproduciendo los mismos roles que tiempo atrás habíamos criticado y hasta nos vimos involucradas en situaciones de control y sujeción: escenas de celos, control sobre nuestro círculo de amigos, invasión en nuestras redes sociales, y hasta actitudes de violencia física y de descalificación hicieron parte de nuestra experiencia. Coincidimos con las participantes del círculo que mientras estuvimos involucradas en estas situaciones y un poco “cegadas por el amor”, cedimos mucho terreno y permitimos se nos fuera violentadas sin resistirnos; no obstante, cuando el velo salió de nuestros ojos nos vimos expuestas no solo al señalamiento de quienes nos rodeaban sino a la culpa por no haber emprendido acciones que nos protegieran de tanto dolor.

Nosotras vivimos en un mundo que nos llevó a experimentar y reproducir muchos patrones tradicionales en nuestras relaciones de pareja, a pesar de esto también

tuvimos que experimentar cosas que no se habían sido vistas antes como es todo lo que surgió a raíz de los avances de las tecnologías de la información y la llegada de las redes sociales. Nuestras relaciones amorosas, cambiaron significativamente al igual que nuestra relación con nosotras mismas, nos deslumbramos porque se nos abrió el mundo, pero a la vez se nos elevaron aún más las expectativas frente a lo que queríamos llegar a ser.

Las redes sociales nos deslumbraron con todo a lo que podríamos acceder, nos enseñaron otras formas de relacionarnos y de expresar nuestros afectos, nos abrieron la posibilidad de crear unos “avatares” que bajo la complicidad de una pantalla nos permitía crear una imagen de nosotras mismas basada en lo que deseábamos llegar a ser, evitando poner en evidencia aquello con lo que entrábamos en conflicto y poníamos sobre la mesa de la crítica (a manera de *like*) esa imagen ficticia que queríamos proyectar.

Recordamos cómo fué nuestra experiencia al abrir por primera vez el facebook, seleccionar la fotografía no fué nada fácil, existía el temor de lo que los demás pudieran pensar respecto a ella y la posibilidad de ser blanco de críticas y burlas; con esta tecnología llegaron nuevas prácticas sociales, llegaron las selfies y con ellas tendencias en nuestras poses de fotografía como las duck face que nos hacían sentir que encajábamos en un mismo modelo de popularidad y belleza

La tecnología nos brindó recursos para modificar la imagen que reflejamos intentando acercarnos más a esos modelos con los que crecimos, evidencia de esto era la imagen que algunas de nosotras compartimos en nuestro perfil social, la cual evidentemente estaba intervenida por filtros y otros recursos hicieron que nos proyectáramos de manera diferente y que en el contacto con la realidad nos cuestionara una y otra vez si algún día lograríamos reflejar en la realidad esa imagen que había construido en el mundo paralelo en el que nos habíamos sumergido. Nuestra relación con nosotras mismas cada vez se conflictuaba más y los niveles de aceptación con nuestra “imperfección” eran cada vez más bajos.

Vincularnos con otros ya no era resultado de la seguridad que provenía de aceptarnos y amarnos tal cual éramos que quizá era lo que debíamos haber hecho, sino que era la seguridad que nos daba estar tras una pantalla y poder fingir u

ocultar eso con lo que no estábamos conformes. Pero este mundo tenía sus límites, allí descubrimos muchas veces que interactuábamos con otros mundos y realidades ficticias, poco a poco empezamos a silenciar las voces de quienes tenían tanta influencia sobre nosotras y con el tiempo nos desprendimos un poquito más de lo que nos demandaba nuestro contexto para darle paso a lo que realmente queríamos proyectar.

La vinculación a nuevos escenarios como el trabajo o la universidad nos llevó a emprender nuevos rumbos. Cada una tomó sus pensamientos, sus imaginarios, sus construcciones y deconstrucciones y las llevó consigo, al interactuar con nuevas realidades las pusimos a dialogar con nuevas experiencias, con personas que habían realizado sus propios procesos personales, con frases determinantes de algunos libros, con esa lectura cotidiana y un poco más crítica de las historia que nos mostraban los medios y hasta con quienes habían sido protagonistas del proceso de apropiación de los principios instaurados por la cultura patriarcal.

Continuamos con nuestros procesos de confrontación, de reconciliación de construcción o deconstrucción que luego los llevamos al círculo de mujeres donde nuevamente convergen nuestros caminos. Aquí narramos y evidenciamos cómo la referenciada por una de nuestras participantes quien describe este tránsito de la siguiente manera:

Llegue a la universidad y fue allí donde todo dio un giro, yo siento que los dos primeros años fue un tránsito leve, en ese espacio conocí a Ximena y a otras personas que tienen como más tiempo en estos temas, y que se han pensado cosas que yo no me había pensado, terminé preguntándome cosas e intentando ser un poco más crítica frente a mi ser mujer. Además fue como en un momento en que el movimiento feminista estaba cogiendo muchísima fuerza, mi mamá estaba cursando la maestría en Estudios de Género de la Nacho, y empezamos a hablar de ciertas problemáticas, de la cotidianidad y fue re lindo, me empecé a pensar diferente, la Universidad me aportó mucho en la mujer que soy hoy en día.

De la misma forma, para otra de nuestras participantes esta vinculación a otros escenarios fue muy importante en sus procesos de autorrepresentación, ella lo describe de la siguiente manera:

Entré a un grupo con el que sentí que empecé a mejorar en muchos sentidos, entre esos mi ser mujer. El profesor me destacaba mis fortalezas y me decía que si me lo proponía podía ser la mejor bailarina del mundo, y desde ahí empecé a construir el amor propio y mi seguridad, mi autoestima. Ya mis crespos no eran una debilidad, me hacían ver como más empoderada.

Aquí evidenciamos la influencia que tienen en nuestros procesos de autorepresentación, la mirada externa; esto nos enseña a ampliar nuestras experiencias vinculándonos a otros escenarios, relaciones y dinámicas en la que se piense este sistema de manera diferente, propiciar diálogos de desnaturalización y establecer acciones de protección ante factores de riesgo que atenten contra nuestra autodeterminación y autoestima.

Como mujeres que se han vuelto a encontrar, reconocemos nuestras trayectorias diversas, la incidencia de nuestros encuentros en la manera en que nos percibimos a nosotras mismas y la lectura que tenemos de cómo nos ve y nos concibe la sociedad, nos ha brindado aportes diferenciales que llevaremos en cada uno de nuestros rumbos intentando ostentar la etiqueta mujer conscientes de las implicaciones que este título ha traído para nuestras vidas, evitaremos olvidar que hoy nos percibimos como mujeres diversas, resistentes, propensas a estructurar proyectos de vida basadas en una relación más libre con quien somos y con quien la sociedad espera lleguemos a ser. Solo esperamos que cada encuentro nos permita mirarnos al espejo y encontrarnos con una mirada más amorosa, empática y guerrera para seguir resistiendo y ser una más que contribuya a un cambio verdaderamente estructural en las relaciones de género.

CONCLUSIONES

Después de haber recorrido un arduo camino para comprender un poco más la realidad estudiada y por fin llegar a concluir ¿De qué manera incide la cultura visual en los procesos de representación y autorrepresentación del ser mujer en las participantes de un círculo de mujeres en la localidad de Bosa?, he llegado a este punto con algunas respuestas, pero a la vez con nuevas expectativas frente a lo que implica desde la academia y la investigación poder contrarrestar la incidencia que

tiene el sistema patriarcal en la preservación de las diversas formas de sujeción, discriminación y violencia hacia la mujer.

Para tal fin, es importante no perder la perspectiva de que este estudio jamás tuvo como propósito establecer una verdad universal y absoluta frente a las relaciones de género, dado que soy consciente de que dichas relaciones permanentemente se ven permeadas por múltiples factores propios de la cultura y las características únicas de cada contexto y cada historia de vida que hacen de ellas un fenómeno particular.

De esta forma puedo concluir que en gran medida a través de esta investigación de tipo etnográfico con enfoque feminista y más concretamente desde el círculo de mujeres, hemos logrado dar una respuesta a nuestra pregunta, dado que esta ruta metodológica sumada a mi posición como investigadora desde un conocimiento situado, me permitió realizar una descripción clara, reflexiva e íntima de los procesos de representación y autorrepresentación del ser mujer de las participantes del círculo, haciendo visible desde la cultura visual, no sólo los elementos ideológicos en que se fundamenta el sistema patriarcal que nos rige desde hace tantas décadas, sino los elementos presentes en la cultura visual que inciden en la determinación del ser mujer, pasando por ejercicios reflexivos que hacen visible los procesos internos y los actos de resistencia que a lo largo de nuestras historias y las de nuestras madres y abuelas hemos emprendido.

La creación del círculo con la participación de mujeres con quienes compartimos algunos tramos de nuestras vidas, experiencias y contextos; nos permitió generar un diálogo muy cercano entre estas historias particulares, pensamientos, sentires y sobre todo imágenes que reflejan las memorias y las experiencias de cada una; haciendo visible algunos factores comunes que nos dieron los elementos para realizar una descripción en contexto de los procesos de representación y autorrepresentación del ser mujer en la vida de las participantes

En este propósito, la imagen como elemento fundamental de la cultura visual, adquirió un lugar determinante dado que se hizo evidente su papel en la construcción de elementos que determinan el soporte ideológico en el que un determinado grupo de personas basan su comportamiento y hasta su sentido de vida.

Es a través de ella que logramos hacer una lectura de los procesos de representación y autorrepresentación del ser mujer, basadas en memorias que se nos presentaron a modo de imágenes algunas evocadas desde las narraciones y otras creadas y visibilizadas, las cuales nos permitieron identificar la manera en que se consolidaron unas lógicas en las que cada una de las participantes han leído su historia y han determinado un deber ser dentro del contexto al cual pertenecen.

De la misma forma, encontramos en la imagen un recurso valioso que ha aportado significativamente en los procesos de confrontación y desnaturalización de las realidades que íbamos develando y una forma de expresión y liberación de aquellas cosas que en el marco de lo socialmente correcto habían tenido que ocultar y silenciar por mucho tiempo.

Nos hemos pensado nuestra vida de mujeres como una red de imágenes, algunas de ellas materializadas en símbolos evocados por la memoria que al hilarlas ponen en evidencia la incidencia de unos hilos mágicos y casi imperceptibles y no por eso menos determinantes, que muchas veces dan un rumbo fijo y predeterminado a la forma en que nos vemos y cómo nos ven los demás. Nos hemos encontrado frente a frente con todo un sistema ideológico que durante un alto porcentaje de nuestras vidas tuvo una presencia silenciosa y casi invisible ante nuestros ojos; pero que solo en los últimos años de nuestra vida y a través de la vinculación a escenarios laborales o de formación académica superior fuimos conscientes de su influencia.

En esta etapa de nuestras vidas, y más aún a partir de esta experiencia de investigación, logramos problematizar muchos de estos aspectos que en otro momento no considerábamos relevantes; al propiciarse espacios de discusión como el círculo, donde la palabra y la imagen tenían un papel provocador nos permitió despertar una necesidad de trascender y reconocer más a profundidad las lógicas en las que instauramos una forma de ser representadas desde la sociedad pero a la vez replantear esos discursos internos que han determinado nuestra forma de pensarnos y posicionarnos de una manera propia ante la denominación mujer.

Cabe anotar, que esta investigación por su carácter etnográfico con enfoque feminista abrió la puerta para que en la experiencia se involucraran otros discursos y

formas de pensarse la vida, desmitificando las verdades absolutas y dándonos la posibilidad de cuestionar lo incuestionable, reconociendo esas fuentes, modos de manifestación y mecanismos de preservación de esas prácticas que en la experiencia confrontamos, para llegar a pensarnos una manera diferente de vernos y relacionarnos

Comprender que existe una representación social de la mujer, es acudir a esa imagen que la sociedad nos ha otorgado como un referente o un manual de instrucciones que nos permite con total “naturalidad” asumir el lugar y el papel que la sociedad nos ha atribuido, es ella la que nos lleva a reconocernos como parte de una cultura, una sociedad y un sistema que incide de manera determinante en quienes somos y cómo nos desenvolvemos en los diferentes espacios en que acontece nuestra vida; no obstante, ser conscientes de esto y de las múltiples formas en que se manifiesta a lo largo de nuestra vida, nos ha llevado a confrontarnos frente al sentido de la libertad y la autonomía que como mujeres hemos podido apropiarnos a la hora de construir una identidad propia que sea reconocida desde las múltiples formas de habitar este cuerpo mujer.

Este reconocimiento y la lectura que hacemos de los procesos de representación a través de nuestra historia, ha puesto en evidencia que esta realidad se ha consolidado en dos mundos diferentes: uno para hombres y otro para mujeres. Dos mundos que se interrelacionan en medio de unas dinámicas basadas en la inequidad, la sujeción y la legitimación de diversas formas de violencia que normalmente se establecen en contra de la mujer y que se han instaurado mediante la institucionalización de principios que se denominan de orden “natural” o derivados de un discurso religioso.

Considerar que estos mandatos provienen de la naturaleza o de algún orden divino, es coartar la posibilidad de apropiarnos otro tipo de principios, exponiéndonos a quienes emprendemos acciones de resistencia o confrontación, a cualquier tipo de castigo, censura y hasta la legitimación de diversas formas de control basadas en la violencia. No obstante, como resultado de ciertas experiencias provenientes de colectivos de mujeres, movilizaciones sociales y demás hoy más mujeres nos pensamos esto de manera diferente y hasta propendemos por establecer escenarios

como el círculo de mujeres en el que nuestras voces elevan su tono y juntas nos resignificamos.

En estos procesos de análisis más detallado de estas realidades, se ha hecho evidente que dichos mandatos provienen de una construcción cultural que amerita ser confrontada y resignificada con el fin de reivindicar nuestros derechos y establecer relaciones más equitativas y productivas; además de apropiar elementos que nos permita reconocernos en la diversidad y abrir las posibilidades para que cada una de nosotras empecemos a escribir una historia propia con una forma única de habitar este cuerpo, y de resistir y resignificar sin que eso nos implique ser víctimas de violencias mayores.

Ya nuestra historia nos dejó imágenes tatuadas en la memoria, donde muchas veces fuimos nosotras mismas quienes preservamos y transmitimos este orden social, hicimos visible cómo la función de la familia y la escuela fue efectiva en este propósito de preservación, pero a la vez cómo otras imágenes en estos mismos escenarios y otros más públicos, generaron acciones individuales o colectivas que han permitido cierta movilización social a favor de nosotras.

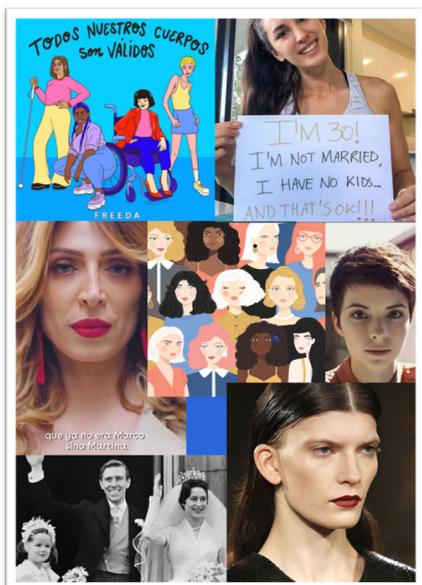
Estos procesos, como ya hemos visto, van de la mano de los procesos de autorrepresentación, que al ser leídos desde el círculo permitieron aumentar significativamente el volumen de nuestras voces interiores. Tal vez fueron muchos años de injusticias, inconformidades, silencios, temores reprimidos o acciones inconclusas, que por el temor al juicio y la censura fueron relegadas a lo más íntimo de nuestro ser. Abrir la posibilidad del diálogo y la identificación en la experiencia del círculo, hizo evidente la presencia de voces que demandaban ser escuchadas, sin ser censuradas o juzgadas, se pusieron sobre la mesa temas que nunca habíamos considerado debatir y nos descubrimos en el pasado viviendo experiencias similares al estar relegadas en lo más íntimo, jamás debatimos o establecimos un vínculo de apoyo.

Estos procesos de autorrepresentación que se pusieron en la agenda del círculo y que acontecieron a lo largo de nuestras vidas, además de hacer visible nuestro sentir, favorecieron procesos de reconciliación basados en la identificación de experiencias y sentires comunes, además de la visibilización de violencias a las

cuales habíamos sido expuestas, liberándonos de la responsabilidad que se nos atribuían al respecto solo por el hecho de ser mujeres.

A través de estos encuentros nos hemos permitido mirarnos de una manera diferente y considerar otras formas de habitarnos y posicionarnos; percibir la necesidad de encontrarnos con otras mujeres y juntas poder repensarnos el mundo, nuestro mundo, desde el lugar que se nos ha otorgado; así mismo, nos abrió alternativas para brindar a esta realidad compartida con unos otros, nuevas experiencias e imágenes que abran las posibilidades de resistencia, confrontación y diálogo que contribuyan a favorecer un desarrollo libre y creativo de los seres, sin una demarcación tan rígida de los géneros.

Hemos sido llamadas a un cambio social, seguiremos transitando por este mundo y por diversos escenarios que nos invaden de imágenes con un alto contenido de control social, seguiremos consumiendo miles de mensajes orientados a la preservación de los estereotipos de género y el orden social preestablecido. No obstante, ahora más que ser un mandato, quienes hemos participado de esta experiencia veremos desde un punto de vista más amplio y con una perspectiva de género, todo cuando se nos atraviere en nuestro camino.



Intentaremos asumir nuestra etiqueta mujer en un plano donde puedan existir tantas formas de ser mujer como mujeres hay en el mundo y más allá de querer preservar relaciones de poder inequitativas y violentas, intentaremos establecer un diálogo constante que permita tanto a hombres como mujeres ser y desarrollarse desde su individualidad, reconociendo la diversidad como un camino hacia nosotras mismas y hacia una sociedad más justa en la que resistir sea una forma de construcción más no una razón para morir.

Queremos hoy más que nunca una nueva versión de mundo, no queremos más voces silenciadas, queremos deleitarnos a diario en cada esquina con una imagen

de respeto y solidaridad y que nuestras nuevas generaciones tengan el privilegio de escribir una historia diferente a la nuestra en la que la libertad y la autonomía tomen un nuevo sentido y el temor de transitar por el mundo solo habite en el relato de quienes tuvimos que pasar por esto.

Soy mujer pero además tengo unas proyecciones profesionales en el área de la pedagogía, lo cual amplía significativamente mi responsabilidad en estos procesos de transformación social. Formar nuevas generaciones demanda pensarse el mundo de manera diferente, la familia y la escuela deben ser intervenidos inmediatamente con el fin de hacer visible estas formas de violencia que se encuentran tan naturalizadas, concibiendo relaciones más equitativas y abriendo nuevas posibilidades de concebir otras formas de relación más libres y respetuosas de lo diverso.

Nuestro accionar deberá estar orientado a reducir las brechas tan abismales que encontramos entre los privilegios que ostentan unos con relación a otros y desde las función creadora de nuestro desempeño en las artes visuales, habremos de concebir en la imagen un aliado determinante a la hora de asumir una nueva versión del mundo y nuestras relaciones, en el aula abriremos las posibilidades de diálogo vinculando la perspectiva de género, intentando ampliar las posibilidades de establecer una relación más crítica con las imágenes que consumimos a diario y descubriendo a través de ella y otras experiencias con la cultura visual una posibilidad para ampliar las voces que tanto nos conflictúan en nuestro interior.

De esta experiencia nos quedan muchos aprendizajes personales y colectivos; pero sobre todo la plena convicción que desde la académica especialmente en sus procesos de investigación, se encuentra un importante recurso para reconocer la realidad cambiante en la que se desarrollará nuestra actividad profesional.

Puntualmente, para la licenciatura en artes visuales, este trabajo es un aporte importante en la proyección de sus estudiantes, egresados y egresadas al reconocer la incidencia que tiene la cultura visual en los diferentes aspectos de nuestra vida, haciendo evidente la posibilidad de asumir como educadores un rol activo en los procesos de transformación social y la reducción de las brechas de inequidad e injusticia a las que nos hemos visto expuestos por razones de género.

De la misma forma, responde a su propósito de mantener vigente su mirada hacia los nuevos retos que nos presentan el momento histórico que atravesamos y permite dar una respuesta más cercana a las demandas sociales que van surgiendo, se alimenta de estas lecturas y rutas metodológicas brindando nuevas reflexiones y perspectivas que garantizan un mayor impacto del programa en su función social.

Para finalizar, esta investigación se constituye en una experiencia más que aporta a la resignificación del lugar de la mujer en la sociedad, reconociendo cómo desde las realidades más cercanas podemos instaurar actos de resistencia que unidos a muchas otras iniciativas puedan aportar argumentos y movilizaciones lo suficientemente significativas para propiciar un verdadero cambio estructural.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, D. (2019). *Igualdad de representación: El rol de la publicidad en la construcción de la feminidad*. [Trabajo de grado, Universidad de los Andes, Bogotá, D.C., Departamento de Diseño y Arquitectura].
- Barco Rodríguez, J. M., Ramos Delgado, D., Romero Bonilla, D.G., (2021). *Entre el qué y el cómo: tendencias epistemológicas y metodológicas de la investigación en educación artística visual*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Bartra, E. (2012). Acerca de la investigación y la metodología feminista. En N. Blazquez, F. Flores, & M. Rios (Eds.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 67–77). UNAM.
- Berger, J. (2014). *Modos de ver* (2.ª ed.). Gustavo Gili.
- Big Think. (2011, 6 junio). *Judith Butler: Your Behavior Creates Your Gender | Big Think* [Vídeo]. YouTube.
https://www.youtube.com/watch?v=Bo7o2LYATDc&ab_channel=BigThink
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: el feminismo en la subversión de la identidad*. Ediciones Paidós Ibérica, SA,.
- Castañeda, M. (2012). Etnografía feminista. En N. Blazquez, F. Flores, & M. Rios (Eds.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 217–238). UNAM.
- CNN [CNN Chile]. (2019, 15 abril). *Judith Butler, filósofa: “Los hombres deberían ser feministas porque la igualdad es sexy”* [Vídeo]. YouTube.
https://www.youtube.com/watch?v=EFgi-ZHDqgw&ab_channel=CNNChile
- Cuadros, R., Barco, J. M., Carrillo, A., Rojas, C., Perez, A. R., Ramos, D., Romero, D., & Rodríguez, L. (2018). *La praxis visual como campo de investigación* (1.ª ed.). Universidad Pedagógica Nacional.
<http://hdl.handle.net/20.500.12209/9342>
- De Lauretis, T. (1992). *Alicia ya no. Feminismo, semiótica y cine*. Madrid: Cátedra.
- De Lauretis, T. (1996). La tecnología de género. *Mora* (2), 6-34.
- González Rey, F. (2008). Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales. *Diversitas*, 4(2). <https://doi.org/10.15332/s1794-9998.2008.0002.01>

- Hernández, F. (2005). ¿De qué hablamos cuando hablamos de cultura visual? *Educação & Realidad*, 30(2). Recuperado 2021, de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=317227042017>
- Lamas, M. (s. f.). *El género es cultura*. Páginas personales UNAM. Recuperado 2021, de http://www.paginaspersonales.unam.mx/app/webroot/files/981/El_genero_es_cultura_Martha_Lamas.pdf
- Ramírez, N. (2015). La imagen que representó al género, una retrospectiva a las representaciones de la mujer en Colombia. [Trabajo de grado, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, D.C., Licenciatura en Artes Visuales].
- Real Academia Española. (s. f.). *Género*. Diccionario de la lengua española. Recuperado 2022, de <https://dle.rae.es/g%C3%A9nero>
- Rodríguez, C. (2017). *Cartografías del cuerpo de la mujer/es en el Humor Gráfico: una mirada feminista*. [Trabajo de grado, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, D.C., Maestría en estudios de género].
- Serrano, A. (2007). *Imágenes de lo femenino en el arte: atisbos y atavismos*, *Polis*, Recuperado 2022, de <https://journals.openedition.org/polis/4314#quotation>
- Shinoda Bolen, J. (2008). *El millonésimo círculo cómo transformarnos a nosotras mismas y al mundo* (3.ª ed.). kairós.

ANEXO No. 1

PROGRAMACIÓN TALLERES

TEMÁTICA CENTRAL	OBJETIVO	DESARROLLO	RECURSO PEDAGÓGICO
Socialización y establecimiento de acuerdos	Consolidar el grupo base de investigación, mediante la socialización del propósito, reglas y dinámica de la propuesta, además de la identificación de expectativas y establecimiento de compromisos	Inicialmente se delimitan algunas características comunes del grupo focal, y se genera una convocatoria y campaña de expectativa. A continuación, se produce un encuentro virtual en el que se acude a algunas actividades que propician el diálogo para luego dar paso a la socialización de la propuesta, se da a conocer la posición de cada participante identificando las expectativas y compromisos con el proceso además de establecer algunos acuerdos comunes de trabajo y confidencialidad	convocatoria voz a voz presentación power point
¿Qué es ser mujer y cuál es su rol en la sociedad?	Reconocer los elementos básicos que utilizan las participantes en su proceso de definición del ser mujer y los factores que inciden en esta	En este espacio cada participante socializó una o varias imágenes que seleccionaron con el propósito de dar a conocer cuál era su concepto de ser mujer, al presentarlas hacían énfasis en conceptos puntuales asociados a esa representación y los roles que como tal “debían” asumir dentro de la sociedad. Esto	Imágenes seleccionadas por las participantes que representa su concepto de ser mujer

	determinación	propició debates, reflexiones y confrontaciones, las cuales a su vez permitieron evocar algunas anécdotas y sentires al respecto	
Evocar la memoria	Identificar los referentes visuales que han incidido a lo largo de la vida de las participantes en su construcción del concepto de mujer	En este encuentro algunas participantes compartieron imágenes en físico y otras evocaron escenas que fueron descritas desde la palabra las cuales a su vez fueron productoras de nuevas imágenes mentales, estos elementos fueron insumo para la discusión y para la identificación de aspectos que aunque hacían parte de sus memorias no habían sido leídas desde una perspectiva de género. esto permitió reconocer algunos aspectos y escenarios relevantes en su historia de vida	Imágenes de mayor recordación que habían sido determinantes en la forma en que asumen y asumieron el ser mujer desde la representación y autorrepresentación
reflexión de la experiencia y hallazgos	Identificar elementos comunes y analizar los aspectos significativos hallados en la experiencia	Para finalizar, cada participante hizo el ejercicio de analizar los ejercicios socializados en los encuentros anteriores (propio y de otra de las participantes), teniendo una lectura propia y vinculando algunos de los discursos y reflexiones realizados en el círculo.	
	Promover la	Se consolidaron conclusiones que	

	consolidación de una postura reflexiva y analítica que permita la reafirmación o resignificación del concepto del ser mujer de las participantes	permitieron evocar sentires y nuevas posturas frente a la lectura que hicieron de la representación y autorrepresentación, teniendo una posición conciliadora con su historia de vida pero a la vez con propósitos de deconstruir este y otros aspectos de sus vidas	
--	--	--	--

OBSERVACIONES: Cabe anotar que estos encuentros se realizaron de manera virtual dada la contingencia generada a raíz de la pandemia, lo cual determina unas condiciones particulares que implican la adaptación de las actividades proyectadas y la generación de nuevas estrategias que promuevan ambientes de confianza y confidencialidad. No obstante, el periodo de aislamiento dispuso más a las participantes a acudir a recursos que propiciarán el encuentro y la reflexión.